

FACUNDO CABRAL

Paraíso a la deriva

MEMORIAS

SUDAMERICANA/PLANETA

DISEÑO DE TAPA:
María Fernanda Barro y Ricardo Duro
SOBRE UNA FOTOGRAFÍA DE:
Liliana Ernidi

Primera edición: julio de 1985

Segunda edición: agosto de 1985

Edición electrónica: Feruyo_marzo de 2003

© 1985 Facundo Cabral

© 1985 Sudamericana / Planeta S. A. (Editores)

ISBN 950-37-0130-9

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en la Argentina

*(Este libro es el primero de la serie
que conformará mis memorias)*

Cuando encuentres la verdad, por favor
ponle otro velo

BUDA

Mi madre, encinta, bailaba con mi tío loco por el hachazo que todavía llevaba en la cabeza; bailaban a los saltos, de punta a punta del patio agobiado por malvones.

¿Qué pasa afuera? pregunté; estamos festejando tu inminente nacimiento, contestó mi madre.

Entre el polvo y el humo del asado, el lucero del gaucho y la luna a la que tanto amó el persa al que tanto yo amaría después, con mis pies por delante, para declarar la rebeldía que me acompañaría por todos los mares, salí de mi madre y entré al mundo, el útero pletórico de cucarachas y palomas que me deslumbre casi tanto como aquella ballena que, cuarenta años después, viera parir en la Baja California.

¿Ese es el árbol, madre? Sí, hijo, y esta es la hormiga y aquella la nube, parte de las cosas del mundo que, con la vida que el Señor te regala a través mío, gozarás, si te animas a la aventura de los elementos, de la flora y la fauna.

¿Y mi padre? pregunté a mi madre que lavaba en el arroyo su único vestido; se fue, dijo... o no, no era tan inteligente como para irse; más bien se perdió. Eso era lo único que podía hacer por nosotros, el mejor regalo para vos, que desde un principio sabes que la familia no sirve, que es un vía crucis de parientes, una miseria en cooperativa, la responsable de la secta que, multiplicada, es el nacionalismo que dividió yapestó al mundo.

¿Para qué nací, madre? pregunté. Naciste para desvelar a Sylvia, para inquietar al comisario, para darle trabajo a los censores, dijo mi madre.

(Años después supe que nací para confirmar que la flecha nunca da en el blanco, para comprobar mi desubicación en esta sociedad donde las ideas han suplantado a los hechos; nací para preferir la transformación, que es mística, a la metafísica, que es psicológica, a pesar de ser una palabra griega.)

Nací para dar testimonio de un escándalo infinitamente demorado, para que mis ojos se lo beban todo, para que terminen devorando mi copa, para ignorar que la existencia es una interminable suma de miedos.

Nací para sentirme mal, tal vez sólo porque sospecho, culpa de la esperanza, que puede haber un mañana mejor, y yo soy ansioso, no puedo esperar; nací para comprobar en el presente, y gracias al pasado, que nada es tan malo, pero que tampoco nada es tan bueno; nací para ser lo amado, por ejemplo Arthur Rubinstein, al que conocí dando de comer a las palomas en el Campo di Fiore del Trastevere romano, el que con solo apoyar sus incendiadas manos en el teclado podía revivir a Chopin; nací para cultivar la memoria de tal suerte que se enriquecieron mis soledades, que son declaraciones inconscientes de independencia.

Nací para tener que aceptar, dolorosamente, que aunque uno haga mucho, lo esencial será postergado hasta lo infinito; nací para que una extraña ética me condene a estar solo, pues no me permite pactar ni siquiera con aquellos que me ayudarían a sobrevivir; nací para no recordar quién dijo que la gloria es el sol de los muertos; nací para preguntárselo a Borges un día de estos en la Galería del Este, porque él lo debe saber, of course; nací para que él me sepa, nací para que Aquel me piense.

Nací para comprender que el que consigue llegar a su epicentro alcanza la eternidad; nací para perseguir infinitos y nostalgias, para imaginar el Universo, y a mí dentro de él, y a él dentro de mí, para saber que el escocés Carlyle estaba enamorado de Alemania, o de Goethe y Schiller, que es lo mismo.

Nací para leer, traducido, al Schopenhauer que se me adelantó, si yo fuera Nietzsche; nací para aprender algunas voces del inglés y el italiano, para amar al hebreo, al que tal vez nunca alcanzaré.

Nací para curiosear textos expresionistas que jugaban con el lenguaje como jugó Joyce; entre esos curiosos textos descubrí a Kafka, siempre divagando por el infinito; nací para morir con él, entre tortugas y flechas.

Nací para renacer por vos, para que no dejes de soñarme porque si no desaparecería; nací para hacer nada para nadie, para ser ninguno entre cualquiera.)

En esos días, como ahora, la gente tenía predilección por las estupideces, un respeto suicida por lo mediocre, es decir que antes de ser lo que no es, era menos (aún no quiere enterarse de que está hecha a la bendita semejanza, como el gato todavía no se enteró de que la ley de gravedad sigue vigente).

Los años pasaron unos tras otros, como es su costumbre, y no tuve más remedio que crecer; de mi familia heredé sólo una incipiente arteriosclerosis que me salva de recuerdos deleznable, que aliviana y agiliza a mi memoria, y un apellido de dudosa implicancia histórica: Cabral (por mi pariente, el sargento, algunos me odian; me dicen: por haber salvado al que salvó cuántos vinieron detrás).

Así comenzó la cuestión; había que elegir un modelo: preferí seguir al hombre del hachazo en la cabeza. Por él me conecté con otros golpeados, es decir Samuel Beckett, Henry Miller, Ezra Pound, a quienes encontré en la biblioteca, el segundo gran descubrimiento de mis primeros años, después de los caballos.

La biblioteca... allí estaban las fábulas y los aciertos de los hombres, desde el claro Lao Tsé, el despierto Buda y Hermes Trismegisto a las revisiones de Kierkegaard.

En uno de esos estantes encontré la manera de combatir al miedo que nos separa del león, del mar, del amor, de la vida, o los privilegios que nos depara la fe; en la biblioteca supe cómo se hacía el pan en los días de Jesús, por qué Jung suponía una realidad del alma y Kandinsky pregonaba una moral del arte. Allí supe de la serpiente donde los precolombinos descubrieron al generoso cuadrado, principio de la arquitectura, casi al mismo tiempo que los antiguos griegos.

En la biblioteca me enteré de que los fenicios inventaron el alfabeto por una necesidad de simplificar los trámites comerciales, es decir por una necesidad mercantil, invento que hoy me sirve espiritualmente, pues sin esos signos, caprichosos y mágicos, no podría intentar descansos en medio del Pacífico Desastre Cotidiano, columpios, columnas donde sostenerme para no caer en el terrible Abismo de la Aceptación, sonidos que me salven de las inútiles y tristes noticias de la televisión, juegos que me distraigan de los empleados de comercio, los telegrafistas, los corredores de Bolsa, los industriales, las manicuras, los deportistas y los choferes.

(¿Qué hace en mi alma esta mujer extraña que dice que es mi madre?)

No recuerdo si fue así o lo estoy inventando; de todas maneras, creo que mi padre bajó por el Paraná con un caballo muerto y sin zapatos; iba hacia el Río de la Plata, en busca de la verdad. Se detuvo en Berisso, para el tiempo del carnaval; con la cara pintada de amarillo enamoró a mi madre, que no usaba pintura. Mi padre se enamoró de mi madre, mi madre del color amarillo.

Fueron felices hasta que mi padre se enteró de que había otra mujer en el mundo, y mi madre de que había un hombre que no conocía detrás del color amarillo, es decir que un día, de noche, mi padre se fue.

Era tan doloroso ver llorar a mi madre sobre la máquina de coser que decidí matar al responsable de su pena, que era mi padre.

En esos años, para mí, el mundo era Berisso, con su cielo siempre cubierto de gaviotas hambrientas y humo de barcos petroleros y chimeneas de fábricas que denigraban a los días; por las noches me pegaba a la ventana de María para oírla fornicar con el marinero de turno. Ella fue la que me llevó de la mano hasta el umbral del burdel, la primera esperanza de un lugar donde se viviera de otra manera; allí sucedía la fiesta, la pagana fiesta que bendije hasta el día de hoy. Allí la gente se amaba brutalmente y por un instante, sin frenos ni medidas, entre carcajadas y cervezas casi siempre alemanas; allí los marineros traían a cuestras el hambre de todos los mares; allí supe de cuántas maneras se puede pedir una botella de vino, un beso, queso, pan.

Sentados en el cordón de la vereda del bar El Muelle veíamos, con los hombres del barrio que cultivaban con un enfermizo orgullo la miseria, las ceremonias en el burdel, a toda luz y música.

Por una de sus ventanas, siempre abiertas, por primera vez vi a una mujer y un hombre amarse como Dios manda, y me lo imaginé feliz de ser el responsable de semejante hermosura. Se besaban las maravillas, milímetro a milímetro, y jugaban con sus ansiosos dedos todos los juegos posibles; susurraron, rieron y gritaron, se gozaron frente al espejo con la franqueza más grande, y anduvieron de rodillas, uno dentro del otro, de una punta a la otra de la habitación.

Frente a esa maravillosa ceremonia, lo nuestro se me hizo mucho más gris; aún siento la misma triste certeza cada vez que retorno con mi madre a visitar a la tía Mercedes, que alcanzó los setenta y cinco años sin poder nacer.

Memorable fue el día que llegó la reina de fuego del Caribe, cubierta de doradeces y plateaduras en cuyo derredor los hombres de la zona, a escondidas, dejaron sus ahorros y ansiedades. Los más jóvenes nos masturbábamos debajo del puente, recordándonos, unos a otros, su manera de caminar, sus tacones y sus faldas ajustadísimas, llenas de promesas; a veces le asociábamos fotografías de María Félix, que muchos años después fue a oírme cantar al hotel Aristos de la zona rosa del México D.F., de Blanquita Amaro, con quien hace poco hice un programa de televisión en Miami, y de Amelita Vargas, con la que alguna vez compartí una cálida charla con Vinicius de Moraes, Tom Jobim y Toquinho, en el hotel Hermitage de Mar del Plata.

Aquel burdel era un polvorín a punto de estallar cada vez que llegaba un barco alemán o griego, inglés o noruego; toda una fiesta que me hacía suponer otros rituales en otros lugares del mundo que ya me excitaba tanto como ahora, que son las cinco de una tarde que no termina nunca, tal vez porque estoy recordando un lugar donde nunca comienza nada.

Detrás de la reina de fuego del Caribe se había ido mi padre; lo supe cuando al volver de la escuela encontré a mi madre y mis hermanos llorando entre los muebles que nos habían sacado a la calle porque mi padre no pagaba el alquiler hacía tantos meses como meses llevaba la reina de fuego del Caribe en el Berisso que no he podido dejar de odiar con todo mi amor.

Hay un mundo en una gota de agua, como en cualquier cosa.

Toda la energía del Universo cabía en una cabeza de alfiler; al estallar, creció sin límites.

El Universo no es bueno ni malo; solo indiferente a los intereses humanos.

Siempre preferí la literatura pues nunca me convenció la anécdota grosera y pobre que sucedía en las calles donde me crié. Allí surgían mártires para nada pero jamás héroes; esas calles no existieron para mí, excepto como puntos de partida para imaginar lo contrario, fábulas que hacían soportable la desgana vida de la comunidad que, más que albergarme, me debilitaba.

En esas calles señoreaba la apatía y el espanto, a los que quise olvidar caminando el mundo, la esperanza, el atrevimiento; de ahí en más, ningún sistema, es decir ningún estatismo, logró detenerme.

El ensueño de la momentaneidad, el amor por el cambio permanente, nacieron en esas calles; el vagabundeo me enamoró de la metafísica, la búsqueda, la infidelidad, el arte. No me gustaban los vecinos que tuve en la adolescencia; entonces les inventé colores, es decir que, al cambiarlos, fueron más vivibles el Horacio Fernández que imaginé perdiendo el camino al África y anclando en Berisso, el Esnaola que supuse amigo del conde polaco que resultó ser Witold Gombrowicz, el hinchado Larrosa que, en una noche de verano, nos acercó a Shakespeare.

En esas calles, la protección arruinaba las aventuras porque, sea como fuere, en ellas siempre había amparo y abrigo familiar, convencional solución, jubilación, seguridades sociales que aprendí a odiar porque deseaba ser salvajemente libre y vivir en verdadero peligro, como vivo ahora.

En esas calles quedaron el falso líder Peralta, el inútilmente atrevido Menéndez, los Etchegaray y su vana cofradía, el ingenio inocente y tímido de Carbajal, los huecos e interminables discursos de Bidegain; ellos terminaron de arruinar sus vidas, como era de suponer, encadenándose al comercio y a los ministerios.

Esas calles eran pobres, pero lo peor era la tristeza, el aburrimiento que las poblaba; sobraban las bicicletas y los partidos de fútbol, y escaseaban las mujeres y la cultura; el arte ni siquiera era intuido. Desganadamente, la vida iba hacia la muerte, que trataba de evitarla; doña Pilar salía en bata a saludar a don Ricardo que esperaba que el confesarse con el cura Matías lo libraría de abandonar esa minucia que él creía vida; Cassinelli se emborrachaba para salvarse de la apatía general; Torrebruno se masturbaba en el altillo y escondía algunas monedas en el sótano; el doctor Taverna soñaba con el triunfo argentino en el campeonato sudamericano de básquetbol.

En mis pesadillas retorno a esas calles, y mi voluntad se corroe al cruzar otra vez por el mercado y oír los comentarios de los traidores a la evolución, cometido a puro teleteatro y Pimpinela.

No puedo recordar mis primeros años con jardines, trenes eléctricos, mañanas de gaviotas frente al mar y tardes de Brahms y poesía; mis recuerdos son sombríos, de acuerdo a las nefastas chimeneas que rodeaban a los multitudinarios empleados públicos que me ahogaban por los cuatro costados.

Los más humildes ennegrecían sus cuellos y sus manos en los talleres que los marcarían para siempre en la vida y en la muerte a la que entrarían con la terrible contraseña de sus uñas sucias y maldecidas por la alta traición de no buscar y trabajar nada más que por obligación.

Ottolenghi es un ejemplo de lo que digo, pues ni el dinero ni el placer ni la notoriedad pueblerina, ni siquiera el amor, lo libraron de las manchas de sus dedos; cuando murió, fue un monstruo primitivo e hinchado que, entre reumatismo y artritis, agobió con lamentos a Dios. Antonio quedó en esas calles, denigrándose a sí mismo, al poeta, al hombre que podía haber sido, detrás de un escritorio donde solo es un ciudadano; también Mario, que hastiado y con mucho vino barato en la sangre, se cayó del muelle y murió ahogado al costado del petrolero San Blas, antes de que este se incendiara en ocho días memorables que llenaron de ceniza a Berisso y Ensenada, donde se enfurecía Simón, uno de los pocos vecinos que recuerdo con afecto.

Por él descubrí las palabras, él me enseñó a amarlas, a salvarlas de las máquinas de escribir, de los periódicos, de la basura adonde las tiraban los mercaderes y los escribanos, a esconderlas para que no las denigraran y malgastaran los abogados, a lavarlas y ponerlas a secar en el techo del hotel Europa.

Había que ver cómo brillaban a mediodía ahí arriba, cómo iluminaban al pueblo las palabras, qué graciosas lucían las consonantes llenas de uvas y las vocales de fango, el fango de donde nace todo y al que todo regresa... era emocionante ver cómo la palabra revolución, por ejemplo, rompía los vidrios del banco y la comisaría, Las palabras... por ellas levanto mundos al hablar y los destruyo al callar, despierto al otro que también soy, al mejor de los que me habitan, el que vive para lo que ama, el que no pierde el tiempo con el enemigo, es decir con lo que no lo crece.

La manzana es más manzana cuando la nombro, el río brilla más en su sonido, yo tengo un lugar en el universo cuando alguien me llama, hasta el amor es nada cuando lo callo.

Me gusta jugar con las palabras, que me hacen respirar un mundo superior; me gusta juntarlas para que sean ideas que pueden cambiar al mundo, como sucedió con Jesús, con Marx, o para que sean poemas que, como mis mañanas, se llenan de pájaros, los poemas que escribo entre mujer y mujer, porque el poema es algo hermoso que vive entre una mujer y otra, como vive entre este mundo pasajero y el otro, donde señorea la eternidad Cada uno de ustedes es un poema, algo único que conforma mi mundo, que es el mundo de las ideas (¿qué es la vida sino una grandiosa idea?), las ideas en las que vivo para siempre, porque ustedes las continuarán (yo voy a dejar sonando algunas palabras que ustedes, los jóvenes, harán rodar por el mundo el resto de la vida). Miren cómo retozan las palabras por las calles de la ciudad, cómo juntan a María con Juan, cómo preocupan al injusto, cómo excitan al bueno, cómo crecen a Rulfo, a Octavio Paz, a García Márquez. Las acompaño con tono y dominante y se transforman en canciones con las que he alterado a las muchachas y enojado a los dictadores como Duvalier, Somoza, Franco y Cía., sin contar a los generales que degeneraron la vida de mi país.

Las canciones son mi cuerpo volando, haciéndome fosforescente, es decir poeta; muchos se casaron por mis canciones, por eso me odian, muchos se separaron por ellas, por eso me aman... es decir que soy amado por lo que odio y odiado por lo que amo.

Es propicia la lluvia para el recuerdo, y más en la comodidad de Buenos Aires al que he retornado después de tanto mundo.

A vos, lector, que te sentaste a beber un café, a descansar de una sociedad agotadora, me gusta recordarte que en todo ser humano hay algo colosal, sagrado y, por lo tanto, grandioso; eso se alcanza cuando nos convertimos en humanos, y difícil encontrar alguien más humano que Lou. A su lado, cada paso por la Tierra era un paso nuevo, más aún: era como caminar por la Tierra por primera vez, como asistir al primer momento de la vida en la Tierra.

El mundo, con ella, se transformaba en algo prometedor; vivamente personal; el pasado que traía consigo (que me trajo, diría ella) no era pesado ni muerto sino el responsable del presente que, con Lou, era el más bello anticipo del futuro. A través de ella, el más pequeño acto se transformaba en una aventura increíble; si algo la emocionaba, se detenía todo el tiempo del mundo.

Despedirse de Lou, aunque fuese por un día, era como despedirse para siempre, tan fuerte era su presencia. Se acercaba para rebasarme, me daba hasta desbordar; lo único que deseaba era hacerme socio de su alegría, de la vitalidad con que la distinguían y comprometían los dioses.

No le importaba de qué lado estuviera uno porque, en su mundo total, no había divisiones (solo divide el que está dividido, diría Lou recordando a Krishnamurti, a quien conoció y amó casi tanto como a Sacco, versión Vanzetti).

Me divertía salir a pasear con ella y su muñeca calva por el Trastevere romano donde los italianos no le dejaban olvidar que fue una de las heroínas de la resistencia italiana; me gustaba sentirla invulnerable, cristianamente invulnerable gracias a su desnudez, a exponerse a lo que sea; me gustaba oírle cantar mis canciones, a las que ella había traducido al italiano, tan amorosa y apasionada mente mal que me conmovía; me gustaba que prefiriera lo bello a la verdad, los débiles a los héroes, los guatemaltecos a los franceses que sabía de memoria; me gustaba su infidelidad, o su multiplicarme en los demás, que la llevaba a distraerse con el primero que pasaba recién despedida de mí.

Halagó a mi corazón que Lou, y Gillo Pontecorvo, a quien conocí en casa de ella, quisieran que me quedara en Italia a trabajar con ellos, pero más halagó a mi espíritu que decidiera seguir camino a la India.

Me diluyo en la Llama Simétrica; soy el que fui antes de los océanos y los sistemas y las caídas, cuando crecí por la siempre luz de Aldebarán.

Puedo mutar mi materia, segregar altos pensamientos y con ellos horadar las tinieblas y llegar a los campos del Este, eternamente amarillos.

(¿Qué hace en mi alma esta mujer extraña que dice que es mi madre?)

Quiera o no, lo sepa o no, el que elige para sí mismo elige para todos, porque un esclavo atrasa a la humanidad, porque la culpa de uno es la culpa de todos.

Todo se hace por el derecho a ser libre; cuando este derecho es lesionado, aparece el drama.

A partir de ese drama comenzó mi función; el escenario era precario y nada singular: dos viejos almacenes, una escuela, algunas calles grises con sus perros hambrientos y muchos vecinos engañados por ellos mismos, cansados de sus frías mujeres y sus mediocres tareas.

Para mí, la calle era el escenario, y el escenario era el tribunal donde se debía juzgar y cambiar, destruir y recomenzar. Creía que todos los días debía reconquistar a la libertad, y que el futuro era asunto de la muerte; no tomar partido por ninguna secta era seguir teniendo toda la independencia para elegir el camino que el cambiante universo me proponía a cada instante.

Aceptar definitivamente algo, aunque fuese lo mejor, era quedarse, perder el ritmo de la vida; al final entendí que la burguesía es solo un prejuicio, y la pobreza una metáfora romántica.

Los hijos de los pobres se hicieron ricos, por venganza, y los hijos de los ricos se hicieron marxistas, por el psicoanalista; ninguno de ellos tuvo tiempo para Dios, que, por supuesto, no tuvo tiempo para ellos.

Del Sur llegaba un rumor cada vez más grande; en los ómnibus, en las fábricas, en los bares se oía la buena nueva: había llegado al poder un hombre al que le importaban los obreros, que estaba preocupado por el pan unánime.

¿De dónde salió?, preguntaban algunos incrédulos; de los cuarteles, aunque parezca mentira, contestaban desde los camiones y las plazas al son de bombos excitados por la sopa popular.

Las sirvientas tendrán vacaciones pagas en hoteles de Mar del Plata, los niños desayunarán en las escuelas, tendrán zapatos y medias y fiestas deportivas, todos participarán en todo.

¿Cómo se llama el salvador?, pregunté desde mi cajón de lustrabotas; Perón, dijeron los albañiles y los canillitas, y lo acompaña un hada embellecida por la justicia: Evita.

A ellos me acerqué, burlando a la policía, en una calle de La Plata, a la que llegaban para festejar un nuevo aniversario de la ciudad.

¿Qué querés?, me preguntó la heroína de la ópera con que la minimizaron en Broadway; un trabajo, le dije. A los pocos días nos subieron a un tren que nos dejó en Tandil donde, a cambio de limpiar y cuidar una vieja escuela, nos dejaban vivir en un aula de la misma, más ciento sesenta pesos de sueldo.

Yo tenía nueve años, y ya me excitaba la cercanía de la Patagonia, desierto de tierra del que surgirá el nuevo profeta, según Juanita la popular, prostituta octogenaria que yo había elegido como abuela por la misma razón por la que el Diablo la eligió como hija.

Pensé que mi padre también había recibido el erótico y místico llamado del Sur; allí fui a buscarlo. Matarlo y esperar al profeta eran las misiones que jerarquizaban el viaje.

No recuerdo si maté a mi padre; al profeta lo encontré algunos años después, más al Norte, pero esa es otra historia.

Deambulé de oficio en oficio hasta que, casi sin darme cuenta (toda línea recta termina mordiéndose la cola porque todo es circular), regresé a Tandil.

Ya tenía quince años y, entre otras maravillas, había descubierto a los mesurados y enigmáticos cantores que, sin laderos, se confesaban públicamente a través de la milonga, que era una declaración de principios. Después de oírlos me sentía mejor, honrado hasta el último hueso, como corresponde a un poseído, más por la ética que por la estética.

La guitarra era la conciencia externa de esos áridos juglares que me envolvieron con una atmósfera mágica que no ha dejado de acompañarme; no concebía una manera de orar más profunda.

La copla era la contraseña para llegar al pueblo, orgullo de los cantores, principio y fin de su canto, que comenzaba cuando yo suponía acabados los caminos.

El día que oí al mayor de ellos, Pedro Mendizábal, supe que ese sería mi oficio.

Siempre quise ser el hombre invisible pero, es obvio, nunca lo conseguí; tal vez por eso comencé a crear, porque el fantástico mundo de la invención me daba la posibilidad de irme en otros que, al final, me acercaron al que verdaderamente debía ser, es decir que, inventando, me fui pareciendo cada día más a mí mismo.

El yomismo es fantástico y cómodo de desarrollar, porque depende de uno mismo; lo incómodo y cruel es depender de los demás.

Me cansa hablar de mí, me aburre, hay cosas más divertidas, aunque cuando debo hablar en primera persona me reconforta pensar que cada vez que digo yo soy estoy diciendo Dios es, el Todo que es Dios, entonces, cuando digo yo, estoy declarando al Orinoco que anduve con Coromoto, a los trenes que me devuelven a Salamanca, al otro Guernica, al otoño en Amsterdam, al tiempo vertical de Manhattan, al tiempo horizontal de la India.

Esta diversa y voluptuosa pluralidad conforma al yo singular; al yomismo que, día a día y país a país, sube al escenario, al místico escenario donde el hombre se entrega a sus mejores rituales, a declarar lo que amo, pues, ante todo, soy la suma de lo que me ha enamorado, es decir la belleza dramática de Bolivia, la noche que la continúa, las nueces, las uvas, el queso, los prolijos laberintos de Borges, la inocencia de Ana que aún no se dio cuenta de que es una mujer, la nieve en la Suiza de Paul Klee, el café del Dublín que nunca fue de Joyce, la Piazza Navona donde siempre encuentro un alemán o una rumana para compartir a Rilke, a Eliot, a los antiguos chinos, la Grecia de Plotino, la Florencia que caminé con la Elke que se fue con el ruso, el Toledo que me enseñó Waldo de los Ríos, la leña ardiendo en el invierno europeo y la carta de mi querida sudamericana, las ideas nuevas, los antiguos maestros, el africano donde recupero mi perdido y antiquísimo sonido, la noruega donde descubro mi verdadera identidad, las maravillas del amor y de la libertad asociadas, el fuego, el bendito fuego, el sagrado fuego, la paz, que tal vez sea fuego quieto, el pez de donde vengo, la estrella adonde voy.

Estoy escribiendo frente a la ventana donde la lluvia me recuerda, no sé por qué, a Guadalajara, querido Fandurh que andarás México ahora mismo, cuando Buenos Aires excita al poeta que alguna vez seré.

Hace calor; los libros esperan para contarme todo, después que le ponga cuerdas nuevas a la guitarra y termine con este libro que leerás con los amigos de siempre, principalmente Vital que, sin ser marino, y para demostrar que con la fe se consigue todo, se fue de Ecuador a Australia en balsa.

Al lado cantan con la misma nostalgia que en la plaza Garibaldi del México D. F., tan propicio a la magia que salvará a tu hijo, que salvará a mis sobrinos.

Sigo enamorado del sonido del hebreo, amor que ya da pequeños frutos, y Buenos Aires sigue siendo mi debilidad, el capricho de mi corazón; esto te explicará por qué regreso a él constantemente.

Había una cierta belleza, nostálgica, pero belleza al fin, en el destierro; era bello el lugar que nos eligió Eva Perón.

Tenía un raro, un tranquilo encanto caminar por las sierras esperando el milagro que, con los años, se cumplió en Guatemala: Birgitt.

Era delicioso seguir a Manuela en bicicleta desde la oficina donde trabajaba hasta su casa y no animarme, aunque después me sintiera un imbécil; una noche, enfervorizado por el vino, le pedí que fuese mía. ¿Por qué?, me preguntó; porque nunca hice el amor, le contesté más temeroso que excitado. Por suerte, mi necesidad coincidió con su curiosidad; entonces se levantó el vestido y puso mi mano en su sexo. Allí olvidé mi nombre y supe quién era, realmente; en ese éxtasis, perdí al niño antes de alcanzar al hombre.

Más que en el corazón y la mente, fue como un dolor en el pecho, en el plexo solar, un golpe terrible en los huesos, una desgracia por la eternidad su desgracia de llorar y lamentarse que volvía a quedarse sola, como siempre sola, ahí, de pie frente a la puerta de la escuela para que yo no sepa qué hacer ni en ese momento ni jamás con mis sueños que aflojaron y comenzaron a desvanecerse a esa hora maldita de la madrugada en que había que subir al tren al que subí porque sí, porque ante todo soy mis sueños, y ella de pie en el andén, llorando todo el dolor de una vida de no cantar, de no bailar, de barrer, de coser la única camisa, el único vestido, de sentarse sola, siempre sola, ella, la del éxodo, la de la primera guerra mundial, la de todos los ghettos, la de Berisso, la de mi padre, la que vino a pagar no sé qué... mi madre.

(No, olvidenlo, es muy triste, demasiado real; por favor, no quiero amargarlos como el tango y los noticieros. Rompan esta página y empecemos de nuevo: yo nací solo, no hay, no debe haber dolores anteriores.)

Desde que salí de mi casa todo fue muy rápido, como si hubiese entrado en mi verdadero carril; fue suficiente llegar al hotel Hermitage, mentir (principio de toda invención, de todo arte) al decir que era artista, para conseguir el trabajo y debutar esa misma noche, treinta y uno de diciembre de un Mar del Plata que acababa de descubrir.

Entrar al salón Versailles fue un acontecimiento: los vestidos largos, los Rolex y los Ricciardi en los brazos de las mujeres que miraban todo desde arriba, desde muy arriba, con aire de reinas, olvidando que eran solo mantenidas (bueno, como las reinas); los hombres (sus hombres, porque con el culo los llevaban de un robo a otro, de un gobierno a otro, de una regata a otra), afeitados, peinados y encaramados al poder para siempre; los camareros, que soportaban todo a cambio de nada; los músicos, que por miedo al hambre, habían abandonado el sueño de llegar a ser juglares para convertirse en bufones; la tremenda araña en la que trabajaron los abuelos de todos los cantores de esa esquina del mundo.

De pronto tuve la luz del escenario y el silencio de la gente; ya no había tiempo de pensar, excepto en voz alta:

*Sí sale bien cambiará mi vida
si lo digo ahora no lo callaré jamás
pero no sé cómo decirlo
ni siquiera sé por qué vine
me llamo facundo cabral y
a veces
como ustedes
tengo miedo y tengo frío
tengo rabia o estoy asombrado
como ahora
que veo cómo se divierten los ricos
dónde estaba el dinero que nunca vi
ahora que sé lo que comen
(aunque no sepa qué es)*

*tal vez podría contarles por ejemplo
que mientras vuestros abuelos mataban indios*

*los nuestros les hacían las mansiones
las sillas y las mesas
o pedían justicia
inocentemente
porque la justicia tiene precio
como vuestras mujeres
y ustedes tienen el dinero para comprar a ambas*

*no sé si me recuerdan:
yo les vendía los periódicos donde brillaban
las hijas que entregaban a los ingleses
con quienes se dividían el país*

*yo les lustraba las botas de cabalgar con los militares
(al fin y al cabo son parientes
porque en toda familia rica
hay un primo militar
por las dudas)*

*desde la vereda de enfrente
los veíamos festejar las navidades
cambiarse apellidos y provincias
decidir nuestros sueldos y nuestra jubilación*

*debo reconocer que no me gustaba
que se llevaran lo que hacíamos nosotros
pero se podía aguantar
(después de todo
aguantar era lo tradicional
en nuestra clase)*

*lo que me resultó insoportable
fue que Manuela
cansada de la pobreza
seducida por el lujo
se fuera con uno de ustedes
aunque debo reconocer que para bien
porque lucía mucho más hermosa
con su cara maquillada y sus joyas
dentro del mercedes benz
con el que pasaba veloz e indiferente
frente a nosotros*

*entonces me cansé y dije:
debo excitar a mi gente
para que termine con los privilegios
de unos pocos que
de ninguna manera*

*son el país
ni siquiera en la ropa que usan
ni en la música que escuchan
leí mucho para convencer mucho
pero se me fue la mano
porque mi gente
sin altura para entenderme
y sin valor para seguirme
no me escuchó*

*solo me escucharon ustedes que
al tener acceso a los libros
tenían curiosidades parecidas a las mías
es decir que cambié de vereda
(tal vez para no quedarme solo)
para ser inconscientemente traidor
a los antiguos compañeros que por la ventana
ahora me ven como uno de ustedes*

*solo me queda robar comida para ellos
y alguna de vuestras perfumadas mujeres para mí*

Fue fácil llegar a Buenos Aires; lo difícil fue salir de Plaza Constitución, una frontera que no me decidía a pasar, porque en la plaza todavía se podía sentir algo cálido, afectuoso, que eran los iguales a mí, los temerosos y perdidos provincianos que, en general, no sabían por qué habían llegado a Buenos Aires.

Hubo que pelear para conseguir un lugar en la plaza, donde estaba todo dispuesto: un banco era del tucumano (y con derecho, pues llevaba siete meses en la plaza), la ex mujer araña y el pampeano al que nunca se oyó hablar, por eso no sabíamos si era un sabio o un idiota; otro banco era solo para Rosita porque tenía tres hijos y mucha ropa vieja que recogía por ahí para cambiar o vender, vaya a saber a quién, porque en la plaza no había un peso, y el que lo tuviera no iba a comprar eso; otro banco para el sanjuanino que se escapaba del asilo a cada rato para conversar de víboras y plantas carnívoras con el polaco que, milagrosamente, hacía muchos años venía esquivando a quienes lo querían meter en el manicomio donde alguna vez conocí a Jacobo Fijman, el que me dijo que por haber cumplido sus deberes para con la belleza, Dios lo había ascendido de poeta a santo, además de encerrarlo en el Borda para salvarlo de las mediocridades de una sociedad que lo hubiera distraído peligrosamente. Había un banco para el santiagueño que jamás pudo pelear en el Luna Park porque se le adelantó la tuberculosis, y para Jaime, que soñaba ser uno de los grandes del fútbol pero que no pasó de la tercera división de Huracán, el amor de Bonavena que más de una vez me sacó de un apuro.

La Descosida y el Francés compartían el banco desde donde dirigían a los demás vagabundos de la plaza, que dormían en el suelo o apoyados en los árboles donde, cuando la policía andaba lejos, colgábamos la ropa para secar y los hilos que sostenían a las latas a las que apedreábamos para calmar la rabia y el frío de las madrugadas.

El Francés era el intelectual de la plaza; me sentaba a su lado por las noches, aprovechando que la Descosida salía a fornicar con el primero que se le acercara, para oírle decir, por ejemplo, que el día es solo una tediosa espera de que llegue la noche, como la vida es una bulliciosa espera de la muerte. Ridícula y tumultuosa, la aventura social es la manera más mediocre del absurdo; un empleado público es tan vergonzoso como el Sha de Persia haciendo footing en el Central Park o Borges sometiendo a los periodistas o los seguros de vida que los muertos venden a los muertos. Aquí, infierno de explotadores y burócratas, es más grave quedarse sin Kleenex que quedarse sin fe, y lo que es peor, no hay miras de cambio pero sí de destrucción. Ahora, que me quedo quieto en Buenos Aires, vuelvo a los pequeños goces del pan (cuando hay, aunque sea duro) y el sábado a la tarde (que nunca falta), los dados y los gorriones, que son más

parientes de nosotros que los seres humanos. Este detenerse (que tal vez sea inconsciente renuncia) me dignifica, me ennoblece, me libera; es tranquilizante sentarse unos cuantos siglos en este banco de Plaza Constitución y discutir el fútbol en lugar de la filosofía, es decir descansar entre el montón, coincidir con la mayoría, ser uno más entre los muchos menos. Cuando muera un pariente, es decir cada cinco o seis años, volveré a encontrarme con mi hermano menor, y no me intrigará saber por qué mi cuñada, que es inteligente, trabaja en un periódico. Dejaré de sentirme culpable porque escapé de la monotonía de mi pueblo, o simplemente porque soy libre en medio de tanto esclavo; y soy libre porque estoy solo, pues no hay libertad compartida.

Uno de los ritos principales era ir a la panadería a las cinco de la mañana a comprar las medialunas recién hechas para comerlas calientes; se pegaban al estómago, y eso nos producía una pesadez que nos permitía descansar del hambre por unas cuantas horas. En esos recreos meditaba sobre el arte de escribir; para mí, el lenguaje era la tarea, la máxima tarea, el juego más alto entre los juegos humanos que conocía. Nada tan misterioso y excitante como el coqueteo de las desnudas vocales con las herméticas consonantes, voces con las que intentaba acercarme a Lezama Lima, a Octavio Paz, a los que habían entendido a Homero, a De Quincey, a Eliot, a Schopenhauer.

En la palabra mar comenzaban a moverse las aguas y los peces, en la palabra montaña las piedras y los peces, en la palabra selva los prodigios de la fauna, en la palabra noche los gnomos de la música y los fantasmas de Poe.

A veces se me entregaban; entonces conocía los verdaderos colores del tigre y la verdadera voz de la madera.

(Ahora debo luchar para que no me denigren las torpes preocupaciones sociales, que me son tan lejanas como la paz y la libertad que solo alcanzo lejos de este suicidio que la gente llama sentido común.)

Me iba acercando despacio al centro, y siempre por la avenida Nueve de Julio; primero alcancé la avenida Belgrano, donde comprobé que el porteño era más rápido de lo que yo pensaba para ganar un taxi, para subir al ómnibus, para cercar a la mujer, es decir para las banalidades.

Unos días después me animé a seguir y alcancé la Avenida de Mayo, repleta de españoles que comían y bebían como si festejaran la muerte de Franco (que aún viviría dieciséis o diecisiete años más); allí me detuve deslumbrado frente a las vidrieras que dejaban ver cómo se hacían los panqueques en planchas eléctricas, ceremonia que me excitaba tanto que me costó unos cuantos días animarme a entrar, acodarme en la enorme barra y pedir uno, tratando de disimular mi origen, que es lo que hoy me enorgullece, la fuente fundamental de mi canto (catorce años después sentí el mismo asombro en Pekín por aquel manjar que me sirvieron en una mesa que tenía cajones donde estaban las guarniciones, la China donde llegan a tomarse cuatro días para cocinar un pato. En la India me llamó la atención cómo comían con la mano sin chorrearse, la mano derecha, porque la mano izquierda, como los ingleses, la ponen debajo de la mesa).

Pero el acontecimiento mayor fue llegar a la calle Corrientes, donde todo era brillante, desde los carteles y los restaurantes a las librerías pletóricas de Hermann Hesse y Neruda y las muchachas desprejuiciadas que caminaban como princesas cruzando el salón principal del Plaza Hotel de Manhattan donde unos años después conocí a Mara, que sabía de Ouspensky más que Gurdjieff, y que me interesó tanto en la arquitectura de Alvar Aalto que fui a Finlandia para conocerla, para regocijo de mi mente.

La calle Corrientes excitó tanto a mi corazón que llegué a la avenida Córdoba tan fervoroso y seguro que convencí al director artístico de Odeón de que lo mejor que podía hacer era dejarme grabar un disco, que se hizo y que me transformó en pocas semanas en un personaje popular que, entre muchas excentricidades, se daba el gusto de tirarle piedras con la honda a la gente que no hacía silencio cuando él cantaba, por ejemplo:

*jesús dirige la orquesta
el diablo dirige el coro
el hombre paga los gastos
y se divierten los monos*

*mis zapatos hacen juego con tu chaqueta
y tus pies con mi cabeza*

el mono toma cerveza

*está presa la teresa
pues robó una milanesa
qué poca delicadeza*

*un cadáver en la mesa
parece ser un cordero
lo que intriga es el sombrero
y el portafolios
y la boleta de un dormitorio*

*elena en el sanatorio
espera contenta que
tal vez
como maria
tenga un profeta
un camello en motoneta
por el desierto asfaltado
un abogado ahogado por la ley seca
satanás en camiseta
le pone flores a don pascual
que murió de dignidad
y otro poco de vergüenza
porque la nieta tuvo un poeta*

Por todo el país hablé para los que callan, grité para los que murmuran, canté para los que lloran, hasta que me di cuenta de que yo también era parte de un espectáculo que no debe detenerse para que la mayoría siga entretenida, de lo contrario se suicidaría, y entonces, ¿quién haría la ropa, los automóviles, el café, el vino, la comida, las banderas, los cañones, la limpieza de las casas, los hoteles, los ministerios y los aeropuertos?

Con la fama había llegado el dinero con el que podía comprar todo lo que no me interesaba; confundido, regresé al silencio, es decir a las pacíficas sombras del anonimato.

Retorna Mahler cuando las velas están por callar; retorna tendido a lo ancho de la noche.

Desde los tiempos anteriores al Tiempo viene su música densa, digna de los antiguos chinos, que puebla las telarañas de la madrugada tejiendo marrones—amarillos entre el azul, contando a través de la más estricta medida los desbordes del amor y la inteligencia que en él, como en Buda, son una sola eternidad.

Mahler crece a mi aún desconocida metáfora, la que contará al que verdaderamente soy allá, después y ahora mismo que Elke habla por teléfono con Rafael Alberti, que se ha extraviado de sí mismo, de sí poeta en la política.

No llueve; entonces el silencio es convencional como Jacques Brel, que se burló de sí mismo al burlarse de todos.

La vela caliente a la cerveza en el segundo movimiento, y al promediar el tercero, Ágata me puebla casi innoblemente; me puebla de un apetito animal, como corresponde a su animal

postura, solo perdonable por asemejarse a los cuernos con que Mahler hace estallar su poema. Después de su música, lo demás es lo otro. Mahler se toma todo el tiempo; no resuelve para no incendiar al mundo demasiado pronto, o por lo menos basta que llegue Rafael Alberti, que sigue perdido en un Madrid que, a tientas, comienza a moverse en la democracia.

Mahler, sutilmente audaz, avanza suavemente a toda orquesta; sugiere la Viena de los sensibles con reflejos de una Rusia todavía rusa. Se anima a todo, hasta hacer participar a la tuba, hasta confiar al mundo que fue un solo espíritu con Manet, Ágata que ahora me acompaña a deambular por el castillo sonoro de Beethoven, poblado de escaleras por donde suben fantasmas y abuelos graves que irrumpen en la segunda planta, y ventanas que nos devuelven a una campiña donde cuerdas y vientos son la medida del macho y hembra Amor.

En un sostenuto descansa la eternidad, y los timbales reafirman la más alta anécdota humana escrita desde el Allá donde bebió Rilke las verdaderas formas de la belleza que abarca todo, pero antes que nada la moral.

Una llamada de atención en plena calma anuncia a la tormenta que despertará al necio e incendiará al despierto. Ludwig abre otra puerta en el pasillo que promedia sueño y vigilia; por allí vaga la metáfora, grandiosamente inocente y desnuda.

Llueve en medio de la sinfonía y los pastores se ponen graves para merecer el epílogo del trueno que declarará a la Alegría de oda entera.

El castillo se transforma en catedral, Beethoven en celeste, y la noche en día.

El hombre es el instrumento de la voluntad de Dios; a través de nosotros dicta las divinas y mágicas palabras que recrean al Universo constantemente. Entre otras maravillas nos dictó la Biblia; tal vez la totalidad de la metáfora, el alto símbolo de la Biblia sea el espejo exacto, el preciso espejo de Dios, para quien, seguramente, no cuenta el azar, y donde no se separan las cosas en buenas o malas, mínimas o máximas.

Madrid está muy limpio, desde las calles y las veredas que lavan con mangueras todas las noches al hotel Cuzco en el que vivo, adonde vine a refugiarme para estar un poco conmigo mismo. Todo está en orden y seguimos solos, por lo menos los que estamos hartos de la fantasía de la compañía (si no pudo el mundo y sus bellezas, no podrán tus caricias; qué es eso de pensar que desde afuera una mujer puede acabar con la soledad que llevo dentro, tal vez el epicentro de todo ser humano, confirmaciones del Sinnué que bien sabía que venimos solos y solos nos vamos.

Si la vida es una ilusión, no lo es menos el amor que provoca virtudes y sufrimientos que nos distraen para que nos engañemos al buscar en otro el sustituto del uno mismo que nos agobia, que no sabemos dónde poner.

Solo por algunos momentos tus ojos me apartan de mi soledad; de todas maneras, es humillante el solo pensar delegar mi tarea en vos, el encuentro conmigo en vos, el poner mi vida en tus manos, el aceptar que dejes la tuya en mis brazos, que dependa la dicha de besos tan fugaces como reemplazables. No hay humillación más grande para el espíritu.

He debido callar el conocimiento para armonizar contigo, para ejecutar algunos ritos mediocres; al conocimiento que, de estar presente, acabaría con esto enseguida.

Nunca puede durar demasiado la irrealidad, aunque se haga pasar por el amor, que ha sido el pretexto de casi todas las renunciaciones; no existe una ilusión tan grande que me haga encontrar en otro lo que no encuentro en mí, no es posible suspender, y menos resolver, los enigmas de uno entre dos, llenar con arrullos nuestro vacío, callar con una ficción a la realidad, ahogarnos o exaltarnos con un cómplice cualquiera que eligió el azar, llamado a los gritos por nuestra soledad).

Por la vereda de enfrente pasa Alberto Cortez con su mujer belga e Isabel con su marido argentino, que es Waldo de los Ríos, a quien ni los mimos de Fellini, Stanley Kubrick, la Reina Madre de Inglaterra y Henry Mancini, entre muchos, apartan de su soledad; Bebe Muñoz no sale de su departamento ni Cafrune del éxito. Para mi país estoy muerto; eso asegura mi tranquilidad.

Hay tanto orden que se me hace imposible que alguien tenga hambre, frío, piojos. La cubana, excitada por las áridas sensualidades de la milonga, me lleva debajo del puente que está a la

entrada de El Escorial, se abre de piernas entre las piedras y al carajo las nostalgias, Federico, el pasado es tan ilusorio como el futuro... la vida es la novela de la materia, decía Ciorán. La vida solo es esperar y creer, inventarse inventando, mentir y mentirse; nada tan parecido al hombre como el Quijote que vive hasta en el corazón del científico más minucioso. El resto, sea el Nirvana o la Cruz, son metáforas; el éxito depende del ingenio de las mentiras, de la calidad de los vendedores. Si se triunfa, hay una explosión momentánea que muchos llamarán revolución, una multitud de servidores, una doctrina que se transformará en un mito. Si se fracasa, solo una divagación, una ficción que algunos llamarán teoría. En tanto la vida inventa, la piedra sigue en su lugar, tan eterna que no tiene necesidad de mentir.

Somos polvo excitado por fantasmas, aventureros que por timidez pocas veces alcanzamos al Quijote.

Pienso que el mal tiempo continuará, que serán más grandes las calamidades y mayor la cantidad de muertos, que la desesperación será insoportable, que se acabarán los héroes y se multiplicarán los mártires, que no podremos escapar de la prisión que nosotros mismos construimos por no animarnos a la felicidad y sus alegrías.

Comienzo a sospechar por qué los dioses me enviaron aquí: sin nadie alrededor al que yo le importe, no me queda otra cosa que sentir la libertad, la libertad que transformará mi vida en una obra de arte.

Me puebla un ritmo musical que aliviana a la prosa, que la agiliza de tal suerte, de tal suerte la libera que parece un exorcismo que la salva de la pesada sintaxis y la inquisidora gramática por la que escapé de esos fracasados que llaman maestros.

No sé qué día es ni me importa, no escribo para nadie, ni siquiera para Teresa, que ya debe estar aburrida de los cantautores que se cuelgan al hombro la responsabilidad de la humanidad.

Sueño, solo sueño, y entre sueño y sueño camino por la Plaza Mayor porque sí o voy a la Granvía para nada.

Alrededor, la sociedad humana se cae a pedazos mientras Camilo Sesto me harta con la melancolía y el tiempo es un cáncer que devora a las horas insulsas de los ciudadanos.

Cuando no quede nada, la música verdadera comenzará a sonar sobre el caos con que se declara la realidad. Yo también estoy agonizando, y estas palabras son parte de la piel que vine a quitarme lejos del hogar, para no preocupar a mi madre, que todavía me siente patear dentro de su matriz. Esto puede querer decir que aún no he nacido.

Me acuerdo de que cansado de no encontrar lo que quería leer, comencé a escribirlo; al fin y al cabo, era la mejor salida para mí, la tarea más digna para el anarquista que soy. Además, era el más bello camino hacia la libertad que soñaba más que a la sabiduría.

Cansado de fracasar en la realidad, la esperanza se me acercaba en la ficción para que encandilara con mis luces a la oscuridad social.

Escribir no era escapar sino saltar al vacío, aumentar la agitación, el movimiento del centro de la existencia, escribir era acometer contra todo, huir de la monotonía, de la esterilidad de las tareas sociales.

En los dominios del arte yo era mi propio amo, el esclavo de mí mismo; fui colocando palabra sobre palabra, fui creciendo frase a frase, tuve que olvidar lo que había aprendido de los demás para ser yo mismo, sin pasado a la vista ni sueños de futuro, es decir yomismo en el ahoramismo.

Sin el salvavidas que termina hundiendo a los cobardes, me arrojé al mar de la creación, lejos de las castrantes mutuales y los sindicatos paternalistas y la familia asfixiante y el canceroso nacionalismo. Ya sospechaba que no hay que adaptarse a la vida sino atreverse, obedecer al ciego impulso de la aventura. La osadía, aunque nos lleve a la tragedia, nunca es fatal porque proviene del fuego de los dioses eternos.

Si el Universo tiene una lógica, solo nos podemos acercar a ella por la osadía, gracias a la cual aprendemos que no hay nada como crear a partir del punto más débil.

La osadía no depende de la fe ni de la técnica ni del conocimiento; viene de la extraña certidumbre que conservamos del animal al que nunca gobernará nuestro intelecto. La osadía nos lleva al punto cero, a la nada donde vive todo, ese todo que jamás podremos describir con palabras, aunque cante en todo lo que escribimos.

La ley de las compensaciones no se distrae; prueba de esto es que, al otro extremo de la apatía y el prejuicio, de la indiferencia y el abandono, Elke llena de café y verdoros chinos su casa madrileña para presentarme a Rafael Alberti, testigo y protagonista del siglo veinte que caminó en su madurez.

Su poesía me había introducido a él en una Argentina más lejana de lo conveniente para vivir en un mundo sectario; ahora Alberti, entre vino y Brahms, me confirma melancólicamente que, pese a la insistencia permanente de Federico García Lorca, nunca entró en Granada, a la que sigue debiendo el homenaje de su presencia física, de sus pasos que hoy halagan a mi corazón, los mismos pasos que llegaron tarde a concretar que Bertolt Brecht lo tradujera al alemán, o a oír las últimas palabras que su dilecto amigo Pablo Picasso dijo a su médico de cabecera: ¡qué maravilla que no se haya casado, doctor, qué maravilla!

Sentado en el rincón mejor iluminado de la sala, Alberti goza despaciosamente cada recuerdo que comparte con nosotros; vuelve a vivir sus días en esta noche propicia a detenerse en los poéticos momentos de su vida, tan encontrada con los que encontraron, es decir Fellini, Guillen, Spilimbergo, los Machado.

Después de tantos años de estar en el exilio me han traído diputado; lo más rescatable fue la campaña que hice con versos al estilo popular, nos cuenta entre línea y línea de un "se equivocó la paloma" que le músico Guastavino cuando era "demasiado joven; peligrosa, inconsciente, bellamente joven".

Quisiera dejarle la banca al campesino que ayer me saludó con los únicos dos dedos que le quedan en la mano derecha después de las torturas que en diecisiete años de prisión recibió por amor a la libertad; él tiene más derecho que yo a representar al pueblo, nos dice Alberti tan conmovido como nosotros, que coincidimos en pensar que Borges le hubiese preguntado por qué el poeta baja a la política, a lo que Alberti seguramente respondería: porque la mayoría no sube al arte, y sin ella, este no tiene sentido.

Me gustaría terminar mi vida como tú, cantando de pueblo en pueblo, de país en país, me dice Rafael Alberti cuando Madrid duerme, justo ahora que el poeta está más despierto que nunca.

Me acuerdo de que los cerros eran altos y generosos, las casas bajas y mezquinas; allí, entre la flora y la fauna, pero más entre los Peralta y los Conforti, que eran los extremos del pueblo, sucedían pequeñas cosas que hacían a la cuestión mayor, que es la Historia, muchas veces caprichosa y pocas veces justa. Voy a contar algunos de esos asuntos.

En una época, las puertas se ponían solo para el abrigo pero, al decir de malas lenguas, empezaron a usarse cerraduras y llaves cuando aparecieron los Peralta, llegados del norte con más hambre que dignidad. Los Peralta eran una familia especial; creo que se hicieron ricos porque no tenían nada que hacer, porque no amaban nada, es decir por descuidados, porque ninguno que esté atento a la moral puede tener más o menos de lo que necesita.

Mariano, que era el encargado de guardar la tierra en documentos, creía que era administrador, aunque en realidad era poeta, porque nada más ilusorio que la pretensión de poseer. Estacionaba el tractor verde en el hall de la casa porque hacía juego con sus muebles, que eran amarillos; a Juan José, que era hijo adoptivo por motivos económicos, es decir para evadir impuestos, se lo conocía por todo lo que no hizo; Humberto, el biógrafo de la familia, nunca pudo escribir la historia de Juan José porque, al no hacer nada, tampoco tenía recuerdos. Pese a todo, o mejor dicho pese a nada, tenía tanto dinero que se olvidó un Rolls Royce en Europa. Humberto le inventó una historia tan bella que la gente cree que Juan José es un patriota. Mónica donaba lo que Mariano, su marido, robaba; mejor dicho, devolvía lo que no le pertenecía.

Las posesiones de la familia abarcaban desde nunca hasta siempre, privilegio que da la ignorancia de la sociedad.

La mente de Humberto, que era inteligente, abarcaba desde su cabeza al horizonte. Don Peralta se jubiló de rico, y a su mujer, como a casi toda señora millonaria, se le multiplicó la avaricia. Era la familia que yo más amaba, no por ricos sino por anarquistas, tanto que el abuelo paterno murió ahogado con su propia sangre.

Los Conforti eran todo lo contrario de los Peralta, es decir los pobres, tanto que se turnaban para sentarse en la única silla que sigue esperando que un día le traigan la compañía de una mesa; tampoco tenían televisor, por eso eran dueños de todo el tiempo, elemento precioso que los llevó a conocer egipcios y griegos, profetas y filósofos, científicos, poetas y, lo que era más importante, a ellos mismos.

Decían que, al no tener televisor, no, se distraían de ellos mismos; por eso nunca estaban solos, y así pudieron crecer a su mente y a su corazón. El Diablo no los visitaba pues sabía que con ellos no tenía ninguna posibilidad; tampoco los invadía el ladrón porque no había nada material que pudiera llevarse pues los Conforti tenían la fortuna en el espíritu, y ningún mediocre ladrón puede llegar a tanto.

Los Conforti preferían ser los últimos de los mejores y no los primeros de los peores; el abuelo materno se atrevió a dejarse poblar por el amor, y por él estalló en una hermosa tarde de primavera (de la que todavía se habla) entre el silencio sagrado de los árboles y el canto divino de las aves.

Horacio, el abuelo paterno, no quería problemas porque había llegado a la conclusión de que no eran necesarios pero sí los sueños, inevitables para vivir.

Paula, la menor de los Conforti, se llenó la cabeza de flores y se tiró, feliz, montaña abajo hasta Buenos Aires, donde vivió con los hippies un fin de semana, que le bastó para enseñarme a sonreír. Mi pueblo también tenía sus dioses, parecidos a los de cualquier comunidad de Occidente; el principal, omnipotente y plenipotenciario, era don Peralta, que tenía todos los derechos y ningún deber por ser, como ya dije, el más rico. Su hijo mayor era el líder socialista, como corresponde al hijo de un millonario, demasiado aburrido por tener demasiadas cosas, y político, no por amor a la justicia sino por hastío de sí mismo.

El segundo dios era el juez de paz, que vivía en guerra permanente con el comisario que no dejaba de combatir a Rita, protegida del juez. Rita... decir Rita era decir la Vida, y decir Vida es decir Amor. El Amor... muchos conocieron los divinos juegos del amor por Rita; Dios la embelleció con hermosos frutos para que los comparta con quien sea, como diría Cortázar: Virgen de la mejor manera, dándose a cualquiera.

Era tan ardiente que, noche a noche, debía llevarse algo a la cama, si era hombre mejor.

Vivir y dejar vivir era el lema que Rita aprendió de los venados y los patos; por eso le daba una parte de lo que ganaba al juez de paz que le daba un porcentaje al policía para que los dejara trabajar sin problemas; el policía se lo daba a su mujer, que lo gastaba en el supermercado; el dueño del supermercado ganaba tanto dinero que se podía dar el lujo de pagar antigás como Rita para olvidarse de lo mal que le iba con su mujer, y la ronda seguía su curso, y todos vivían... bueno, es una manera de decir.

Como Fellini, Cortázar, Octavio Paz, Rulfo, Vargas Llosa, García Márquez, Carlos Fuentes, Arthur Rubinstein y Borges, salvando las excitantes distancias, tengo mi hora en "A fondo", el programa de Joaquín Soler Serrano en la Radio—Televisión Española.

Retorno al Palace Hotel, donde una ducha me devuelve a este lado de la realidad donde Elke, alemana metida a española, me espera para acompañarme al Museo del Prado donde Bosch empina al mundo y nos lo tira encima porque quiere abarcar todo lo posible en el paisaje vertical, es decir desde un primerísimo plano al cielo en profundidad y, si es posible, detrás de él al sol. Entre terribles y bellos, sus personajes se pasean drásticamente sobre cuatro siglos y medio de la trajinada y decadente Europa que por eso es morbosamente atractiva, y más para instalar en ella al Jardín de las Delicias de frente a los perfiles que apenas se atreven a contemplar los seres del Bosch que, aunque distintos, se alimentan unos a otros y aman su diversidad, al lado del Brueghel que declara en voz muy alta el triunfo indiscutible de la Muerte que armoniza las diferencias en pleno movimiento.

Aquí, en el Museo del Prado, las curvas coquetean con las rectas entre las sensualidades de Rubens, la correcta genialidad de Van Dyck y el altísimo Velázquez.

Los guardias dormitan, como siempre; si estuvieran despiertos, serían Tiziano o Murillo, no guardias aburridos.

Evitándolos, Giordano juega con lo más tenue de la luz., en tanto Goya roza, toca al sonido porque ante todo es un desenfrenado violoncello en busca de una orquesta que al final encontrará en sí mismo, que es el epicentro de la tragedia española, insólita y desgana.

Hay un cierto dejo de indiferencia a último momento, donde se ve que no terminó nada porque nada termina. De pronto atrapa al equilibrio cuando los muchachos trepan al árbol; de pronto la genialidad reflejada en la familia de Carlos IV; de pronto la exuberancia estética en el cacharrero; de pronto la gloria en la maja vestida y desnuda en plena historia; de pronto el toque sublime en la pradera de San Isidro, la gallina ciega y la ermita; de pronto los furiosos fantasmas que deciden la época negra donde no calló a ninguno, oscuridad necesaria para recuperar el respeto por la luz.

Goya transformó a la sordidez en arte, como Bacon, como Henry Miller, como Picasso en el Guernica.

Cuándo salimos del museo, la grosería de las frituras puebla las calles; los españoles pueden llegar a invadir Europa con el aceite. Lo imagino saliendo torpemente de los restaurantes para ocupar las avenidas, los chalecos grises, los pantalones azules, las tiendas, las radios, los puentes y sus enamorados, los faroles antiguos y sus poetas modernos, las carteras vacías y las llenas, los pañuelos manchados y los trenes precisos; veo a los holandeses sacando aceite de los trigales de Van Gogh y los retratos de Rembrandt, a los franceses limpiar los manuscritos de Malraux, de Rimbaud y los acordeones, a los alemanes tratar de rescatar a Wagner del oprobio del aceite español.

Cae la tarde sobre el Madrid donde todo se mezcla, como la realidad de los turistas donde se confunden mapas, tickets, horarios, sombreros, fotografías y, al final, en el retorno al invierno de sus países, con sus lunes y su prisa, el encuentro caprichoso de dos pesetas en mitad de un franco, un dólar o un marco.

Todo se mezcla en la Granvía, donde nos conocimos, o en la estación Chamartín, donde nos despedimos.

Me acuerdo de que el invierno se tendía en ese agosto de Buenos Aires; en la pensión del cuarto piso del edificio de Viamonte y Montevideo tiritaban hasta las paredes, la niebla de la melancolía nublaba las horas que cansaban a las tardes, y la queja alimentaba los monólogos, los míos también, a pesar de Jalil Gibran y el Lao Tsé al que, seguramente, todavía no entendía. Hasta las cartas de mi madre aumentaban la pesadez; no salíamos de la guerra, no escaseaba lo fundamental pero a mí me faltaba algo, me sentía pobre en medio de mi mundo riquísimo, un mundo diverso que iba desde un esquimal a un derviche, de un derviche a la serpiente de cascabel, de la serpiente de cascabel al Rockefeller Center, del Rockefeller Center al tigre de Bengala, del tigre de Bengala a Teresa que, si la hubiese conocido en esos días, mis noches hubieran sido mejores.

Doña Manuela, la dueña de la pensión que como Gandhi sólo se ponía la dentadura postiza para comer, insistía en arruinar aun más las cosas con su manía de prohibir que mis amigas me visitaran y que pagara la quincena el mismo día que se cumplía.

La espuma de la calle Corrientes era venenosa porque estaba impregnada del maldito tango que puso de protagonistas a las trivialidades cotidianas, es decir la familia, la fidelidad y otros errores.

En los pequeños mares de gasolina que se formaban en el asfalto se ahogaban los empleados públicos, los corredores de seguros, las telefonistas y otras pérdidas de tiempo que conforman la mayoría, más perjudicial a la humanidad que los dictadores. Los botes salvavidas, es decir los bares, los cines y los estadios, se llenaban de hombres vacíos, como hubiese dicho Vinicius de Moraes; en tanto, yo sentía que mi esqueleto flotaba en una nada impregnada de olor a pizza.

A través de las librerías llegaban mensajes del Viejo Mundo, claves fascinantes que algunos, como Sartre, Exupéry, Ionesco y Prévert se animaban a firmar; eran señales que pegábamos en las paredes de los cuartos de las muchachas que nos cobijaban cuando escaseaba el trabajo, es decir casi siempre.

Antes de tirarse de un edificio de Plaza Constitución, estando yo en Europa, creo que en 1973, Gringo comenzaba a suicidarse andando en bicicleta por el centro de Buenos Aires y gritando en los café concerts, que se hicieron por nosotros, todo, absolutamente todo lo que pensaba.

Con Gringo caminábamos las madrugadas desesperanzadas e insolentes de Buenos Aires con la mirada atenta, buscando una salida; alrededor, se quemaban los sueños en los cafés hastiados de los análisis parasitarios de los nada más que teóricos. Las paredes y las escaleras cobijaban a la basura que cobijaba a las ratas más tímidas de América (¿te acuerdas, María Elena, de que te asustaste tanto que llegaste a Madrid?)

Las voces alcanzaban solo los techos, y allí se denigraban con la atmósfera enfermiza que provocaban las empanadas y la carne asada a la que se encadenaban los pseudofolkloristas que amaban a Salta pero desde Buenos Aires.

Nuestras canciones caían bajo las botas de los militares, y los gerentes no podían disimular sus garras con los guantes de cabritilla ni sus colas con los portafolios ni la Navidad con la buena letra; lamentablemente no se oían los tambores.

Los actores insistían en los teatros repletos de muertos, y se caían, juntos, los ideales, el pelo, la pasión y los dientes; caminábamos a oscuras por el valle de cemento, el cementerio de los sueños castrados, de la Bendita Semejanza defraudada, de las alas quemadas, del erotismo amordazado y condenado por los prejuicios.

Pero un día, como si tomara conciencia de que había otras salidas más cerca de lo que yo pensaba, como si las puertas se librasen del sudor y las lágrimas, como si la sangre comenzara a caminar y el aire entrara, por fin, en los pulmones, las ventanas de Buenos Aires se abrieron, y oí gritar al Mundo con toda la fuerza de la pasión, y mis huesos comenzaron a moverse... ¿por qué? porque Walt Whitman irrumpió bella, amorosa y violentamente en mi corazón, despertándolo con la poesía de la vida.

Todos los elementos confirmaron mi existencia, desaparecieron las rejas y me sentí, como él, sano y listo para cantar mi canción, para tener el valor de ver las visiones que eran más yo que el yo que aceptaban (?) los demás, para derribar los muros que me separaban de la voluptuosa fábula de sexo, aves, sangre, hierro y algodón que es la Vida. Por Whitman, la fiesta había comenzado para siempre porque los relojes, de este y del otro lado de las horas, declaraban la Eternidad, como las cucarachas y las hormigas que alcanzaban la mesa donde mis mejores gnomos me llevaron a Hojas de hierba aquella mañana donde la cama, el armario, las botas, los otros libros, el balcón, las chimeneas, el cielo y sus nubes, eran metáforas del fuego, del sagrado fuego, por gracia de Whitman, el inaugurador.

El infinito se transformó en un loco horizonte al que yo llegaba en el momento en que mi espíritu lo decidía; el águila y las olas alcanzaban a mi almohada, y caballos libres y trigales borrachos de sol me enloquecían de alegría. Entonces decidí salir a caminar el mundo, el mundo en que te conocí, Germaine.

Era mayo en Roma, exactamente en el Trastevere, en la Piazza Navona donde Bernini canta a los cuatro ríos con la fuente, donde los hippies lavan su ropa y sus perros, donde Vittorio Fanfoni pregona el marxismo desde una Ferrari estacionada en la vereda. Allí te vi beber cerveza holandesa, milagrosamente sola con tu belleza entre tantos italianos hambrientos, eterna y sexualmente hambrientos; allí multiplicaste la luz de mi horizonte, de una vez, mientras los travestis imitaban a Jane Fonda, y Anthony Quinn se cansaba de los autógrafos y las turistas, y Vladimir exhibía cajas de zapatos pintadas con acuarelas muy elementales que cambió a unos niños en el Campo di Fiore por un caniche marrón que le robó a Carla, la dolcissima amiga de Roí que siguió a Pavese casi hasta el suicidio.

Entre esa confusión y la primavera llegaste a mi vida, Germaine, naturalmente, como las flores y la nostalgia, como el pan de leche al desayuno de mi madre. Alguien pronunció tu nombre, sin saber que lo hacía para que yo lo supiera; te llamó como nadie te llamó jamás, Germaine, Germaine, madera anunciándose a la hierba, existiendo para que todo exista, Germaine, Germaine, hoja donde se excitan las uvas, lengua de fuego que enloquece a la sangre, Germaine, Germaine, puerta para salir a los ríos, a las cabras, al queso y al volcán, Germaine, el trigo y la plata en un abrazo.

(Germaine era un temblor que se extendía infinitamente como la Muerte de Amor de Tristán e Isolda o las ondas del agua donde después de un capuchino sentimos las sutiles vibraciones de la Eternidad.

El sol se puso sobre nosotros cuando sucedía Villa Borghese o la Piazza del Poppolo, no recuerdo, hace tanto tiempo, pero eso es lo de menos.)

Lo importante no es la duración de la canción que canto sino el tiempo de asimilación en quien la escucha; en mí es finita, pero en él es infinita.

Esto lo escribo en soledad; vos, también en soledad, lo negarás o lo multiplicarás.

El oficio de espectador es resignado, como todo lo social; escribir es un juego más, una manera de cambiar las cosas, de ponerlas a nuestro gusto. Tal vez se escribe para esquivar la soledad, el tedio de días socialmente iguales en las agotadoras y reiterativas ciudades.

Me divierte buscar las metáforas, los símbolos que declarará el poema. Escribir es una maravilla que provoca la lectura; sin esta, aquella es imposible. Escribir es otra manera de leer, leer lo que uno quiere, contarse a uno mismo.

Padre; sigo buscando un lugar del que no pueda ser desarraigado; dudo que sea el arte, al que llegué empujado por los fantasmas que dejaste cuando nos abandonaste. El arte fue mi confidente, mi espejo; el arte fue una carta eterna que trataba de ubicarte en el infinito, el arte es la novela de mi vida, lo que me ayudó a sobrevivir.

Con vergüenza debo reconocer que no he podido volver al pasado, tal vez porque nunca he dejado de estar en él.

- ¿Es el que creo?
 — Soy el que quieras.
 — Es el Maestro.
 — No; Maestro es el que te puso delante de mí y a mí delante de ti. Yo soy Arthur Rubinstein.

Me acuerdo de que mientras dormíamos, el Progreso había entrado al pueblo por el lado norte, que siempre le es propicio, a través de la ruta 266, las ventanas de la fábrica de Mansilla y los galpones de Tarantino, rompiendo los muros que protegían la castidad, la obediencia y otras buenas costumbres, destrozando las cadenas de demorar el vuelo, dejando al descubierto al hastío, despedazando a la tradición, avergonzando a la siesta y sus mediocres influjos.

Al llegar la mañana, las horas del tiempo no vivido apestaban el aire al quedarse sin la protección de los míseros esquemas establecidos por la ley comunal; entonces nos enteramos de que algo había sucedido en la madrugada en la que descansábamos de nada, nosotros, que éramos nadie.

No hay cosa que pueda oler peor que una herida en la costumbre, pestilencia que partió en dos a la Alcaldía donde descubrimos infames acuerdos con el enemigo, al Banco del Sur donde el comisario escondía lo que robaba a los que robaban, a la cárcel donde había presos porque sí y ¿por qué no?, debajo de los canteros de la Plaza Central, que se dieron vuelta como un guante o un calcetín, es decir como la posición política de los burócratas, para que descubriéramos a los ricos asesinados por sus hijos —las balas de oro eran la evidencia—, a los jesuitas que suponíamos prófugos, a los indígenas asesinados por los Mendizábal para quedarse con las tierras que los transformaron en los zares de la zona. En ese desorden, nadie supo quién era ni adonde correspondía ni qué sentido tenían los títulos ni hasta dónde llegaban los privilegios o las condenas.

Descubierto lo escondido, los parroquianos comenzaron a dudar de todo, por ejemplo del cura Améndola y del Sermón de la Montaña que gustaba decir después de la misa, seguramente, decían los más excitados, para dejar que los ricos se enriquezcan aún más sin que los pobres hagan nada por evitar lo que desequilibraba cada día más a la comunidad.

Los libros de la biblioteca Saavedra, a la que nunca entró nadie, quedaron tirados por la calle; por ellos nos enteramos de que azafata, sofisticado oficio que ilusionaba a todos, quería decir criada de la reina a quien sirve las alhajas que se ha de poner y que recoge cuando la reina se desnuda; que una cosa era el hombre religioso y otra el hombre clerical; que en los países nórdicos la moral era diferente, es decir que la moral depende de la geografía, incluso de la cantidad de dinero; que la virginidad no es un privilegio; que a la verdad y al culpable se los busca dentro de uno.

Pese a esos descubrimientos, el pueblo siguió estancado en el fango de la apatía.

En la división de bienes, él sólo quería quedarse con ella, pero no lo consiguió; entonces abandonó el Second Royal Welch Regiment, que alguna vez lo hiciera célebre en Nápoles, y se fue a Roma, cerca de la vía Véneto, a vivir con Giulietta, Loló y María, bellas y hambrientas hembras que fue juntando en sus viajes por Fírenze, Marsella y Munich (imagino que sería un espectáculo brueghelliano verlo tirado entre las seis larguísimas piernas).

Gastó sus últimos dólares cenando once meses seguidos en el famoso Della Campana de Roma, antes de ir a escuchar las canciones pornográficas que Tom improvisaba entre el Campo di Fiore (donde conocí a Rubinstein, que trataba de ganar con migas de pan la amistad de las palomas para que le confiaran intimidades de Chopin, que las amaba) y los comunistas.

Sus tres amantes realizaban ceremonias conjuntas que, enloqueciéndolo, rejuvenecían al casi ex coronel que se había cansado del aburrido honor y el castrante orden.

Si Jane no hubiese bailado belly dance, no se habría ido con ella al aristocrático Boston donde a veces, entre la ortodoxia más ética y el futuro más preciso, entornaba los ojos, ponía un disco de Jacques Brel, apuraba algunos whiskies y, melancólicamente, se ponía a extrañar al maravilloso trío por el que Roma fue la capital del Mundo y el centro de la Vida durante dieciocho meses, en el último de los cuales lo conocí, cuando el otoño comenzaba a poetizar todo y Francine me devolvía a los rituales de Carl Orff que un día, en Mar de Ajó, donde el Atlántico es argentino, escapando de una tormenta, me invadió al entrar a El Delfín, un bar—biblioteca que estaba sobre la playa.

Cuando mis canciones (que los europeos, acertadamente, llaman salmos) tenían éxito, gozábamos los crepúsculos desde los balcones de las suites de los hoteles donde hasta las langostas eran personales, el whisky (sin hielo, para no irritar a las dos muchachas inglesas con quienes compartimos algunos incendios y mucha música) nos acompañaba a las piscinas, y la desnudez era tan natural como la libertad de las nórdicas y el miedo de la gente de buenas costumbres.

Los camareros, vestidos como para los salones y las noches, nos acercaban las frutas a la playa, temprano en las mañanas; a veces pasaban por ahí David Niven, Brigitte Bardot o una Hemingway que todavía...

Si el éxito continuaba, llegábamos hasta donde las amigas de Dalí nos terminaban de enloquecer para que comenzáramos a escribir el verdadero poema, o Vittorio Fanfone nos emborrachaba festejando la salud.

Me gustaba ver a Francine en las mañanas de Niza, en las tardes de Saint—Tropez, en las noches de Cannes, acariciando a todos los perros o recitando a Prévert...

A l'enterrement d'une feuille morte deux escargots s'en vont...

... pero nunca la vi tan hermosa como entre las canastas llenas de flores que colgaban de las columnas y los sillones de caña de aquel hotel de Cadaqués, al lado de Port Lligat, donde jamás coincidimos con Don Salvador enamorado de Gala, pero donde reencontré a Robert Springfield.

La historia de su vida, como la Historia, comenzó con una metáfora, uno de los múltiples reflejos de la única Metáfora.

No inventó nada porque sabía que nadie puede inventar nada; sospechaba que todo había sido dicho, que solo podemos reiterar, ociosamente y con artificiales y supuestas modificaciones, las mismas relaciones que hay entre las cosas que declararon los hombres de la Antigüedad.

Mejor dicho soñó, que es otra manera de la Metáfora; soñó a la Muerte, que lo trajo a esta ilusoria vigilia donde se llamó Robert Springfield, un supuesto nombre en el viento, una sombra más con pretensiones de estrella. En ese sueño fue el ejecutor y el ejecutado, el venado y el tigre, uno y todos los personajes del Cuento que provoca el uno y el cero para distraerse, según Omar Khayyam, de la Eternidad. Ese sueño, decidido por Quien dirige, fue su primer contacto con la literatura, que es lo mismo; su vigilia comenzó en un adormecido pueblo costero, inconscientemente malo, es decir ignorante. Ni sus padres ni sus vecinos se dejaron amar por Robert; él proponía cosas, y nunca se lo perdonaron los que se escondían en la apatía. Ahí comenzó a buscar, a inventar símbolos para salvarse de los aburridos días pueblerinos y la indiferencia de la gente; allí, casi sin saberlo, comenzó a ser poeta, el bardo que años después enloquecía de amor a Jeannette en un verano de Niza, a Christine al costado del Rhin, a Marianne en el Eilat que se roza con la Jordania en donde lo conocí.

Su orgullo era haber acompañado a Hemingway en su último viaje a España, país donde alguna vez me sentí orgulloso de que la seguridad de Rafael Alberti dependiera de mí, aquella noche madrileña.

Buscó refugio en el Trastevere de la excitada Roma, mientras el padre que nunca conoció moría en un cuarto miserable de un miserable hotel de Estoril.

A veces me aterra pensar en la similitud de nuestras vidas; hablando de él, hablo de mí más que nunca.

Me acuerdo de que cuando era niño pensaba que el sol caía en el baldío de la otra cuadra, entre latas de cerveza, ratas y mosquitos.

Fue hermoso comprobar que cata mucho más allá.

Me acuerdo de mi madre, que no hace mucho me dijo: a tu edad no puedes estar buscando, yo creo que estás perdido.

Las evidencias me terminan de convencer: tengo que salir de las sombras del eterno duelo de la familia, de la palidez pétrea de los abuelos que no sé qué estaban pagando, que hicieron una vida de mierda porque nadie les avisó (ni siquiera el cura, encaprichado con los mandamientos) que el hijo de un carpintero de Belén ya había pagado, y caro, por todos nosotros, que ya podemos vivir,

servirnos de todos los frutos de la vida que ahora son gratis, que tenemos permiso para ser felices, carajo, de una vez por todas.

Voy a utilizar todos los poderes que me da el ser hijo del Padre de los cielos y la tierra, voy a vivir como un rico para no ofenderlo, para no hacerlo quedar mal delante de los dioses de las otras esferas, de los estadios superiores que me dan todo el tiempo que hay para que pueda alcanzarlos.

Carmen demasiado madrileña, vos sos el cenit de mi caos (Wagner embruja a las cuerdas, endemonia a los vientos); estando contigo, se me ocurre pensar qué bello sería tener dos penes para que puedas elegir de acuerdo a los caprichos de tu ciclotimia, Carmen de los días afiebrados y las noches perversas, Carmen de la adorable lesbianidad, Carmen de comer los jueves con el Litman rico para hartarte (*Tristán e Isolda*, el momento más hermoso de la música, el flotar más sensible e inteligente de que mi espíritu, mi animal y mi mente tengan memoria), Carmen raveliana los fines de semana, Carmen que logras el milagro de hacerme gustar el acordeón, las aceitunas, los vestidos largos, las joyas y el smoking.

Para vos canto a los gritos, por vos no me aplasta la multitud de turistas que sofocan a la Cibeles; contigo soy español, Carmen, español para doblar campanas en las torres amarillas, para ver cómo el polvo y el viento planean enloquecer a la noche y a la plata, para no saber dónde ir con los cien jinetes enlutados de Lorca, para llorar con las almas perdidas junto a las guitarras, para entrar y salir de las tabernas con la muerte sobre los hombros.

Es la hora del poniente para que te ame más que nunca, Carmen que te dejas teñir azul y rosa por el día que se entrega a la noche entre los árboles serenos y el agua cristalina que vaga por el riacho camino a Toledo, Carmen prófuga de las hogueras de *Carmina burana* para que París, Hamburgo, Singapur, Oslo y Londres se junten por una madrugada en el largo muro de Aranjuez donde el Rodrigo ciego lamenta haber dado fin a su concierto—pueblo—luna.

Se va el tren, Carmen... estoy contento de haberlo perdido.

Me acuerdo de que casi nadie sonreía en las oficinas públicas, salvo para burlarse de los campesinos que llegaban al pueblo para cumplir con algún impuesto, solicitar un préstamo, hacer un telegrama o registrar un automóvil.

Los ricos estaban aburridos y los pobres insatisfechos (creo que esta situación jamás cambiará). Los muchachos se casaban para alejarse de los padres (que seguirían manteniéndolos para siempre) y para poder hacer el amor o decidían estudiar para escapar a Buenos Aires; esos eran los mas altos ideales. Los borrachos se distraían con el alcohol y la familia con el televisor, que los salvaba de no tener qué decir; cuando se descomponía, la familia caía, hastiada y pesadamente, en el más pestilente fracaso. La mujer del jefe se quejaba el día entero: el aumento de sueldo a su marido era poco, la carne subía mucho, la humedad no la dejaba en paz, la madre estaba deprimida; era tan insoportable como el servilismo de su mando, capaz de limpiar con la lengua los zapatos del alcalde o los de Seritti, dueño de casi todo lo que se podía comprar, es decir todo (le perdonaban cualquier cosa, porque si se enojaba y se iba con sus negocios a otra parte, se paralizaba medio pueblo). Enfrente, el portero de la Tienda Mayor no dejaba de inclinarse ante cualquiera; bacía veinte años que abría puertas, sonreía mecánicamente, cargaba bultos. Pese a la poca cosa que era, supongo que habrá sufrido mucho. Una sola vez vi que lo servían a él; fue en la pizzería de Carreño, unos días antes de morir.

(¿Qué hace en mi alma esta mujer extraña que dice que es mi madre?)

El jazz pasa fugazmente por Madrid y me incendia un ala; llevo al marroquí a Becerril de la Sierra, donde recupero un antiguo sueño mineral; las cigüeñas señorean sobre el templo de Colmenar Viejo, y el pan es sonoro, como Lorca; en Navacerrada los dioses festejan la vida a toda geometría y verde, las aves cantan, las mexicanas ríen y el alpinista espera al invierno mientras se pone el sol, serenamente; en Segovia insisten los antiguos romanos, y la gente con la misma vereda; más allá, donde todo se pone lento y caminan a placer las vacas, el pueblecito crece mis ingenuidades con la comida casera; en el viejo puente de piedra el silencio es absoluto y el río cándido y limpio llega hasta el paradisíaco valle donde un caballo atado relincha exigiendo su libertad, más hermoso que nunca; las alemanas esperan, por eso les recuerdo que siempre somos dos, aunque no estemos juntos; vuelvo a Madrid para subir al avión que me lleva a México a favor del día; canto la bienamada canción y gozo al amor, se llame María o Guadalupe; golpeo la puerta de Juan Rulfo, que me honra con su amistad, y retornó a España; Rilke me acompaña y despierta mis escondidas bellezas mientras camino lejanos años por Toledo; las dos mil seiscientas setenta y

tres ventanas de El Escorial, desde donde Felipe II gobernara las tres cuartas partes del mundo conocido, me devuelven al sol; los aguilucho vuelan sobre la hormiga y duermo un cansancio ajeno; la soledad de los castillos, camino a Zaragoza, solo conmueve a la pequeña historia humana; urracas, cigüeñas y pueblos abandonados son el hueso y la piel de la hermosa España; en Calatayud bebo un vino a la salud de la Dolores; las torres deciden a Zaragoza donde canto los privilegios de la libertad; el Montserrat es un Gaudí natural, pétrea procesión que viene desde la alborada de los tiempos; lagartos, caracoles y palomas de piedra cantan la gloria de la Sagrada Familia en Barcelona; el verano y la noruega me llevan a Lloret del Mar; subo la montaña, bajo la montaña y entro a Cadaqués, donde todas las calles dan al mar, como en San Juan de Puerto Rico; duermo en Arles, frente al anfiteatro anterior a Jesús, en la misma tierra que excitó a Van Gogh, que me excita para que excite; recuerdo a Platón por la Costa Brava y a T. S. Eliot por la Costa Azul; Saint—Tropez y Saint—Raphael tienden sus voluptuosidades al costado del Mediterráneo donde Henry Miller insiste en asegurarme que el libro es el hombre; las ideas descienden de las sagradas esferas y sublimizan mi descanso en Agay; después Cannes Monaco y Niza; junto con la tarde sucede San Remo para empezar Italia; Francesca suaviza a la tremenda Genova donde todo es redondo e imposible; el mar explica lo inexplicable con misteriosos símbolos que van y vienen al mismo momento, como la vida y la muerte; interminables caravanas de automóviles desgastan las mismas calles que giran sobre sí mismas buscando en vano la línea recta en un mundo circular; los caballos bañándose en el río son la más grande obra de arte; la Torre de Pisa y el exacto templo me convencen de que el hombre puede ser la sal de la tierra; Francesca sonrío y es como si comenzara un nuevo día; este amor que siento es el acto de justicia mayor porque siento que glorifico a Dios glorificándome, aunque no sepa quién es este yo al que creo representar; Francesca se pierde entre los recuerdos y los deseos cuando llegamos a Florencia, el fruto preferido del árbol europeo, amada en verso, en piedra, en color, en madera, en música y ahora en silencio por mi mente y mi corazón, extasiados ante tanta belleza; esa vaga sombra que es la vida aquí es brillante espejo; Il Duomo, donde alguna vez bautizaron al Dante que intriga a Borges, tiene el tamaño exacto de la dignidad, y el campanario del Giotto, al atardecer, consigue el perdón para todos los hombres; milímetro a milímetro, el arte vuela desde la puerta de Ghiberti a Michelangelo; las palomas, amantes de la historia, de la caprichosa historia y las claras campanas, pasean su dicha entre el Palacio Medici—Riccardi, la iglesia de San Lorenzo, la Plaza de la Señoría y el Palacio Viejo; un estruendo de colores inunda la noche; las flores de la luz brillan como los cantos Orfeo porque Florencia, de noche, es igual al magnífico sueño del griego; avisado por las campanas y enamorado por las palomas, salgo para Roma, donde han vuelto las golondrinas; todos los elementos se juntan para formar el gran acorde, ahora, que sale el sol; una estrella encinta flota en el Tévere con el primer hombre dentro suyo, que era paz y abuelo del abuelo; Francesca me cuenta que ha muerto un tigre en la Malasia, entonces Dios tiene dos ojos menos para gozar su obra; mis muertos y sus dioses, mis muertos y sus dragones esperan en el Teatro di Marcello para discutir antiguos amores; un hombre y una mujer, en la copa del árbol (parece un homenaje a Fellini), crecen lo que debe crecer; ahora que se extiende la telaraña que une todo, aprovecho para entrar al Vaticano; altísimos sermones de piedra no acunan como acunaría el sol a esta gigantesca ofrenda que es La Piedad, un poco más atrás, ladrillos menos, los eternos testimonios que la luz puso en las manos de los mejores hombres, a quienes debo la medida infinita del arte; el Moisés, harto de visitas huecas, espera en un pequeño templo junto a las cadenas que ataron a Pedro y avergonzaron a la humanidad; en el Campidoglio solo falta Samuel Beckett recitando sus Textos para nada, y el Coliseo abriga extraños sueños y gatos y miedos; las monedas minimizan a la Fontana di Trevi y a uno de los pocos pedazos de cielo que se asoman por estas calles tan estrechas, tan hermosamente siniestras; Roma es un amor ineludible, una hembra que arde para ardernos, una maravilla desnuda y siempre hambrienta en medio del festín, infiel como la verdad; las divertidas y desatadas ceremonias de la Piazza Navona excitan a Vittorio Fanfone, un realista que olvida que la realidad es otro sueño, un símbolo más; agosto se tiende en Roma, hermosa piedra que fue águila.

Me acuerdo de que el doctor Camet cazó un jabalí, lo embalsamó, pero no pudo apresar a su alma que, de vez en cuando, se lleva a su esqueleto a pasear por la casa de su cazador, solo para aterrarlo.

A poco de salir de su casa, Omar saltó a un tren donde encontró el secreto: el hombre es ir yendo. A pesar de haber andado tanto, de haber visto y vivido tantas maravillas, su principal recuerdo era la insinuante pelirroja que no dejaba de verse tendida en un gran espejo que le tenía un alemán de grandes bigotes. Los espejos siguieron urdiendo maravillas a lo largo de toda su vida, como le sucede a Borges.

Omar cambiaba de mujer para que sus relaciones cambiaran de piel, y combatía al poder, sea cual fuere, porque siempre es un resplandor frío, un amargo solitario (un gigante solitario), un poderoso inútil en medio de la miseria. Tal vez por eso le tenía respeto a la derrota, que suele tener más dignidad que el triunfo, que envilece y envanece.

Omar siempre estuvo deslumbrado por la vastedad del Universo, seguro de que Dios había puesto vida (su máxima expresión) en todos los planetas. Era, como Camille Flammarion, ciudadano del Cielo, y sabía que en la Naturaleza estaba el verdadero poema: la misteriosa noche, el esotérico crepúsculo, las luminosas maravillas del amanecer, el canto del mar, el grandioso murmullo de la selva, las mujeres, las flores, los espíritus; todos estos fenómenos despiertan a nuestros sentidos y a nuestra mente mejor que las mediocres y suicidas leyes humanas, artificiales y enfermizas, insistía Omar.

En la madrugada encontraba a la palabra y sus luces, la luz y sus palabras; creía que el que no conoce a la noche no conoce nada, porque por ella conocemos las leyes del Universo. (Flammarion, cuando no, decía que la astronomía no hubiera brotado jamás del fondo de este océano aéreo si el velo del día, que nos oculta las estrellas y todo el firmamento, no hubiera sido descornado por las manos de la noche.)

La poesía no lo perdía en el delirio, más bien lo multiplicaba, lo hacía volar hacia las altas verdades, como la mística, si es que la mística y la poesía tienen diferentes raíces, cosa que no creo.

Omar siempre estuvo abierto a lo fantástico, y pudo explicarlo naturalmente. Los que saben, dicen que tuvo invitados del más allá, que le confiaron los secretos del más acá.

Omar tenía una religión natural: el Universo, que albergaba a la Vida en cada planeta.

La Tierra, decía Omar, es una casa de paso, un hogar momentáneo, uno entre muchos, en la marcha del espíritu, del eterno espíritu que encarna en el hombre que, cuando es artista o científico, pasa de este mundo a otros superiores para crecer sus maravillosas facultades, los luminosos datos de los que la Tierra solo conoce la semilla, de los que los otros hombres ni siquiera sospechan.

Omar pensaba que ni aun los mejores hombres creaban nada, sino que encontraban, pues las altas verdades eran anteriores a la Humanidad, que eran destellos de la luz superior, llegados del Cielo al amparo de la noche, secretos que solo algunos iniciados podían comprender en lo profundo de sus almas.

Sentado en un bar del Campo di Fiore recuerdo las horas del Nirvana escandinavo, la Suecia que se cantó a sí misma, fundamentalmente, en la Greta Garbo que no admite continuidad.

Suecia, a pesar de la basura que arrojan sobre su hermosa sombra, más luminosa que la ilusoria luz latina, termina con nuestro pretencioso "estar de vuelta" de ninguna parte, nuestras miserables clasificaciones y la infantil idea que tenemos de ser más cálidos que ninguno. Los suecos consiguieron, sin la mediocre fuerza, la justicia; es decir que son cálidos de la mejor manera: con un sistema social justo.

En el aeropuerto de Estocolmo, por ejemplo, como en casi todas las terminales de ómnibus, hay guarderías infantiles y toillettes para lisiados, porque en Suecia la biología se respeta tanto como el arte, después de la más saludable libertad, por supuesto.

La cultura, que no es solo devoción al pasado sino respeto a todo cambio, protege a lo progresista, porque ese es el alimento de ella, y no solo el arte y la acumulación de datos, casi siempre ociosos.

Desde los alcohólicos a los escritores alcanza la igualdad, sustentada por los impuestos... y los trenes llegan a horario.

Los suecos hacen más vivible la vida; se puede estudiar y dejar de trabajar porque el estado sigue pagando el sueldo, los ancianos son respetados intelectual y económicamente, se dan licencias por maternidad para el padre y la madre y vacaciones pagas para las amas de casa. No se mata a los pájaros y se vota por carta; ellos, más Liv, crecieron a mi agotada esperanza.

Cuando un cantor sale a caminar, lleva una maleta pequeña donde no falta Whitman, el Tao Te King y la Biblia de Jerusalem, además de sandalias para caminar los desiertos, botas para subir las montañas y una gorra griega en homenaje a Hornero.

Camina por Tel Aviv, París, Florencia, New York, California, México o donde sea que esté la vida, haciendo el amor con mujeres hermosas y cantando a la libertad en poemas que nadie publica, o publicará demasiados años después, pero no importa, porque el cantor no tiene apuro pues cree en la eternidad.

Por más que se cuide, siempre escribiré una línea peligrosa que enojará a los poderosos y asustará a los débiles, es decir a casi todos.

El cantor, pese a estar condenado a la soledad por vivir plenamente y en voz alta, es un hombre de fe, razón fundamental de su oficio. Los pájaros lo conocen desde antes de la canción; a veces lo alcanza el hambre, pero a nadie le importa, ni siquiera a él.

El cantor aprende muchas maravillas en el maravilloso mundo donde vive en libertad, pero los esclavos no se animan a compartirlas con él.

A veces el cantor se cansa de los demás; entonces hace silencio para que nadie pueda ensuciar su canción, y la humanidad ya no tiene por dónde respirar.

Me gusta volver a España, principalmente porque me excita verte embriagar con las palabras, ver cómo las dejas invadir tus arterias, tus venas, tus riñones, tu vesícula y tu corazón (las cuerdas esperan, apoyan el juego del clarinete, lo balancean para que tengas tu *Bolero*, Carmen).

Carmen—baúl de infinitos cajones con espejos para multiplicar los papeles, las bikinis, las cremas chinas, los sellos de correo y las revistas pornográficas, Carmen que como Teresa le das tu dirección a cualquiera para recibir cartas todos los días, Carmen que dejas tu polen por los bares de la calle Serrano, que te queda como pintada, Carmen de caminar por los establos para fantasear con los caballos y esperar al nuevo rey que tal vez ahora sí nos ponga en el verdadero camino, Carmen—fiebre donde deliro entre sombreros americanos y corbatas italianas, el bar Gijón de los intelectuales y la Plaza Mayor de cualquiera, los baños públicos, el jerez, el jamón serrano, el cante jondo, el Mini Cooper 1275, las velas rojas y los manteles blancos, Carmen de amar a Iván solo porque está solo (Tchaikovsky se va bien abajo, y desde allí arranca nuestros viejos dolores, Carmen, esto es la Patética, ése del espejo soy yo, Carmen, alegre con él tu tarde, déjalo incendiarte el útero y las piernas largas y suaves, permítele alisarte las arrugas del recto. El sabe encender el fuego que te llevará a la locura que te salvará, Carmen, para que puedas fornicar con los toros negros que calientan aún más a los campos de Andalucía, para que los murciélagos te provoquen poemas y los perros se coman tu estiércol pictórico de semen árabe.

Te estoy fornicando, Carmen, quiero dejarte fornicada para siempre, para los niños holandeses que se masturbarán al costado de los canales, para los marinos que se perdieron definitivamente.

Carmen, si vivimos unos días más, veré salir monedas de oro de tu culo y palomas embrujadas de tu vientre).

Camino por Madrid como si fuera el New York de Henry Miller o el París de Gauguin; así de brillante siento al aire y a la luz (tan impresionante como la de Grecia) que me crecerá. Recuerdo a Malraux entre los turistas que vulgarizan todo lo que tocan.

— ¿Por qué pienso en Thomas Mann?

—Porque se perdió el estilo —contestaría el Brahms que nos hace falta más que nunca.

Se llamaba, fuera de toda cursilería, Rosa, y era reina de cualquier cosa que estuviera prohibida. La peluca fosforescente y verde nilo, la evidente cirugía en la demasiado perfecta nariz, el corazón ardiendo por lo que sea, siempre y cuando lleve corbata francesa, zapatos italianos, reloj suizo y Mercedes Benz, las uñas doradas y el andar de pantera en celo, hacían de Rosa el orgullo y la vergüenza de Maldonado y la estrella principal del Hiroshima, prostíbulo uruguayo con pretensiones de night club norteamericano, bastante cerca de Punta Ballena, donde se levanta Casapueblo, el fortín desafortunado del desafortunado Carlos Páez Vilaró, apreciado amigo y compinche en el camino, la libertad y la belleza. Nadie, como Rosa, sabe tanto de Jesús, porque fue la Magdalena; tiene una idea terrible de los Evangelios porque se los enseñaron con un látigo, a ella que los vivió.

Cuando se separó de las buenas costumbres fue feliz porque, al ser ella misma, fue invulnerable. Todo, principalmente el Amor, era momentáneo; por eso su cuarto se llenó de adioses. La ortodoxa tristeza de la siesta pueblerina proponía esta elegía, compuesta con las mismas palabras con que la acompañé cuando se desvelaba y aburría porque tenía el tocadiscos roto y no podía estallar con *Carmina burana* de la que, seguramente, también descendía. Sabía, como Séneca, que los animales viven en el presente porque el Tiempo es una invención humana; por eso, por respeto al Momento, tenía la casa llena de gatos, canarios, perros y cucarachas que no la dejaban escapar al pasado con la Nostalgia ni al Futuro con la Ansiedad. Rosa fue el primer enemigo honorable que tuvo la Tristeza

en el Río de la Plata; la Tristeza, la maldita Tristeza que creció al Tango del lado de las Tinieblas, pero esa es otra historia. (Caen las primeras hojas en la España que, pese a tantas maravillas, se queda sola por culpa del miedo. La pequeña plaza de Matalpino y la inocencia de Boal, las dos entre los cerros y el verde purísimo, son reflejos del Greco. Martín, hijo de María baila todo y Pedro de gnomos asustados, crece a pesar de la Tristeza, mientras los maestros se insinúan cada día más en mi mente y mi corazón que, hambrientos, se encantan en la encantada Cuenca o se dejan deslumbrar por las maravillas que, sobre la Puerta de Alcalá de un Madrid pedantemente afectuoso, sugiere la Luna que nadie amó como el persa y Francine. Ajalvir se tiende y deja que todas sus calles retornen al campo donde la Creación no cesa de recrear; me acompaña Isabel y, gracias a ella, llegamos a tiempo a Guadalix de la Sierra para acompañar a la Virgen del Pilar hasta la ermita donde la santa se enoja con el servilismo y abandona al pueblo entre ruegos y plegarias que la deciden aún más a escapar del lugar. Junto con el Sol, descendemos en Colmenar Viejo.) A cualquiera le costaba desprenderse de los besos de Rosa pero a nadie tanto como al escribano Tasende que no solo dejó a su mujer sino también a su amante para seguir a Rosa en su gira anual por los peores cabarets de Uruguay. El y su ahijado, que era abogado y también estaba secretamente enamorado de Rosa, lucharon por sus derechos; era hora, considerando el favor infinito que le hacía a una raza de hombres tímidos o estériles, de conseguir que no la vieran solo como a un objeto sanitario, de salvarla de la mala paga y de los golpes e insultos de los empleados públicos, los comerciantes, los médicos, los malandrines, en fin, de todos los que, después de usarla como a un inodoro, le faltaban el respeto. Hasta el comisario, que era quien más la necesitaba porque la mujer que tenía y nada eran lo mismo, la mandaba al calabozo por cualquier tontería. El instinto, el animal que ante todo somos, lo hacía volver a ella porque necesitaban revolcarse, aunque fuera de vez en cuando, felices como perros. Por ella, Tasende abandonó la escribanía y se dedicó al estudio intenso de los derechos humanos; de los honorables discursos que pronunció apasionadamente por el país, el más célebre fue aquel en el que dijo que prostituta es la que hace lo que no ama y no Rosa de Maldonado, que ama a su oficio; prostituta es la secretaria, la vendedora, el ama de casa que se estafa a sí misma anteponiendo el compromiso falso y el deber a lo que realmente sueña hacer. Prostituta es la sociedad de consumo que se consume a sí misma en lugar de crecerse en la alegría del placer, privilegio con que Dios nos hace volar. Se gastan fortunas en fabricar elementos para destruir, mientras se limita al amor, día a día; la prensa grita las atrocidades y la desgracia más sucia, pero calla el jolgorio natural de los sentidos que mueve, benditamente, la sagrada necesidad del placer. Se critica a las prostitutas cuando no se puede estar con ellas, se las odia cuando hacen con los demás lo que quisiéramos que hicieran con nosotros, y se busca en la señora propia cualidades de compañera cuando ha dejado de ser hembra. ¿Qué mejor oficio, qué tarea más bondadosa y vital que la de dar gusto a los hombres? Si el vicio es bello, es otra forma de la virtud. A ustedes, notorios hombres preocupados por las causas de la humanidad, a ustedes pregunto si se han puesto a pensar en lo que les debemos a las putas que negamos totalmente o acusamos totalmente. Solo las han recordado, y en las sombras, cuando vuestra mujer no les excita el hueso, la mente, el corazón y la carne; solo así las putas fueron parte de la humanidad por la que se supone que ustedes no duermen. Aun así, existiendo solo para el desahogo de vuestro animal, ¿hay tarea mejor? ¿es más digno el que pisa, roba y saquea en nombre del progreso? ¿es más digno el que ofende a su dignidad dejándose pisar? ¿es más digna la familia, secta que divide a los hombres, como el nacionalista que así cree justificar a su miedo de vivir con quien sea en donde sea, como hacen los verdaderos hombres? ¿es más digno competir en busca del éxito mediocre? ¿es más digna la virginidad, negación de la vida? Cuando el animal está contento (tarea de Rosa) el espíritu vuela en *paz* y no tiene límites (tarea de Dios). No es infame el lecho de Rosa sino vuestra casa que perdió el fuego sublime por el que vive y crece la sublime Creación. Aun económicamente la prostitución es positiva porque la prostituta le da dinero a su gigoló que lo gasta en el mercado que con ese dinero le da posibilidades al mercader de comprar radios, automóviles, camas, pan, ropa, es decir dar de vivir a más gente, sin contar la comisión que se paga al policía y al inspector municipal para que no molesten. Nadie defiende los derechos sociales de las prostitutas ni la situación precaria de los prostíbulos; solo se habla de ellos y de ellas en las páginas amarillas de los crímenes, los robos y el vicio. Todos los sindicatos y todas las clases sociales están en contra de las prostitutas y de su excitante oficio; no hay organización que las proteja ni ley que las cobije. Yo no soy ningún ejemplo como para exigir justicia pero lo hago porque ustedes son peores que yo y la divina Rosa que representa la mayor fiesta del hombre: el placer, los juegos del amor con que Dios recrea permanentemente. Si pecado es hacer lo que no nos provoca placer, ustedes, falsos moralistas, son los pecadores más grandes de la Tierra. (La tarde hace brillar otra vez a la vieja lámpara; el techo y el piso son casi uno y en la antigua cama descansa la humedad de una Europa desgastada. La tijera ya no corta; solo espera junto al bastón del que la trajo un día desde una Inglaterra casi mítica. Todo se parece a la Muerte, es bellamente dramático, como Mirary, hermosa vasca con la que

compartimos parte del camino que ayer nos enloqueció por separado y hoy juntos. La mecedora mantiene el aire de inocencia que contagió a la abuela, los papeles son callados por el polvo y el reloj marca la hora de la eterna agonía; el baúl no se imagina que es otra forma de la Muerte y desde el lienzo sonríe alguien que fue y que ahora es ninguno. Frente a Mirary, siempre prometedora, un zorro denigrado que ya olvidó su rabia y una máquina de coser temores acompañan a un pergamino que elogia las tonterías de un tío tonto y a la vieja moneda que alguna vez escondió y que no asombra ni a los ratones que, desde abajo, señorean en toda Europa. Corremos a Navacerrada para ver salir el sol y después desayunamos en Rascafría con la gente más inocente que se le pueda ocurrir al Diablo. Entre ruinas silenciosas y misteriosas dormita Torrejón de Velazco que, al final, se despierta en una puerta que da al campo que nos lleva a Titulcia, tan lenta como hermosa; cerca, el río Tajuña bendice a la Tierra.) Rosa de Maldonado era feliz porque tenía buena salud y mala memoria. El azar llenó de paquetes su camino; creo que los abrió a todos. En uno de ellos encontró a Daniel, que le enseñó que aquí en la sociedad, no hay virtud que violar ni honor que cuidar ni orgullo que valga; solo vivir o morir. El hombre es débil o fuerte, eso es todo. Viajar a lo Desconocido fue el permanente acto de fe de Rosa de Maldonado. Una mañana de verano mató a la Moral que, debajo del paraguas de la Tristeza, se tapaba los oídos para no oír el canto del ave. La sociedad, por supuesto, nunca le perdonó semejante maravilla. (Nada como entrar despacio a Chinchón, entre el blanco cansado y el rojo pausado; en medio de esta delicia suenan las campanas a mediodía para que la gente se reúna alrededor de la plaza de toros. Desde arriba, donde el castillo aún insiste, se ve el pueblo quieto para siempre sobre cuevas donde el vino duerme sueños de locura. Siguen cayendo las hojas para que suba el Invierno entre caballos, cal y madera, España y Mirary. Todo el Tiempo fue necesario para llegar a este momento; entonces, aquí está toda la Vida.) No hace mucho tiempo, Dios me sacó del arroyo y nací por milésima vez, me contó Rosa de Maldonado una noche de Punta del Este. El Altísimo me confió que tendríamos un buen invierno, me prestó su sombrero y supe su secreto, por ejemplo que en el Infierno también hay palomas. Me distraje con Michel, con quien nos conocimos en el valle, levantamos la casa en las sierras y nos separamos al bajar al mar. Al quedarme sola, oí más que nunca al buen Dios de cascabeles y gnomos que no dejaba cortarse el pelo por el cura Lorenzo. Hizo dormir al cazador para salvar al ave y rió y cantó para asustar a los burócratas; comía huevos enteros y contaba historias que nunca terminaban para que la curiosidad nos mantuviera despiertos. (Te amo, Mirary, y más aquí, donde las ventanas enrejadas sugieren antiguos y ardientes romances; abajo brilla el cobre porque arriba brilla el sol cuando soy un hombre entero porque tú eres una mujer entera. La plaza es la promesa de inocentes fiestas entre columnas que se merecen un anfiteatro y el polvo, el sublime polvo del que nace todo y al que todo vuelve.

Mirary, dulce y tierna raíz, casi ventana de Europa, árbol donde vuelvo a ser un ave; suavemente me deslumbra la pequeña eternidad que vive en tu hermosa manera de esperar. En esa tranquilidad sagrada recupero la gracia divina de la paz; entonces puedo gozar como nunca el siempre definitivo horizonte que armoniza aquello que yo y esto que tú. Lentamente levantas el vuelo y me llevas contigo adonde la noche es el sueño que sueña a la Vida; tu venturosa llama se incorpora a la Hoguera de donde nace el ritmo de la Creación. Hay como un pasado bello flotando en el presente de pan, jamón serrano y vino, guitarras y manzanas; entonces te amo.) En lugar de asustarla, el misterio de la Muerte enamoraba a Rosa de Maldonado siempre viva. Con qué ardientes ojos y extraños deseos la miraba; la dejaba llegar tan cerca como ha llegado el Diablo y, lo mismo que a él, la encantaba al encantarse... y la Muerte fue toro para lamer sus frutos y caballo salvaje para encender aún más sus noches y pantera sedienta para beber sus aguas. Por Rosa de Maldonado aprendí que la Muerte es el costado más sutil y omnipotente de la Belleza, porque Eternidad es morir enamorado de la Muerte, pues muerte feliz es Vida. Vi la alegría en la casa de Rosa de Maldonado en que la Muerte acarició, como tantas veces, sus maravillas con la sagrada pluma que alguna vez luciera el águila primera. (Madrid se decide a estallar en el Museo del Prado, principalmente en *El jardín de las delicias* donde Hieronymus Van Aeken, el Bosch, divide en tres partes al Horizonte y en ellas desarrolla los ritos grandiosos de la Vida, fiesta de las fiestas. Con terrible hermosura incendia con flores, que son templos, y con mujeres, que son el centro de las burbujas; alrededor, la multitud, desesperada y hambrienta entre fresas gigantes y hogueras que encienden a la Noche, se entrega desnuda, como corresponde, a las bellas provocaciones del Amor. Esferas que serán mañana, es decir hoy, profetizan los vuelos, proclaman las alturas, en tanto en los lagos navegan las más extrañas formas de la Creación, asombrando a los hombres que río pueden con sus orejas gigantes y flechadas. Es el momento de la Exageración, de la Bendita Exageración, me dice el Bosch, anticipándose en unos cuantos siglos a Federico Peralta Ramos; el momento de provocar las hogueras, de incendiarlo todo en homenaje a la Nada, de multiplicar las frutas que nos multiplicarán los deseos, de darles los tronos a los monstruos para que decidan monstruosidades, de vomitarnos unos a otros y escupir monedas con el culo; entonces nos quedaremos tranquilos para

poder gozar las infinitas posibilidades de cambio de la Flora y de la Fauna, mujeres aladas prendadas de globos, golondrinas bordando los monumentos de fantásticas formas y rondas de encantadas piedras y enamorados vegetales. A un costado y en paz, Jesús deja que sucedan animales de nunca y bestias de siempre que declaran sus delirios al Mundo en coros tan conmovedores como los de las ballenas jorobadas. De un lado la Mañana, espléndida y tranquila, en el medio las hogueras de la Tarde, y en el otro costado la Noche se incendia en festejos voluptuosos. Alguien, como Ciriaco Ortiz hace un instante y Buenos Aires, muere contento en un instrumento musical; alrededor, aves gigantes y hermosas parejas en posiciones ercherianas, aparatos que antes del aparato tratan de saber quién es el Fuego, frutas que se rompen para liberar a otras que esperaban en sus senos la hora de volar, un pie atado a la cima de una revolucionaria armadura y una mujer esperando al ratón que entra en la fruta que también es flor y burbuja que cobija a los amantes que se acarician las maravillas como hacemos nosotros, Mirary encantada con el Bosch encantado de crear monstruos amarillos que comen guerreros grises, hombres colgados de llaves que cuelgan de calaveras y cisnes y cerdos rodeando al búho y al hombre que se aman en las aguas como nosotros en este Museo del Prado donde no solo estalla Madrid.) Era el año del Viento y la Ballena cuando los tiburones se confundieron con las flores; entonces Rosa, sin miedo ni pena, bailó al borde de la Luz. (La Muerte toca sus campanas y prepara sus cajas de guardar lo que ha vivido; sus infinitas caravanas logran infinitas victorias en favor de la continuación, desde el hombre que yace panza arriba en el agua, y que es la representación de la gula de los mediocres, al niño muerto en brazos de una mujer muerta, ambos lamidos por un perro poseído por la Muerte. La Muerte, justicia divina, eterna vencedora, tira su red y recoge al rey ahogado por su armadura, su corona y su capa, al bufón que no puede salvarse debajo de la mesa, a la reina que le tenía el texto al juglar que, sin saberlo, cantaba por última vez, al carro repleto con las cabezas de aquellos que se pensaron inmortales. Sobre el caballo famélico un cuervo; sobre los dos la Muerte planea alimentar a la Tierra con un tronco lleno de hombres, mientras acorrala a la multitud con sus propias calaveras; atrás, en el horizonte, los incendios también son parte de la Muerte, de la misteriosa Muerte que nos cuenta Pieter Brueghel, el Viejo, que nos hubiera incluido, Mirary, si nos hubiese sospechado.) En Montevideo, la mayoría se demoraba en los fáciles placeres de la disputa y sus pequeñas amarguras; unos pocos se cubrían con laureles de papel para cantar las maravillas y cambiar la fatalidad por la más alta poesía. La Noche, perfecta y vencedora, terminaba con las pobres medidas, y la Alegría invadía todo; entonces Rosa llegaba del cabaret y abría las puertas de mi pecho para que saliera a incendiar la cáscara del Día que regresaba en la sombrilla de la abuela. (Weyden, desde el siglo quince, propone el Juicio Final en el centro de los flamencos que, excitados, abandonan los magistrales desposarios de la Virgen y el Museo del Prado e invaden al Palace Hotel durante un fin de semana demasiado español, es decir gratuitamente caliente. Un San Cristóbal voluptuoso rompe la primera ventana con un bastón de rama florecida al final del siglo dieciséis y por el agujero se meten los flamencos de dignísimas y frías caras a mover los hastiados muebles, debajo y dentro de los cuales se pudren los días que son meses que son años. En la aristocracia inútil de los jarrones, el silencio está condenado al servilismo y los espejos repiten una lentitud suicida; los retratos de la Realeza declaran el estado histórico del Aburrimiento, y el aceite y la grasa aumentan el desprestigio de las axilas. En los pasillos aún se oye el eco del llanto amarillo de los bebés mogólicos que hoy se reparten cualquier cosa que esté a su alrededor, y en los sillones descansan las calaveras de los que siguen viviendo del terrible milagro del Miedo General. Los camareros sueñan pellizcar las nalgas de las camareras, las columnas wagnerianas bostezan, las alfombras persas se llenan de turistas italianos que trajo este verano en que los flamencos cuelgan sórdidos pero inteligentes pasajes de la vida de Jesús; por ellos, el comedor central ahora tiene el deslumbrante cielo de la Piedad según Weyden, que inició todo este lío. Un reumatismo ancestral paraliza el aire en el cuarto de la tercera planta donde encontramos a la Ley masturbándose con la Justicia dentro de la caja fuerte que olvidaron los lacayos del Sha de Persia, que se fue ayer con su séquito de prostitutas y ladrones. San Antonio, que según el pincel flamenco rechazó las tentaciones en un acto pictórico de color e imaginación, encuentra el putrefacto escondite del Generalísimo Miedo que se muere de pánico detrás del Poder; en la intimidad, en calzoncillos sin condecoraciones y librado de charol y charreteras con que se autorizó a dirigir a un rebaño del que escapó por miedo y al que por terror dirige tiránicamente, sufre la soledad de la altura, el frío de la cima, la sospecha de la caída, los mareos del demasiado alto trono. Con el tremendo cansancio de los almohadones y toda la vejez sobre la espalda, nada se parece al que escupimos secretamente en las monedas, los billetes, los sellos de correo, los monumentos, los periódicos y la televisión; nada. Una extraña ternura, una cálida rabia nos provoca así, tirado entre cocineras, edecanes, ministros que solo repiten y choferes que nunca vieron nada. Ahora que lo vemos, hacemos memoria y comprendemos que siempre estuvo, que con otras caras y otros nombres nos dirigió el miedo, el Generalísimo Miedo que solo existe y existió por nuestro temor a decidir por nosotros el pan, la

libertad, el amor, la justicia. Siempre nos hizo creer que era fuerte, siempre nos mintió decisión y coraje; nunca sospechamos que era como nosotros, y si hoy lo sabemos, es gracias a Weyden que nos provocó a derribar la puerta del despotismo con el Juicio Final que los entendidos colgaron en una de las salas dedicadas a los flamencos en el Museo del Prado donde Isabel y yo nos buscamos las alas y la voz de declararlo todo.)

En el ser yo mismo ocupo mi tiempo; desde el individuo veo la aventura de lo singular y lo universal con todas sus alternativas. Debo incluir este presente en lo Eterno; esa es la tarea.

Busco la poción mágica que daba al druida fuerza sobrehumana para no ser oprobado con la derrota a manos de los hombres de Julio César. Vuelvo a ser celta, amanecer del hombre, paisaje sonoro en continuo movimiento; otra vez descendo de Islandia y Groenlandia al momento escandinavo. Ocupo las costas del Atlántico, más allá de las columnas de Hércules, siempre alimentado por la sabiduría hermética. Detrás de la ritual máscara de Oricalko, esa suerte de aluminio de la Atlántida con que nos excitó Platón, busco mi verdadera edad en la memoria, y tengo la estatura de lo que recuerdo, y lo recordado vuelve a ser en mí. Cuchulain retorna del reino de los muertos y, como los druidas, se refugia en la mente. Las almas desencadenadas me rodean, y en mí siento que el nuevo hombre ya está aquí, como los extraterrestres en Aurora de Alba, la sacerdotisa del edificio de departamentos de Padre Damián 43, capital del placer, centro de los mejores incendios, el punto central de mis giras por España.

Me acuerdo de que yo cantaba mi canción y curioseaba a Buda, a Lao Tsé, a Bretón; distraído en esas maravillas creí que las fuerzas armadas —terrible denominación— eran un juego, solo un desabrido pasatiempo más de la comunidad aburrada y apática, hasta que tuve que hacer el servicio militar, el peor impuesto que nos cobra esa vaguedad, ese fervor de los abuelos que llamamos patria. Allí me sentí más denigrado que en las sofocantes siestas de Panamá o el desierto de Sonora; cuando entramos, nos dijeron que los únicos que tenían testículos eran ellos, los militares, que nosotros debíamos dejar los nuestros en las alambradas que rodeaban al cuartel.

Nos insultaban, mal alimentaban, y nos hacían acabar con los cardos del campo de instrucción a fuerza de cuerpo a tierra. Por supuesto, fui un mal soldado, y lo supe por usted, teniente coronel que alguna vez me gritó en la plaza de armas que yo avergonzaba a mi apellido, dudosamente histórico. Por usted comprendí que tendría que haber odiado a mi país para ser nacionalista; amar sus ideas de la patria era ser socio suyo, a quien más odio cuanto más amo a mi país, que es la habitación dilecta de la casa que es la Tierra donde vivo a pesar suyo, teniente coronel que ni siquiera era capaz de lustrarse las botas y ensillar al caballo que denigró tanto como a mí, que se levantaba temprano para nada y gritaba para nadie, que tenía una idea tan mezquina de Dios que lo asociaba a la patria y a la familia donde comienzan las divisiones y los miedos que el sacerdote le ayudaba a crecer para que señorearan tranquila, mediocre, castrensemente.

Eran los años de la mal llamada Revolución Libertadora; desde entonces somos enemigos, desde entonces le debo mis peores horas, la pérdida de los amigos más brillantes, el odio que me atrasa tanto como usted atrasó a la verdadera revolución. De todas maneras, no consiguió empañar la fiesta del Mundo que me regalé, los privilegios de la Libertad a la que comencé a amar furiosamente el día que salí del maldito cuartel, los campesinos, los obreros y los científicos que conocí para saber quiénes son los que conforman un país. También tuve un acto heroico que usted jamás tendrá: vencerme a mí mismo, que es la mayor de las victorias, el dato más grande de amor a los hermanos.

Su terrible poder, teniente coronel, ha hecho terrible a su derrota; estoy contento por no haber permitido que su violencia se impusiera a mi pensamiento.

Usted perdió porque no tenía por qué pelear, porque hizo la guerra por la guerra, que, sin un motivo superior, sin la grandeza de una causa, es tan nada como el nadie que es usted ahora.

He sido heroico solo para no parecerme a usted, pero dudo del heroísmo, salvo que sirva a un motivo noble; prefiero a la Naturaleza, que es el gran maestro, y a la inteligencia que me acerca al arte, inevitable para vivir, porque somos creadores, porque estamos hechos a semejanza del Creador, salvo excepciones como usted, que, al no poder crear, necesita dirigir (el poder es la manera de masturbarse del mediocre).

Usted fue más rápido que yo porque la mentira no pierde tiempo en razones; yo fui despacio: la búsqueda de la verdad es ardua y exige mucho tiempo, pero valían la pena los veinticinco años que pasaron para verlos regresar a las alcantarillas blindadas que tanto le cuestan a los pueblos.

El carnaval del verano estalla en la Avenida del Generalísimo mientras pienso: ¿cómo no estuve antes en esta fiesta tímida burocráticamente pagana? Pasan los poderosos en sus jaguars y los prófugos de Latinoamérica en sus Mercedes Benz (los prófugos pobres caminan por el Rastro). Las muchachas madrileñas pasan con Baudelaire debajo del brazo hacia el bar donde lo leerán, y pienso que superiores se sentirán al volver a sus casas...

Soy un hombre libre, iluminado por el milagro de estas bellas casas antiguas que insisten con un pasado poético que el presente no pudo oscurecer.

No tengo a quien contar lo que siento; esto es terriblemente bello, casi Jacobo Fijman, casi zen. No importa: lloraré un poco y me iré a dormir.

El hotel Cuzco es sobriamente lujoso, recatadamente aristocrático; completa el absurdo de mi vida que, exceso más o exceso menos, me gusta (al fin y al cabo es mi obra).

Desayuno tranquilamente, tranquilamente leo a Susuky, tranquilamente escribo, tranquilamente llegan los periodistas que dicen que soy el sacerdote mayor que vino a echar a los falsos sacerdotes del templo de la canción; es graciosamente halagüeño.

Carmen tiembla de calentura al ver mear al burro en las afueras de Madrid, camino a Aranjuez; olfatea el placer cuando los toros pastan, cuando los obreros salen de las fábricas, cuando el torero se va del ruedo y yo del escenario. Quiere hacer el amor en los cerros altos y los mercados de los barrios bajos, en las oficinas de los representantes artísticos y las cabinas telefónicas; si pudiera, se pondría una cama en el Citroen que le regaló el hijo del dictador sudamericano que, si no fuera por el dinero que robó su padre, seguiría virgen.

Carmen me hace detener para acostarse en la hierba y acariciarse el clítoris y los senos, en tanto canta la canción irlandesa que enardecía a los marineros ingleses que la homenajearon en Vigo (once para mí sola, te imaginas, cabrón).

Si fuera por ella, me la tendría que cortar para dejársela dentro de su sexo—baño público donde se experimentan las ideas más descabelladas, donde lo más potente se empequeñece hasta caer fuera, como una toalla sucia. Carmen—portón sin llave huele a belga en el cuello, a francés en las orejas y a polaco en el culo de muslos tan calientes que podrían freír un huevo, Carmen de bandera roja e internacional que abarca desde el Paseo del Retiro a la Costa Fleming, Carmen que con solo respirar expulsa los penes de los corredores de seguros que dejan por ella el congreso que los convoca, Carmen de desbordar el Tajo y el Guadalquivir, Carmen que empaña los vidrios de las ventanas de los socialistas y los terratenientes, Carmen—puerto donde puedo anclar seguro de encontrar felicidad.

Me acuerdo de que el alcalde del pueblo, enojado porque se vio en el espejo tal como era, le dio una patada al perro que jugaba a su alrededor; el perro mordió al secretario del alcalde, el secretario del alcalde gritó al sargento, el sargento insultó al cabo primero, el cabo primero le pegó a su hijo, el hijo del cabo primero mordió a su maestra, la maestra del hijo del cabo primero le rompió los anteojos al director de la escuela, el director de la escuela donde estudia el hijo del cabo primero ofendió al representante de los obreros metalúrgicos que fueron a la huelga con la adhesión de los empleados públicos, los campesinos, las enfermeras, los médicos, las prostitutas, los bomberos, los policías, los sastres, los corredores de bicicletas, los corredores de motocicletas, los corredores de automóviles y los corredores de seguros, que pidieron y consiguieron la renuncia del alcalde, que salió corriendo de la casa de gobierno a pedir perdón a su perro.

El cielo está limpio, Madrid está sereno, Franco y sus guardias civiles se tranquilizan de tal suerte que esto parece la democracia; las ramas se inclinan hasta las putas en ascenso de la Costa Fleming (llamada así por su aire de recreo) y Jairo recuerda con Alberto Cortez sus primeros años en España en medio de la comida bávara y Carl Orff.

Esta es una paz europea, paz de oboe y vino lento, y esta es la España que debe soñar el Picasso de los formidables saltos, el acróbata que no permitió que la gloria lo detuviera con sus laureles.

Sí, me identifico con el sonido de mi nombre; soy geminiano, es decir multidireccional, y todavía creo que fue una buena idea haber nacido. No estoy arrepentido de nada ni le tengo miedo a nadie, tal vez por inconsciente, y he logrado la hazaña de vivir para y de lo que amo. Estoy pasando de la multitudinaria canción a la soledad de la literatura, aunque las dos están movidas por mi desafortunado amor a la libertad. También amo a las palabras; llevo con ellas tantos años que me sacan de

cualquier trance, por amistad nomás. Si no me distrajeran tanto las bikinis, las minifaldas y las dictaduras militares, habría escrito mucho más. Además del otro que también soy, me habitan varios fantasmas y gnomos, bufonescos y farsantes, algo infames, algo queribles e ingeniosos, que me ayudan a componer la única obra que cualquier artista escribe (aunque piense que escribe varias), la que más que la inspiración me dicta la soledad para distraerse de ella misma, para distraerme de mí mismo que conforman todos los que soy.

La literatura es una ética de la verdad que confirma que no hay otro bien que el bien decir, que diciendo somos porque estamos estructurados en palabras.

Siempre estuve interesado en el lenguaje, principalmente en sus libertades, como el argot y las asociaciones caprichosas, las jergas de los barrios y los poetas callejeros y desafortunados, descarados e insolentes.

Nunca me distrajeron del lenguaje los espejismos de la moral ni las mentiras y caprichos de la voluntad; he preferido la frescura de los bares a la simulación de las bibliotecas, brillantemente impersonales, es decir vivir en lugar de explicar la vida.

No tengo discípulos pero sí los enemigos que me crea el amar en voz alta a la locura, por eso no logro efectos de medias tintas: me aman o me odian.

En la imaginación comienza mi estilo, mi marginalidad, el desierto sin inscripciones ni dogmas donde me salvo de los idiotas que llegan al poder por una idea falsa del bien y la normalidad, los enfermos que creen curar a otros enfermos, los que se alejan de los dioses para arrastrarse entre abogados y economistas que les quitan alegría y potencia sexual.

Llevé palabras antiguas de mi territorio a otros territorios; así aprendí que el mundo es un pretexto para que podamos intercambiar, para perder en un costado lo que ganamos en el otro. Para lograr esto, tuve que alejarme de los cuerpos que amé, del prestigio logrado frente a otros hombres con los que utilicé palabras que odiaba (cacho, bombacha, chico) solo por complicidad, o para lograr un acercamiento, y que el alejamiento físico borró completamente, o tuve que cambiar palabras de mi lugar por las palabras del lugar al que había llegado (en México, por ejemplo, me servía más cabrón que cornudo, hijo de la chingada que hijo de puta, mesero que mozo).

Habiendo caminado el mundo, es difícil que la lengua que hablé cuando era niño sea la lengua que hablo ahora, que soy adulto; es freudianamente doloroso, porque haberla dejado es haber cortado el cordón umbilical.

Amo la ironía, que es la mejor manera de descalificar a los que no me gustan, de sorprender, de excitar, de golpear; nunca fui cómico, es decir que nunca me ridiculicé para divertir (nunca colaboré para hacer de un imbécil un canalla).

Soy yo, nada más que yo (una imitación jamás llega a ser un acto); no soy la suma de lo amado (como alguna vez canté) sino la síntesis de lo amado, la selección que el yo hizo de los otros, la purificación, la poetización de lo que me rodea. El arte, para mí, no es una manera de la felicidad sino una manera de la verdad donde el deseo y el goce son respetados por igual, donde lo perverso juega con lo sagrado, como convivían las ratas con San Francisco y las flores con Herodes; el arte es la gran saga de la soledad.

Aclaro el lenguaje para favorecer la comunicación y la puesta en escena, para agilizar el relato e incendiar ya mismo...

*enciendan el fuego que comenzó la fiesta
traigan el vino y los tambores
desaten a la alegría
liberen a la pasión
canten y bailen con furia quiijotesca
con la misma convicción del bautista y de moisés*

*hagan las cosas solo por amor
porque aquel que trabaja en lo que no ama*

es un desocupado

*hagan el amor a las mujeres
en los ómnibus y en las plazas
a las buenas y a las malas
por las buenas y por las malas
y en solo nueve meses nacerán hijos locos
benditamente locos
y por locos tan libres
y por libres tan bellos
que harán un paraíso de este maldito infierno
donde las banderas se pudren patrióticamente
y las madres alimentan a sus hijos para la guerra*

... vivo y cuento a la vez, las manzanas y los fantasmas conviven en mí, soy el epicentro de la acción cuando sucede un recital, el que puede ayudar a cambiar las costumbres, el que agita y revive al otro costado que nos conforma...

*no te preocupes por el pan nuestro de cada día
porque eso es cosa nuestra
(para eso somos hombres)
pero no nos dejes sin el sueño de cada noche
porque sin él nada somos nosotros
que tal vez solo seamos un sueño
que tú sueñas*

El arte me ayuda en el intento de salvarme del poder fálico de mi padre que heredó mi madre, de la cultura francesa, el oro inglés y la constitución norteamericana, a esquivar el diván, a no caerme del borde al Borda.

No soy un hipnotizador, pero menos un hipnotizado, por lo que fue, es y será imposible masificarme, aceptar al papá Estado; créanme que es un descanso dejar de ser un ciudadano, que es una fiesta volver a ser un hombre, un hombre acechado por la belleza, crecido por la libertad, un hombre que no está ni quiere estar tranquilo porque prefiere que lo sigan excitando Wagner y Nietzsche, las tormentas sobre el Pacífico, las puestas de sol en los Alpes y otras maravillas que me salvan de la seguridad, territorio del miedo donde los discretos atrasan al individuo, principio de todo.

Entre la furia y la paz, sucede la belleza en cada instante de mi vida que avanza, sensualmente, en busca del sentido último del erotismo, que es la muerte, diría Georges Bataille.

(La belleza no se manifiesta; solo representa a lo inasible, que es lo importante, lo imperecedero.

No me deja en paz; cuando me siento tranquilo, seguro, aparece un ave, una sonata, una mujer o un ocaso que me vuelve a excitar, a perder.)

Estático y ridículo, como muñeco de templo de la Edad Media, amorfo y flaccido de tantos siglos de fermentar en el vientre de mujeres idiotas, Joselo es la caricatura de los hombres más pobres, la escupida de un tártaro borracho, la sobrante del viento amarillo que pudrió a América. Para su miserable estatura, cualquier murmullo es un rugido; el miedo le quita fuerza al hambre, la duda le empobrece las ganas.

Sumo palabras, solo sumo palabras que intentan en vano retratar a Joselo, pero jamás podré bajar tanto; esto me hace sospechar que es el Diablo, es decir la manera morbosa de Dios.

Me produce un respeto absurdo comprobar que siempre me da calor, él, que siempre está frío.

Su mujer lo tiene clavado con un alfiler en la pared para saber con quién se ha casado, pero es inútil: si es un insecto, su origen no es terráqueo.

Ofende su miseria, conmueve su pobreza, su pobreza grande, celeste, como la del escarabajo y los derviches; fuera de La Mancha, no hay silencio más terrible y profundo que el de él. Se apoya en un bastón al que le debe que no toda la gente se lo lleve por delante; en los bolsillos del chaleco mugriento lleva recetas de cocina, tickets capicúa, frases del sacerdote al que hace perder la paz, pastillas para salvar algo de su pequeña memoria, galletas sin sal, el teléfono de la enfermera gorda que con tanta delicadeza lo salvó del bolo fecal, la misma que le lavó los pies porque sí, o porque él tal vez sea lo que los amigos, con un miedo gigantesco y sagrado, sospechamos.

Me acuerdo de que en el error, en lo peor, éramos todos iguales; por hambre o gula, la Muerte era una sola. A juzgar por el comportamiento miserable del pueblo, el destino era clarísimo: la cárcel para el explotador y el asilo para el explotado.

Muchas veces vi a la pobreza empeñar ideales, dignidad, independencia, y a la riqueza engordar y enfermar y pudrir a los débiles que creían en sus mediocres poderes.

En mi pueblo había ladrones, cobardes y adúlteros, como en todas partes, que se burlaban de mis ideas y mi modo de vivir, libre y poéticamente, pero no me preocupé, porque ya intuía que la burla es el aplauso de los débiles. Desde el Cerro de las Animas, que era el más alto, comprendí que frente al paisaje toda ciudad es basura que ensucia y pudre a la Naturaleza. A falta de otra cosa, vivía creando fábulas; en la prodigiosa memoria, en la poética imaginación, Hitler y Herodes eran mis esclavos, y Salomé una de las decenas de mujeres con las que tenía coitos sensacionales en mi voluptuosa y cómoda mente. En mi pueblo todo se hacía a mano: los muebles y la comida, el vino y la justicia, los poemas, las casas y los suicidios. La idea del Infierno y los soldados de los señores detenían todo intento de protesta; por esa razón, el pueblo se llenó de cobardes autojustificados por la pequeña idea que se tenía del recato, es decir la prudencia mal entendida.

Me acuerdo de que una de las cosas más estimadas era la resignación, que terminó de apestar todo. Los ricos y sus generales los hacían callar y los curas creer; creer que aquí había que obedecer, es decir vivir mal, para vivir bien allá, y callar con la fuerza al que se daba cuenta de que todo le pertenecía porque era obra de sus manos.

Los primeros explotadores llegaron desde Buenos Aires, como antiguamente llegaron desde Venecia; eran hacendados (ya no mercaderes, como aquellos) que sabían como nadie ganar con el cambio. Ellos comenzaron con la triste historia de hacer dinero con el dinero; ellos fueron los que iniciaron el terrible oficio del intermediario, por lo menos de este lado del mundo.

Por culpa de ellos, el dinero comenzó a ser un fin y no un medio; por eso en nuestros días es más apreciado el rico que el inteligente y el bueno. A la larga, la ambición les rompía el saco, y por ese agujero caían al abismo mientras los campesinos seguían siendo los campesinos. Como Moisés, Mahoma, Michelangelo, Shakespeare, Schopenhauer, Wagner, Nietzsche, los locos creaban todo, en tanto los cuerdos no creaban ni crean nada; solo ocupaban lugar y consumían. Trabajaban, como ahora, en lo que no amaban para poder consumir lo que no creaban; al no crear lo que necesitaban se veían obligados a esclavizarse al que lo hacía. Los ricos se quedaron con el dinero de los pobres y ya no tuvieron a quién venderle, en tanto cambiaban y cambiaban gobiernos para nada; a nadie se le ocurría cambiar al pueblo. Estaban todos amaestrados; se les veía en los horarios, las corbatas y basta en las ordenadas vacaciones; la comunidad se dividía entre dirigentes y dirigidos, y el hombre rebajado a ser un objeto productor de dinero, a cambio de nervios, degeneración, cáncer, cadenas y sífilis, licuadora y televisor, entre otras porquerías.

La prosperidad (que es otra forma de la decadencia) coqueteaba con la izquierda y la derecha, y las ventanas de la Noche, que daban al Día, continuaban cerradas; entonces, con Kanko y Lüters, subimos al vacío y nos tiramos por el último agujero, mientras nos crecía Carmina burana. Caímos en la basura donde nos ensuciamos henrymillerianamente con el placer voluptuoso y suicida que rodeaba a Carmen, Teresa y Mima, que nos acompañaban.

Me acuerdo de que fue en una interminable siesta de enero, con uvas y el cuento en donde se dice nacimos al verbo los que perdimos el recuerdo del mono del que venimos; entonces el mundo era nuestro pueblo y todavía no creíamos en el Tiempo.

Te estoy esperando, Carmen, para liberar a mi anarquía, para salirme todo afuera, porque nadie conoce los cauces de mis ríos como tu sudor ancestral, Carmen que multiplicas mi furia con solo tocar mi mano.

Saco las mejores palabras de tu boca entreabierta, y a través de tu saliva atravieso el otro mundo de un salto; con el auxilio de un solo suspiro tuyo puedo incendiar todos los teatros y devolverle la

vida a todos los museos. Un minuto contigo y recupero los siglos, una mirada tuya y se embellece mi caos, el caos que propició nuestro encuentro.

Mis manuscritos se parecen a Joselo, aunque mi sufrimiento sea más sofisticado, es decir más literario, sin neurosis, es decir un sufrimiento menos profundo.

Hay un cierto placer, un morboso placer en el sufrimiento; es como dormir encerrado con una loca que puede amarte como nadie o matarte como ninguno (bueno, esto es un poco tramposo, porque siempre se puede escapar por la ventana).

Para Joselo, las calles son jaulas llenas de fieras hambrientas, de asesinos a los que se enfrenta sin revólver ni puñal; creo que el miedo lo vuelve valiente. Esquivando los cadáveres y los propios excrementos, Joselo es parte del espectáculo, sin saberlo, y recibe aplausos que no oye; yo camino a su lado con las ideas congeladas, de tan inútiles que son en las avenidas y las tabernas, en los hospitales donde se ahogan con solo una pancreatitis aguda. En las calles sangrientas, las ideas son estúpidos salvavidas que jamás alcanzo; hasta un automovilista asesino o un peatón idiota o un golpe de estado para que mi cosmogonía, con Lao Tsé y todo, se derrumbe y se pierda en cualquier alcantarilla.

¿Qué hago en Europa? ¿Vine a buscar o ando perdido? ¿Qué quiero alcanzar? ¿O estoy huyendo de un continente que se hunde? Vago entre cartílagos y documentos, con un lenguaje que a veces embellece las mañanas, las mañanas del desierto de Sonora o el de Arizona, de Santa Clara del Mar o de Caleta Olivia, donde todo gira alrededor del petróleo, o de Ibiza, donde todo gira alrededor de Teresa, la que llegó de Temperley una noche de octubre. Tal vez vine a comer mis propias entrañas en plena soledad, las entrañas que nunca sentí tanto como en la ópera pétrea de Baja California o frente al visceral Goya; después me cubrirán los escombros de los monumentos que caerán por obra y gracia de las ratas donde se apoya Europa (Tchaikovsky sufre tan bellamente que me arrastra con su dolor).

Las monjas llaman a Dios, que no las atiende porque está muy ocupado con la vida.

Desde Alemania y 1898, Marcuse me recrea a Freud en medio del saludable olor a hierba de los jardines de San Fernando; después, a tenderme en la casa de Elke, donde su gato adopta posturas de Gran Esfinge al este de los espaguetis que intenta la vikinga sin barca que me cuida y pasea por Madrid en nombre de la Radio Televisión Española, a lo largo del día y los días donde Scott La Faro y Bill Evans dibujan en el vacío inteligentes y bellos símbolos, en tanto Stan Kenton abre los vientos como nadie y Tak Jones se lleva al mundo por delante para halagar al Gran Hacedor, a Jean Taylor, a Remus y a mí. Después, Paganini abraza la mesa, único lugar de la casa que se salvó de las pinturas más que sencillas de Elke. El gato me mira tan profundamente que no creo que se detenga en mí; bosteza y se estira con el desgano más egipcio del mundo, camina lentamente, se detiene y duerme en otras esferas de la Gran Mente. El gato... si yo pudiera mirar tan detenida y largamente las cosas como él, lo vería todo.

Hay olor a lustros podridos en las alcantarillas del tiempo que rodea al otro que también soy, despertar con él es como salir de un sopor de tímida muerte familiar y pueblerina, donde es difícil entrar en la mañana, derribar sus muros y alcanzar la tarde.

El silencio es viejísimo, tanto que todavía nos denigran las pestilencias de los caudillos y los cobardes consejos de los que llegaron a viejos de no estar; en esa atmósfera, es difícil reconocer la cara del otro que también soy, a pesar de que me empañó casi todos los espejos y enturbió las noches y las cifras de las monedas y confundió los sellos del correo para que no pudiera comunicarme claramente con nadie.

Desde niño sé que habita el cuerpo y el alma que habito; él apagaba las velas del único cumpleaños que recordaron mis parientes, rompía las cornetas y los globos de colores que yo robaba en la calle de los ricos a los niños que ahora dirigen el país y las empresas, él quemaba los versos del Vargas Vila que me hubiera ayudado a vencerlo.

Siempre estuvo aquí, pero, a pesar de él, la gente siguió acercándose noticias, vendiéndome pan y vino, las cartas fueron y vinieron sin distraerse con algún que otro telegrama, Cafrune fue a España, triunfó, volvió y murió, y las bandas de Veracruz tocaban soñolientos danzones para que bailaran los viejos, Guadalupe y yo.

Estoy vivo, juntando experiencias, gozando los privilegios del aislamiento; así puedo detenerme el tiempo que quiera en Rimbaud, los vagabundos, las inútiles y divertidas disputas sociales, los incendios de fábricas y la niebla, los malabaristas y las putas de los caminos, los amores rápidos y las borracheras largas, las conversaciones idiotas y los silencios brillantes, las invenciones, los mitos, los túneles donde siempre recuerdo al belga de Brujas que juraba haber tenido treinta y cuatro hijos y escrito ciento veinte libros mientras comía espaguetis con la mano, a la hoja que cayó sobre el cuaderno donde escribía en aquel mediodía de Madrid para recordarme lo fundamental, a los suburbios del México D. F. donde conocí los dramas y las esperanzas, lo terrible y lo sagrado, lo más venenoso del progreso y lo más conmovedor del pasado, patroncito, Dios no tiene la culpa de que no sepamos vivir, como le sucede a la viuda de Zabala, el talabartero de mi colonia: su marido fumó mucho duran te cincuenta años, hasta que murió de angina tabacal; ahora la viuda, que es muy ignorante, llorando y enojada, le reprocha su muerte a Dios.

No lo veía desde 1959, año en que lo conocí en Mar del Plata, ofreciendo seguros de vida por el día, casa por casa, y predicando la salvación del espíritu por la noche, cabaret por cabaret; volví a verlo hace dos meses en el Canal Mayor de Venecia, siempre convencido de poder salvar a cualquiera.

Su lugar preferido era la Piazza San Marco, por supuesto; hablaba a todos esperando que quedara algo aunque sea en uno, prometía el Paraíso a cambio de un poco de atención.

Volvíamos a conversar como en aquellos lejanos años, hasta sentimos la atmósfera del Atlántico cuando pasa por Mar del Plata, donde una mujer lo espera en vano.

Venía de Barcelona, huyendo de unos extremistas que lo acusaban de reaccionario; la fe es un pecado en estos días, me dijo con forzada resignación. De Lyon lo echaron porque casaba parejas sin estar autorizado; si vienen a mí, si me eligieron a mí... ¿quién más indicado que yo para unirlos?, protestaba mientras devoraba pizza y se ahogaba con cerveza alemana (lo único que les perdona al maldito Hitler ante la humanidad, decía).

Descansaba de él repitiendo a los profetas, pues se transformaba en uno de ellos, la Gracia lo tomaba por completo, la gente era mucho menos desdichada oyéndolo, la sociedad era soportable y la vida vivible; sus brazos de luchador se alzaban hacia el cielo estrellado y no había duda o dolor que no huyeran. Después lloraba, apenado por la ignorancia de la gente, que siempre depende de otro (de una y de todas maneras, poca importancia tiene toda tarea humana ante la vida, elemental, grandiosa y misteriosa; cualquier acto humano, desde vender libros a escribirlos, arreglar un automóvil o servir una mesa, son nada más que distracciones, pretextos para escapar del yo fundamental que exige sumarnos a los elementos con que la Madre Naturaleza festeja a la vida. Recuerdo al sheik de aquella tribu de beduinos del desierto de Negev, en Israel, que me dijo: nosotros no hacemos nada porque pretender hacer es dudar que el Señor acabó la creación; además, ¿seríamos capaces de hacer un pelo, un grano de arena?

Hasta el amor es una falsa alarma, como la valentía también es un hecho trivial. Todo es un interrogante, por ejemplo la muerte que aparece detrás de cada acto y que nos obliga a apresurarnos, aunque en el fondo sabemos que nunca sabremos nada. En cada cambio está sugerida la muerte, que nos hace perder respeto a nuestro inocente individualismo, que olvida la dependencia absoluta de todas las cosas en la Creación).

Todos los caminos llevan a cualquier parte, y cualquier parte y ninguna parte es lo mismo; la miseria luminosa del Asia me hizo comprender la agonía lujuriosa de Occidente, y supe de la vida en la cara de los muertos. Luché contra la esclavitud, la humillación y el despotismo sin comprender que era en vano, porque solo en esas pestes el hombre vulgar, que es mayoría, se siente vivo. Las pocas veces en que pude librarme de la mayoría oí la bella y misteriosa música de las antiguas religiones, que volvieron a contactarme con los dioses, los de los altos sueños del Islam, los que frecuentan, todavía, la trajinada puerta de Damasco, en la sagrada Jerusalem, y las puertas de mosaicos de Teherán, entre otras maravillas. Creo que la gente está insegura porque no sabe de dónde viene; entonces, ¿cómo no temblar ante el futuro? También le asusta la velocidad de los cambios, cada vez más seguidos; nunca las cosas cambiaron tanto, salvo por la guerra, decía Malraux. En algunos momentos vi, juntos, lo antiguo y lo contemporáneo, por ejemplo los carruajes de paseo de Manhattan, tirados por caballos, y las torres de ciento cuarenta pisos frente a la Estatua de la Libertad; las coplas que Anastasio Quiroga aprendió del abuelo de su abuelo y la música de Astor Piazzolla; la Gran Esfinge y la radio transoceánica; la muralla china vista mejor por mis lentes de contacto.

Nunca los cambios separaron y acercaron más las cosas (ya no entendemos a nuestros padres, que se quedaron demasiado atrás, pero llegamos, gracias al Concorde, en tres horas y media de París a New York).

Hace muchos siglos que no aparece una religión importante, como el budismo o el cristianismo; hemos subordinado a los elementos de la Creación pero no levantamos templos honorables ni mejores propuestas morales que las antiguas, nos separamos del águila y la hormiga, la lluvia y la nieve.

No sé qué o quién me hace caminar por el mundo esperando que lo encuentre; es más que Marlene esperando que dé el salto del otro lado del cigarrillo, es más que Londres o Ginebra o Atenas o Tel Aviv, es más que esa lenta armonía de tiempo y espacio que llamamos Asia, es más que el Islam, antes o después de la India, es más que China, continuándolos, es más que la madrugada excitada en Singapur.

No sé qué debo responder a los dioses que me llaman desde Lima o Milán, que me hundan en los barcos que se hundan, graciosamente, en los mares de la Tierra, que me lleven de la esperanza a la duda, dos puntas del mismo desvarío, que me hacen contar lo que me contaron; no sé. Estoy cansado de explicarme frente a los jóvenes en las universidades; ningún hombre puede bajar tanto, es como someterse a una mujer. Ellos no pueden juzgarme, no debo permitirlo; estoy cansado de la sinceridad, prefiero el ingenio. Oscar Wilde, creo, decía que la naturalidad es otra pose, y la más despreciable; totalmente de acuerdo, Facundo. Odio las sectas, que tienen la predilección del Diablo, que ama a la familia, el nacionalismo, los congresos y las asambleas, esas asociaciones pretenciosas e inútiles.

La sinceridad que defienden no es lo contrario de la mentira sino otra manera de ella; estoy cansado de ellos, de su inocente y castrante obsesión. Tampoco admito que el hipócrita lector sea mi juez. Harto de revelar secretos, de confesarme ante pecadores o virtuosos que nunca nacieron, sospecho que el perdón no existe porque no existe la condena. Dios no puede descender tanto. El talento vuela alto si obvia a la sinceridad, que *es* tan barata como la esquina del barrio que glorificamos para justificar nuestro miedo al presente y pánico al futuro.

—Nikolais me dijo, en un mediodía del México D. F., que cuando se libró del realismo y fue a la abstracción pudo crear.

—Perfecto; no son interesantes las confesiones sino las invenciones. Los realistas andan engegucidos buscando un tesoro que no existe. No soy un cazador de secretos sino un inventor de posibilidades; creo que, cuanto menos convencional, más cerca de la perfección el retrato del hombre que queremos concretar los artistas. Tal vez la verdad sea lo que sigue oculto y, a pesar de Malraux, el hombre es, aunque no haga, porque pocas veces el hacer es ser.

Soy un baúl de sueños, amores y secretos; como el lagarto del que hablaba Tolstoi me late el corazón pero, a inversa del escritor, soy feliz, y sé que declarándome hombre declaro a Dios.

El Amo rumorea sin cesar, la lluvia lo enmarrona aún más, obliga a relacionarlo con colinas serenas y olivares firmes.

Florencia se despereza y David señorea en la Piazza con su cadavérica blancura, demasiado natural para ser cierto, a pesar de que los florentinos dicen que cada noche de año nuevo tiene un orgasmo, sin importarle el Neptuno y las estatuas de Bandinelli.

El Arno sigue arrastrándose como un felino por la Florencia que desnudó el arte; Michelangelo desde la diestra del Señor, hace llover sobre su David excitado. En el aire, el vino y los sueños del Dionisos en la piedra, temblando de perfección como el Bautista de Leonardo y las tristezas en éxtasis de Botticelli.

Las aguas rumorean, sin distraerse con los ideales de justicia e igualdad que saturan las calles, mientras las almas de los individuos aplauden el orgullo de vida que declaran gota a gota; su canto envuelve a la Piazza della Signoria (escribo estas líneas con la emoción de sentir que este es un día perfecto, un regalo del Altísimo).

Padre: sigo intentando construir mi propio mundo; sabes mejor que yo que es difícil (supongo que nos abandonaste para intentarlo).

Necesito un mundo donde pueda vivir tranquilo, aunque sea un mundo de metáforas y no de realidades, de actitudes y no de objetos, de uno mismo y no de ideologías, de estéticas y no de materias. Padre, te odio.

En este momento, en que seguramente Elena cruza la plaza Francia de Buenos Aires, huyendo de la familia que no le permite volar, que la agota con enfermedades, impuestos y aniversarios, llego a Place Beaubourg, donde se reúnen los artistas callejeros, donde todo vale, con tal de ganar algunos francos. A veces el talento, y muchas veces el aburrimiento, colaboran para el ritual de la plaza (de todas maneras, París es una inteligente y bella señora cansada).

Como en el Central Park de Manhattan o las calles del México D. F. (principalmente la zona rosa), aquí suceden, a cielo abierto, los asuntos más singulares y delirantes, como ser pararse sobre una botella con una mano, acostarse sobre una cama de clavos, cantar canciones ucranianas o uruguayas, recitar a T. S. Eliot, arrojar fuego por la boca, tragar una espada o interpretar a Mozart pasando un arco sobre un serrucho arqueado.

París es la capital de los artistas callejeros; cada año es mayor la troupe, curiosa y divertida, que llega a Place Beaubourg, frente al centro Georges Pompidou. Aquí se reúnen, vaya a saber por qué; de todas maneras, es muy buena elección porque París, gracias a su cosmopolitismo, acepta las cosas más sorprendentes, tolerancia que la hizo grande. A veces este mago se va con su galera y sus palomas a los canteros de la Rue de la Harpe, en el Barrio Latino, mientras el flautista lleva su arte y su atril a la explanada de la estación Montparnasse; pero, inevitable y misteriosamente, se reencontrarán en el improvisado (?) circo de Place Beaubourg, donde el arte de sobrevivir (o el sobrevivir con arte) llega a su punto más alucinante al caer la tarde.

Adolphe es fakir ambulante hace veinte años; es fácil ver sus habilidades mientras se bebe café en la terraza de Les Deux Magots, frente a la iglesia de Saint—Germain des Prés. Desde pequeño se gana la vida en la calle; es tan famoso en el barrio de los existencialistas como Le Coq, del que nadie sabe nada, del que se dice, entre muchas cosas, que esconde una fortuna que ganó en la calle, que en su miserable cuarto tiene encerrada a una hermosa mujer que solo deja salir de madrugada, que fuma un cigarrillo entero sin despegarlo de la boca, que no habla con nadie, que toca cinco horas diarias en la Place de Tertre con su serrucho, preferentemente música de Mozart. Marius es todo lo contrario; locuaz y elegante (aunque su frac siempre tenga alguna mancha de comida), al llegar la noche coloca su mesa cubierta de terciopelo negro en la Rue de la Harpe y comienza su trabajo como si estuviera en el teatro más importante, con naipes, cigarrillos, galeras, conejos y pañuelos que pierden y reconquistan lunares. Es fácil encontrar en las calles de París a músicos marroquíes, malabaristas, orquestas de jazz completas; tan fácil como encontrarme contigo, Francine tan puntual como el Destino, el Destino a quien comienzo a reconocer en cuanto me rodea, con distintas hojas, diferentes nombres y caras, diversos espejos. Tenaz y razonable, aun en las extravagancias, el Destino, siempre excitante, ayudado por el Tiempo, desenmascara sin piedad y sin cesar. Nunca lo sospeché tan claramente como en las noches que pasamos en el Hotel de Michel, refugio donde, casi clandestinamente, desagrávamos al sexo, aun en esas pesadas, insoportables noches de julio.

A mi edad debo reconocer que no se puede luchar contra el Destino porque enfadado empeora sus planes para con nosotros (y de última, nos llevará a la fuerza).

Hoy, domingo para que la semana se desnude y los padres pidan perdón a sus hijos por la separación sacándolos a pasear, cansado de ser esclavo de lo que odio y solitario en lo que amo, busco la libertad escapando de los afectos malditamente heredados; prefiero la dolorosa, la oscura belleza de la soledad.

La mayoría (exageración de la familia) no me deja en paz; lucho por no dejarlos entrar en mi vida para poder descansar. No permitiré que me dobleguen, y solo lo conseguiré renunciando, es decir entregándome al Destino.

Los caminos traen lo imprevisto, despreocupados de lo que agitan e incendian a través del artista que, enamorado de la Totalidad, la canta o grita con la grandiosa parcialidad de cada cosa.

Con el misterio canto al Misterio; esa es la curiosa tarea que me ocupa, el extraño oficio de querer o tener que formular o declarar a cada paso el verdadero sentido, el ideal de cada cosa.

Imprevistamente representante de la luz, sigo el curso del Tiempo que me nutre con Leonardo, Corot, Picasso; con medias tintas y angostas luces, la dignísima escuela holandesa me atrae una y otra vez al siglo XVII y al siglo XVIII.

Admitida la ley de Dios, la cambio permanentemente para que siga siendo la misma. El instinto se asocia a la reflexión, y las dos embellecen mis tardes; con la fuerza y dignidad de un manifiesto, declaro las bellezas, una a una, por respeto a la diversidad de la Creación, y todas juntas, en reconocimiento a la singularidad de Dios. Así abrazadas, las hundo en el antiquísimo fango con las

sombras que complican en las bajas esferas a la Luz que, después, retornará más extraña y ausente que nunca, es decir más excitante y grandiosa.

Después de la revelación, Ninoska me espera en el perfil del día. Ninoska... no soporto verla tendida en la escalera; es más de lo que puedo soportar. Su abuela no deja de contarme que alguna vez caminó por el Ritz, el Maxim's y el Casino como por su casa, en un París propicio al arte, las mujeres hermosas, los millonarios y los reyes, "refinadísima época que sucumbe bajo las groseras discotecas y los jeques".

Era la época en que pocos gozaban mucho, me dice; entre el lujo y el buen gusto vivían los protagonistas de la Belle Epoque. Era exquisito jugar a vivir entre las sensuales cortesanas que desvalijaban a los nobles rusos y el Art Nouveau, caer a la madrugada entre rubíes y esmeraldas, con montones de diamantes en los escotes, con hombres de orquídeas en las solapas.

Desde el final del siglo pasado, Maxim's, Ritz y el Casino fueron sofisticadas guaridas de personajes como Jean Cocteau, Eduardo VII, Chaplin, la Mistinguette, María Félix, Onassis, Jackie Kennedy, Hemingway. En el legendario Maxim's alguna vez se encontraron Joyce, Proust, Picasso y Stravinsky; tan fuertes individualidades es posible que no se hayan oído entre sí.

Me divertía actuar lánguidamente, quejarme del frío (envuelta en pieles) y elogiar gravemente al poeta más desconocido; me enloquecía de placer encontrar a mi amante comiendo con su mujer en la mesa de al lado, o emborrachar al zar del estaño para que hiciera un papelón delante de sus adoradores que, casi sin excepción, me habían llevado del Casino de París a una cama del Ritz y de ahí al Maxim's, para terminar tomando sol en la Côte d'Azur.

Hasta yo he sucumbido al tiempo; solo subsiste el Maxim's, declarado monumento nacional por el gobierno francés, cursilería que terminará por denigrarlo.

Con solo levantarse un poco de la realidad, que no es la verdad, Ninoska puede ver lo verdadero, es decir abejas planeando un nuevo éxodo, campos verdes y amarillos entre montañas rojas, hombres creciéndose al sol, caballos libres y toros en paz cruzando el valle, aunque estemos en lo más denso de Genova, ahogada por la pestilente prensa que escupe rehenes y explosivos, terremotos, huelgas e inundaciones.

En medio del sueño Ninoska me despierta para decirme: gracias a Dios que existe el Norte... si no, ¿adonde irías?

Siempre espero con fervor abrazarme a ella; su abrazo termina con las mezquindades sociales, con los conflictos del corazón, con las metafísicas inquietudes de la mente.

Nadie como Ninoska para acabar con la melancolía.

Se me hace tan aristocrático reírse de la distancia, encontrarnos en otro continente o no recordar en qué país fornicamos la última vez...

Fornicar es emocionante, principalmente en Grecia, Italia, España o México, donde las mujeres se lo toman tan en serio que por el mínimo conflicto quieren suicidarse o matarte; fornicar es emocionante donde hay riesgos, donde pueden pegarte un tiro porque los ciudadanos son ofendibles. Después, es agradable descansar fornicando con una californiana o una danesa, que lo hacen tan fácilmente como jugar al tenis. De todas maneras, fornicar es sensacional, Ninoska que pasas desnuda en el bote, nalgas al sol, para que yo te vea desde el puente más pequeño de Venecia.

En Nigeria todo se detiene a las dos de la tarde debido al despiadado sol que calcina tierra, animales y hombres; Kaduna, a orillas del río, en la meseta central, solo interrumpe la siesta una vez cada dos años con motivo del Durbar, fiesta popular que reúne a doscientas tribus del país.

Es la cautivante ceremonia con que los negros gritan el orgullo de la raza; es una milenaria manera de honrar a sus tradiciones, porque en el Durbar recuerdan los momentos importantes de la historia africana, las luchas tribales, la interminable marcha de la esclavitud, la ardua tarea de unirse para luchar contra su opresor, el hombre blanco.

La religión y la guerra se unen en el Durbar de Kaduna que se inicia con la tribu Hanssa, los caballeros de las túnicas azules, célebres por la ferocidad con la que lograron hazañas en sus combates. Peligrosos lanceros, excelentes jinetes y temibles espadachines, provocan un respetuoso silencio cuando pasan corriendo desenfrenadamente, tirando sus lanzas a milímetros de los pies de los espectadores.

Los yorubas, en cambio, encantan a la concurrencia con el canto y el son de los tambores de origen árabe.

Sapele, músico ciego, famoso en toda la costa oeste de África, es la mayor atracción del Durbar; canta los cantos de trabajo de su pueblo con una alegría que mueve las fibras más profundas de la raza negra, como Fosforito a los andaluces, Tito Fernández a los chilenos, Ray Charles a los norteamericanos y José Feliciano a los portorriqueños.

Sapele es acompañado por un anciano que toca el tofín, pequeño tambor árabe de terracota con parche de cuero de cabra; las manos del antiquísimo hombre, largas y deformes, se mueven rápidamente para entablar un primitivo diálogo con la misteriosa voz de Sapele.

Alrededor de ellos se tejen muchas leyendas, inspiradas en preceptos de la religión yoruba, que predica que todos y cada uno de los hombres (las mujeres están exceptuadas) forman parte de Dios. Se dice que el tamborilero y el músico ciego son una sola persona, como alguna vez me sucedió con Avena, y que en su música retornan los siglos, como con Ravi Shankar, a quien escuché por primera vez en el Lincoln Center de New York, junto a Yehudi Menuhin. Sapele y su acompañante son músicos ambulantes que viven de la caridad.

Los ibos, que ocupan la zona oeste del país, rivalizan entre ellos para ver quién pone más adornos a su caballo, que llega a claudicar por el exagerado peso. Los ibos también se recargan de ornamentos, de tal suerte que parecen cruzados cristianos de la Edad Media; son feroces guerreros, atributo que no les impide ser la tribu más refinada y culta de Nigeria.

Los borgus lucen sus condiciones de hábiles pescadores; con ellos llega el momento culminante del Durbar, que es cuando cientos de ellos ofrecen el plato nacional: guiso de harina de mandioca mezclado con carne de pescado, llamado hadejía, que suele alcanzar gran tamaño, y que es aderezado con salsa picante. No beben más que agua o refrescos, tal vez por la influencia musulmana; a lo largo del río, algunos vendedores ambulantes ofrecen jugo de caña.

Por las noches, los poetas recitan sus versos al pie de los fogones que están permanentemente encendidos; esta literatura oral queda registrada en la memoria de la gente que repetirá esos versos de aldea en aldea. Algunos se convertirán en canciones y darán la vuelta al país.

Aquí también te recuerdo, y debo confesar que, a pesar de todo, te debo el inapreciable regalo de los días y sus noches (de niño, aunque nunca lo dije, pensaba que yo no merecía tan alto regalo porque nada había hecho para merecerlo), los años y sus recuerdos (que logran el milagro de que el pasado esté presente en el presente), los abuelos y su memoria (que es la historia), los veranos y sus patios, la nieve que aquietta todo, el águila, las luces de la literatura y las sombras de la política, esta Nigeria deslumbrante, el Whitman que nunca seré, el Cabral que los demás creen que soy, esto que escribo en nombre de los dos, padre desconocido que me hiciste el más tierno regalo: mi madre.

Me pienso y pienso al hombre como un ser viviente (en Nigeria esto es inevitable), y creo que hay que tener en cuenta, ante todo, a la primera determinación porque es "la" determinación, la de hecho; a las otras las limita el intelecto, y la inteligencia es lo menos personal, porque es la suma de datos que nos dieron los demás, es decir que llamamos inteligente al que deberíamos llamar memorioso.

De todas maneras, no me tomaré el inútil e inocente trabajo de querer redimir al hombre.

No soy un filósofo sino un artista; por eso soy multidireccional, es decir que no creo en una dirección absoluta, única, tampoco en ninguna escuela, ni siquiera el vitalismo, con el que es fácil relacionarse.

Últimamente me aburro mucho con los teóricos, incluso con los que más trajiné, es decir Ionesco, Octavio Paz, Marcusse; cada vez pongo más empeño en la vida de los instintos, más fervor en el animal, porque la sangre y la carne son más sabios que la inteligencia. La mente y el espíritu pueden equivocarse, pero la sangre y la carne no porque el animal sólo hace lo que tiene ganas de hacer y, cuando se limita, es por culpa de los prejuicios de la mente (hacer lo que se tiene ganas de hacer es lo más sensato en este mundo bello, pero ante todo práctico, aunque muchas veces pienso de qué serviría, mi amor, esta casa práctica si no hubiésemos tenido este bello planeta donde posarla).

El cuerpo es una hoguera verdadera, una hoguera de llamas dinámicas, de luz multidireccional que ilumina todo lo que me rodea; no quiero seguir perdiendo mi vida en explicar las cosas que rodean a mi cuerpo. Por Dios, y no por mi inteligencia, seguirá existiendo esa hoguera que provoca las llamas por las que me aman los que amo. Esta es mi religión.

Para los mal llamados religiosos, gozar es pecar, ser sensible es un mal, la carne y lo mundano son malos, la belleza es una tentación que debe evitarse.

Yo no creo que una buena acción sustituya al amor, sin el cual todo conduce al sufrimiento. No hay mejor manera del afecto que la sensibilidad, sin la cual todo culto es una fuga de la realidad.

El pensamiento depende de los sentidos; él es el que cree pecaminosa a la sensibilidad. Virtuoso es el que supera al pensamiento; ése es el punto más alto de la sensibilidad, que es el amor. El amor jamás puede ser pecado, tampoco los sentidos que lo exaltan; el dolor huye del amor, la desdicha es imposible.

Manuel tiene ciento tres años, tiempo suficiente de profundizar en la flora y la fauna, como profundiza. Hasta los ochenta años se quedó sin dormir más de una noche por culpa de Martika, morena precisa y preciosa como el universo del que Manuel aprendió tantas maravillas, tantas que seguramente se salvará de ser alimento de cuervos cuando la Tierra se llene de cadáveres, antes de que nazca el verdadero hombre.

Manuel sueña llegar a los ciento sesenta y ocho años, como llegó Shirali Mislimev, del que tanto le habló; por eso planea irse a vivir a los montes caucásicos, al sur de Rusia, o a Hunza, pueblecito de los montes Karakorum de Cachemira, o a Vilcabamba, en Ecuador, a cuatro mil quinientos metros sobre el nivel del mar que tanto excita a mi compinche Alvar Vital, que alguna vez llegó de Ecuador a Australia en balsa, solo para demostrar que la fe lo puede todo.

Los ochocientos diecinueve habitantes de Vilcabamba trabajan hasta los noventa años, y se alimentan de papas, trigo, mandioca, pomelo y papaya, beben su propio ron y fuman.

Los cuarenta mil habitantes de Hunza tienen rasgos caucásicos, y se cree que descienden de soldados de Alejandro el Grande; son capaces de trepar las montañas hasta los ciento diez o ciento quince años. En la zona donde están incluidos Georgia, Armenia y Azerbayán, hay más de cinco mil centenarios que siguen fumando y bebiendo vodka, a salvo de la obesidad y la mala nutrición. Fácilmente consiguen un alto status social, además de realizar actividades de responsabilidad y alcanzar la sabiduría. Cuando les quitan las tareas, mueren rápidamente.

Las tres zonas exigen un ejercicio físico constante por las difíciles montañas que deben trepar y los extensos valles que caminan; no hay hospitales ni médicos, y la mayor parte de los longevos tienen vida sexual hasta edades avanzadísimas. Esto, sumado al vino y al tabaco, demuestra que no es necesario sufrir para vivir más.

Margareth nació en Bombay, como Rudyard Kipling, y, como él, intentó el periodismo, en Lahore (que ya no era el de antes de la independencia), pero pronto prefirió la creación a la opinión y, detrás de la poesía (léase, antes que nada, Tagore) llegó a Benarés, donde nos juntó el mismo amor al misterio de las religiones de la India, desposadas, como San Francisco de Asís, con la pobreza, la única capaz de lograr la libertad para la humanidad.

—¿Para qué compiten en Occidente?

—Por la victoria.

—¿Y la victoria para qué sirve?

—Para saber quién es el mejor.

—Absurdo... el mejor nunca gana porque el mejor no compite.

Entre símbolos y metáforas trajinamos los días y sus noches con la intensidad que exigen el amor y los rituales con que el hombre busca a su Padre, tal vez hijo de otro Padre que a su vez...

Por allí había caminado aquel hombre pequeño, de ojos melancólicos, de dulzura tan permanente como su paciencia, apenas cubierto por la tela más rústica, descalzo, alimentado solo por arroz y fruta, bebiendo la leche de la cabra que lo acompañaba, durmiendo en el suelo, que trabajaba sin cesar y casi no dormía.

Por allí había predicado el pequeño hombre que había vencido con el amor al imperio británico, el Mahatma Gandhi que inició el movimiento más grande que la humanidad haya conocido desde Jesús a nuestros días.

—Gandhi murió por usted.

—Mal me conocía, o no sabía que lo amaba, si no hubiera comprendido que yo quería su vida, no su muerte.

—Gandhi murió por vuestra libertad.

—La libertad no puede venir de afuera, ni siquiera a través de Gandhi.

—Pero usted lo amaba; por lo tanto, era parte suya.

—El amor y la libertad son cosas diferentes; uno anula al otro.

Aunque bellamente, el amor nos obliga a someternos, y todo sometimiento, aunque sea por amor, es lo contrario a la libertad.

En una madrugada tan caliente como las de Panamá, escuchamos el silbido de las cosas en la manigua y los murmullos tropicales en alas de la música; era Nueva Delhi.

—Dijiste tres veces la palabra humanidad en tu recital.

—¿Es malo?

—Más que malo es inocente, porque la humanidad es asunto del Ser Supremo; pero puedes colaborar ayudando al primer hombre que te necesite.

Alrededor de los chapatis de trigo con granos de pimienta que nos preparaba la cocinera indígena, el madhuparka nos armonizaba, aunque empalagosamente, con una India que ni siquiera los tours con todo pago y el Orient Express que alguna vez estuvo lleno de espías y escritores en busca de una anécdota exótica lograron hacer accesible.

— ¿Quiere que lo acerque con el jeep, abuelo?

—¿Para qué, y adonde? Además, me llevarás solamente hoy; si no me vas a llevar siempre, no me mal acostumbres, porque yo caminé toda mi vida.

Todo desbordaba sensualidad en la India donde las religiones, por el sadismo y el masoquismo que llevan implícitos, son tan parientes del erotismo que provoca a los elementos que provocan la vida.

Desde las velas que acompañaban a las cenizas de los muertos que veíamos arrojar al Ganges hasta los casamientos entre niños excitaban a la poesía que nos había llevado a la India para crecer a nuestro espíritu, nunca tan cerca de armonizar con el Universo como entre la multitud que agobiaba los mercados y las vacas que significan el pacto de alianza del hombre con la bestia, la armonía con todo lo creado, la ruptura de los límites de la especie.

De revelación en revelación llegamos a Calcuta, donde comprendimos que la pobreza es sagrada porque es una manera inconsciente de la renuncia, el momento más sabio del hombre que así facilita los planes del Ser Supremo.

— ¿Por qué no se interesa por la política, madre Teresa?

—Porque la única vez que me distraje con ella se me murió un anciano.

Nos pusimos ropas de beduinos y cruzamos las arenas ardientes sobre desencajados camellos que nos acercaron al mechoni con arroz que los sheiks lujuriosos devoran ayudados por las manos; hasta ese momento pensábamos Arabia como un todo igual, pero allí comprobamos que hay muchas diferencias entre un barbado del Yemen y un druso del Líbano, por no hablar de un nativo del Iraq.

— ¿Por qué no trabajas?

—Porque pretender hacer algo es poner en duda que el Ser Supremo acabó la Creación; solo me queda gozarla y cuidarla para mi hijo.

(Esta vez no están los hippies, los queridos hippies que fueron una esperanza de embellecer al ser humano, en las escalinatas de los milenarios templos de Katmandú, el centro principal de Nepal, laberíntica ciudad donde las pagodas, a la sombra del Himalaya, prometen esferas más luminosas.

No, ya no están los muchachos neoyorquinos o londinenses de pelo largo y caras demacradas esperando el milagro del color al lado de los budistas de frente pintada con signos que llaman a la Luz, predicando la salvación. Esto no es —por lo menos para mí— el Katmandú de los años sesenta que traía, excitados por Jack Kerouac, a jóvenes de Amsterdam, Copenhague o Berlín, deseosos de encontrar a la otra realidad; ahora llegan sus padres, adultos adinerados, detrás de exotismos que les calmen el aburrimiento.

—¿A quién esperan?

—A usted.

—¿Para qué?

—Para darle alguna opinión sobre el recital que acaba de dar.

—¿Y por qué no se acercan para darla?

—Están esperando que usted la pida porque aquí, opinión que no fue pedida, es agresión.

Se confunde todo en el bazar donde culmina la alucinante línea que comenzaron las ventanas de madera tallada y los silenciosos oratorios budistas, mientras que en los barrios caros y los hoteles lujosos se organiza el millonario negocio de la heroína.

—¿Es pobre?

—Afortunadamente.

—¿Qué le debe a la pobreza?

—Que haya evitado que las artificialidades distraigan a mi mente, además de salvarme de la envidia de los demás; no tengo qué cuidar, por eso vivo en paz.

—¿No tiene que cuidar de usted?

—No, de eso se encarga el Ser Supremo.

—¿Y no tiene planes?

—No.

—¿Y eso no le preocupa?

—No; seguramente el Ser Supremo sabe qué hacer conmigo, porque yo soy obra de El, y no el destino obra mía.

Al lado, los gigantescos vecinos: China e India, un fascinante mundo donde el último campesino sabe que los ríos son sagrados, donde cualquiera vive con la sensatez de un filósofo, donde todo es trascendente y deslumbrante, como la brutalidad y la mística de la miseria.

—¿De qué está orgulloso?

—De mi hambre.

—¿Por qué?

—Porque me mantiene despierto.

Estalla la oración en la campanilla que el peregrino que cruza el valle de Katmandú lleva atada al bastón; avanza cortando el silencio de las aldeas y los arrozales buscando las alturas, más allá de los nevados picos del Everest y el Anapurna. Los grandes palacios del budismo sacralizan los días de Durbar Square, junto a los del tantrismo y el hinduismo, que son las principales religiones del reino. Las altas cornisas están esculpidas en honor de Vishnu Krishna, Narayana, dioses hindúes que, entre escenas eróticas, llaman a la realidad de todas las cosas de la Creación, y donde día a día se pinta, como hace siglos, una señal roja en la frente del dios de cabeza de elefante. Alrededor, los

muchachos de pies descalzos tratan de vender cualquier cosa entre los turistas que pasan apáticamente hacia las escalinatas de los templos donde los sacerdotes mendicantes pregonan buenas nuevas.

—Los ricos llegan de lejos a buscar a los pobres... ¿por qué?

—Porque solo en la pobreza hay tranquilidad.

El bazar es el centro más importante de Katmandú, como en todo Oriente, desde Indonesia a Marruecos; pleno de olores y colores, ofrece todo lo que se puede vender, es decir sombreros de paja, radios a transistores, jaulas, frutas, verduras, instrumentos musicales, animales, pero principalmente los relojes, los cosméticos y las lapiceras made in China.

— ¿La Creación es plural o singular?

—Singular; un pastor para un solo rebaño, dice vuestro libro sagrado.

—Quiere decir que tú y yo somos la misma cosa, es decir que lo que me sucede te sucede y viceversa.

—Exacto.

— ¿Entonces por qué te dejas morir? Al hacerlo me condenas a morir contigo... y yo quiero vivir.

—Es que alguien tiene que pagar lo que ustedes, que son mi otro costado, comen de más, pero es un honor para nosotros, por lo menos en esta etapa de la vida, ser los anfitriones.

—No creo que te agrade; veo sombras en tu cara.

—Eres tú que me tapas el sol; pero no te preocupes; nosotros nos morimos porque no tenemos qué comer, no de hambre.

Nos vamos mientras las madres quiebran los brazos y las piernas de sus hijos recién nacidos, les queman los ojos con alambres al rojo para cegarlos; así podrán pedir limosna, única manera de sobrevivir.

(El ratón de campo sale a buscar comida de noche; la busca por el suelo, que es donde el buho busca ratones).

¿Qué hora es?, pregunto al chofer del taxi; las once de la noche, hora ideal para llegar a Manhattan, me contesta mientras salimos del túnel y entramos a la isla convertida en fantasma por el abandono al que la someten los ciudadanos al caer el sol.

Por fin voy a saber dónde está el dinero que le falta al resto del mundo; ahora conoceré a las mujeres que tienen los placares llenos de nada que ponerse.

Todo Henry Miller, todo Alien Ginsberg, todo Ferlinghetti acuden a mi memoria y entran conmigo al centro del mundo que alguna vez me anticiparon, terrible y excitantemente, si se me permite el barbarismo, señor Borges que tuvo una experiencia similar a la que estoy contando no sé a quién (que es lo mágico), que compró este libro no sé por qué (que es lo divertido).

Hace unos días, Barbra, a quien conocí en uno de mis recitales en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica, me mandó un telegrama lleno de flores que me hizo salir corriendo a buscarla a este Manhattan donde ahora la mañana se complica en el puente Brooklyn y bajo el mugroso cielo del Bronx, que se excita en la Fifth Avenue donde el arte se confunde con los ladrones y los magos que llegan de todo el mundo a tratar de embarcar a todo el mundo. Uno de ellos, Paul Stevens, el hijo de Jimmy, viejo lobo de jazz, a quienes conocí el año anterior en San Juan de Puerto Rico, donde todas las calles dan al mar, ordena mi desorden y me lleva a contar mis experiencias a las universidades.

Ya estaba cansado de enojar a los ricos y asustar a los pobres; por eso me refugio con Barbra en la pletórica soledad de Manhattan, donde los blues, hijos dilectos de la libertad, nos pasean de espíritu entero para que encontremos tanto que olvidamos lo que buscamos (no se busca, se encuentra, diría un budista). Solo nos dedicamos a vivir, y lo hacemos de tal manera que no nos queda tiempo para otra cosa, salvo cantar, que es el testimonio de ese vivir.

Esto es lo que necesitaba: un lugar donde puedo dejar volar al ave que Dios puso dentro mío, donde el capricho del poder no limita mi paso, donde puedo cantar mi canción entera y poetizar todos los asuntos y gritar todas las cuestiones y tocar el tambor al volumen que se me ocurra (en la pared del baño del café literario del Greenwich Village, donde daré recitales por dos semanas, encuentro esta precisa reflexión: si no tienes la solución eres parte de lo que criticas).

La caprichosa mezcla de culturas como la griega, la sudamericana, la italiana, la negra, la judía y la irlandesa, excita a la imaginación y me arrastra por el alucinante río que es New York. En ningún lugar del mundo se puede encontrar tanta vida cultural; siento una bella, deportiva, libre relación de los norteamericanos con el arte, al contrario de Europa, donde la rigidez de la ortodoxia hace de los museos santuarios donde el respeto se confunde con el miedo, que enfría todo.

Me llamo Peter Woong y vivo aquí, donde solo amanece, donde no tenemos el privilegio del alba de vuestras llanuras, del cielo andaluz, de la Grecia que tanto amara el Henry Miller que huyó del Distrito Catorce de Brooklyn, del Manhattan que alimentó al ingenio de Woody Allen, a cambio de su fe, de su alegría.

Mis amigos, los científicos, dicen que no tengo razón, ¿y a quién puede importarle esa impostora a los sesenta y siete años? Conseguirla, solo depende de un par de explicaciones que ya no tengo ganas de dar a nadie; no pienso sumarme a la parasitaria fila donde el médico le explica al paciente, el paciente a su mujer, la mujer a sus parientes, los parientes al corredor de seguros, el corredor de seguros a sus clientes, los clientes del corredor de seguros al recaudador de impuestos, el recaudador de impuestos a Reagan, Reagan al Pentágono, el Pentágono a los generales del Uruguay que hacen todo lo posible por no perder lo que nunca ganaron.

Todo esto agotó a mi pobre alma que, naturalmente, sabía lo que quería, la pobre alma ahogada entre las superestructuras de razonamientos y explicaciones de las que mi espíritu escapó tantas veces, abandonando a mi cuerpo y mi mente en el supermarket donde hasta Whitman está clasificado, donde los posters del Che Guevara se venden tanto como los de Raquel Welch, donde hay comidas preparadas para solteros que quieren comer mientras ven televisión sin esfuerzo y sin ensuciarse, o en Park Avenue, donde es fácil ver a un negro de sombrero y tapado de visión teñido de rosa bajando de un Cadillac rosa tapizado con visión teñido de rosa, donde se puede ver cuatro o cinco Rolls Royce estacionados frente a Sutece, donde a la entrada del Greenwich Village hay dos calles destinadas a que se tiren los alcohólicos, donde en el *subway* matan a cualquiera los que están desesperados porque vienen de Vietnam o porque nunca salieron de New York.

Para poder sobrevivir en esta isla hay que tener alguna idea para los dibujos animados, para mejorar al páncreas, para sacarle más partido a las guitarras eléctricas, para vender automóviles a México, whisky a Portugal, bombas a Chile, artistas a Bélgica, envases de plástico a España, pornografía a Colombia, drogas a los ingleses o dinero a cualquiera que esté dispuesto a pertenecemos por la eternidad.

Si no se tiene una idea, es necesario un cuchillo, un revólver o una mente sumisa que se deje llevar por la Gran Computadora hacia la Gran Destrucción, que será el Gran Final.

Me cuesta levantarme; cada mañana es un suplicio. Siempre me quedan ganas de darle otra oportunidad al sueño para que me salve de esta vigilia insalubre en el infierno de aire acondicionado donde hasta el arte se convierte en un vicio. Desconecto la frazada eléctrica y pongo el pan en la tostadora eléctrica mientras me rasuro con la afeitadora eléctrica y pongo en orden los pocos pelos que me quedan con el cepillo eléctrico, en tanto el noticiero de la televisión me informa de la temperatura, la humedad y los valores en París, en La Paz, en Beirut y en el Manhattan que me espera afuera para ver si soy capaz de esquivar a los negros que se quieren vengar de los blancos, a los blancos que odian a los negros, a los chinos que nada tienen que ver con Lao Tsé y que nunca supieron de Confucio, a los griegos que avergonzarían a Diógenes, a los portorriqueños que no quieren que Puerto Rico sea estado asociado a Estados Unidos y se cobran esto viviendo del bono que se da a los desocupados, a los cubanos que aquí tienen la libertad del basurero, a los drogadictos, a los homosexuales, a los nazis que solo en semejante hecatombe podían haber renacido, a los punks que odian a la vida, a los motociclistas que buscan a la muerte.

Si logro esquivar a ese ejército miserable, llego a la universidad donde trato de enseñar algo de ética a los hijos de los polacos que siguen soñando con Polonia, de los húngaros que siguen soñando con Hungría, de los armenios que sueñan con Armenia; de regreso a mi departamento, me detengo en la biblioteca de la calle Cuarenta y dos, siempre y cuando pueda superar la masa de

enfermos que apestan la zona alrededor de las prostitutas que se apoyan en las cabinas telefónicas convertidas en urinarios, con tanta basura como en las ciudades asiáticas.

Ya en mi casa, me encierro con doble llave y triple seguro para que no me roben las comodidades que tanta miseria le cuestan a la mitad de la humanidad, el confort que me quema las manos porque mis compatriotas lo trajeron matando, mintiendo, transformándose en los usureros del planeta.

Solo la derrota del sistema que envileció a mi país puede devolverme la tranquilidad, a mí y a mis hijos, que ahora están jugando en una plaza alambrada y con guardianes porque están todos locos, Facundo, estamos todos locos.

(¿Qué hace en mi alma esta mujer extraña que dice que es mi madre?)

Las pirámides contemporáneas de Manhattan se ven aún más misteriosas bajo la lluvia que nos acompaña; nos perdemos entre los infinitos cruces de los puentes en las calles y el humo que sale permanentemente de las alcantarillas.

Hace mucho frío; las plantas, de este lado de la ventana, excitan al techo inundado del otro lado del vidrio, donde el humo embellece, trágicamente, los estertores del gigante que devora todo.

Pasan los trenes y los automóviles por los puentes que parecen viajar solo de edificio a edificio; detrás, la impresionante visión del puente Brooklyn envuelto en la niebla que también diluye al edificio de las Naciones Unidas (en la librería del Rockefeller Center encuentro al álbum que grabé en el Palacio de las Bellas Artes del México D. F.)

(Cada vez que paso por el edificio Dakota, donde vive John Lennon, pienso que tal vez yo nunca sepa quién es el profeta de nuestra época, pero seguramente John es uno de sus discípulos.)

La crucifixión del Dalí de 1954, la mujer de blanco del Picasso de 1923, la Gertrude Stein del Picasso de 1906, las frutas de Cézanne, las bailarinas del Degas que eligió el pastel porque es el más indicado para las sugerencias de la danza, el arte de vivir que declaraba Monet, Renoir y el artista de Gérôme besando a su estatua, Bocklin y su magnífica Isla de la Muerte, envuelta en una luz lejana, sagrada (la primera vez que la vi tuve que irme del museo porque no soportaba otra cosa en el mundo). Corot dando forma a todo con la luz (la eterna modeladora), el vaso etrusco de más de un millón de dólares; estas son las poderosas razones por las que todas las mañanas corro al Museo Metropolitano.

Después de cantar en el Spanish Theatre Repertory Company, me voy con Marlene, que se autodenomina discípula mía, a Long Island, que es el Estados Unidos de las películas, es decir bello, rico, amplio, verde y blanco. Detrás, el coro insinuante que conforman los edificios de Manhattan, promedio de las culturas y las enfermedades de la humanidad.

Mis mañanas son del Museo Metropolitano, pero mis tardes le pertenecen al Museo de Arte Moderno donde Derain, alfarero del color, acompaña al Chagall que hace treinta años me acercó a la magia que me hizo sacar la cabeza sobre el muro; en todas las dimensiones, escalas y posiciones, Chagall es el centro de las fábulas de la fe, el corazón de la manzana, en tanto Dufy se divierte amando alrededor de las oscuras destrezas del Ronalt que enriquece mis tardes frente al patio donde la nieve embellece aún más a la familia, de Henry Moore, y al Chivo, de Picasso.

Cada tarde retorno al Museo de Arte Moderno para ver la noche estrellada de Van Gogh, y saber qué es una oda al movimiento, para que una de sus estrellas me envuelva y me lleve dentro de esa voluptuosa noche en plena tarde de Manhattan.

Sentado frente al Van Gogh, espero el contagio; por de pronto, el vidrio refleja a mi cara dentro de la obra. Gauguin, de cerca, acompaña al amigo de luminosos delirios con una de las anécdotas de la isla donde estalló definitivamente, Seurat apacigua los amores y Degas enternece con inteligencia. Toulouse—Lautrec no se acerca demasiado (no olvidemos que es el cantor de la noche), Cézanne sugiere, Modigliani tiende a la mujer que, por él, es más mujer que nunca, es decir una maravilla extasiada bajo todos los hechizos (desde este ángulo, un aguafuerte de Van Gogh explota a los pies de la mujer de Modigliani), en tanto el tremendo Matisse empequeñece aún más a la mujer insensible, Braque se cita con Picasso en el exacto centro del cubismo, que es un altísimo lenguaje que inventaron para poder dialogar sin que nadie los moleste, Peyronnet ahoga a unos

cuantos militares con un extraño encanto, Blume se ríe tristemente de las tonterías del hombre mientras levanta una ciudad eterna, y Dickinson, plácidamente, busca la paz en el mar.

Delaunay, por propia decisión, es una naranja abierta al medio, y Feininger, como Borges, se deja encantar por los laberintos. Kandinsky juega a las escondidas con Matisse que, desde el patio, mira a través del metal a la tan familiar pintura; al lado de Kandinsky, que canta y baila, Klee se me parece. Hubiese pintado esto si no se me hubiese cruzado la milonga (su Pastoral es una baguala). Hablar de él es hablar de mí, verlo es verme; perfecto espejo de mi alma y de mi espíritu, Klee creció para crecerme.

El *Blue number 393* de Kandinsky es un salmo cósmico, una síntesis del Universo, el padre del Caride que no termina de nacer en la Boca. El taller de Matisse aparece dentro del rojo; me siento en el medio de la sala para que me rodee con su mesa de mármol rosa, sus bronceos, sus flores y sus peces. Pero realmente descubro a Matisse cuando comprendo que solo hacía falta azul arriba y verde abajo (tal vez el mundo) y una ronda de mujeres bailando delante para declarar la vida. Después un medio triángulo verde paciente al costado del niño que toca su lección en el piano, con la madre detrás, vigilando sin color; luego la primera—versión de *La danza*, el gran canto de Matisse, su alegría más ancha (el niño bebe su mamadera sin dejar de saludar al guardián negro con su manecita blanca; detrás, Juan Gris separa todo para analizar pedazo a pedazo).

Afuera, ya no hace tanto frío... claro: Van Gogh, a quien persigo del Museo de Arte Moderno al Metropolitano y de ahí al Guggenheim que avanza mientras sube en espiral (los dos sabemos que eres un genio; ¿será suficiente, es posible tanta belleza para nosotros solos?, imagino que John Russell le pregunta a Van Gogh en una de las tantas cartas que se cambiaron entre 1888 y 1890).

El sol brilla en la mañana del domingo; Manhattan canta su blues de piedra. Lo escucho desde la altísima ventana; después voy a un programa de la televisión, que siempre me es propicio.

*se apagan las luces de wall street
y la paloma está tranquila
porque superman descansa
el negro se sienta en la vereda
alguien canta en mandarín
y el queens es una hoguera
cuando la mulata se desnuda
(el presente de aquí
es el futuro de allá
donde me esperan para negarme
a mí
que soy el pasado)*

*buda se pierde entre incienzo y chocolate y el
rock and roll es un llamado de atención
al gigante enamorado de sí mismo*

*la democracia no alcanza la paz
y la libertad sucede en todas partes
(todo sucede natural o sofisticadamente pero sucede)*

*manhattan es un delirio
donde es absurdo buscar razones*

Hace frío; el ciego pide la parte que le corresponde para vivir un tiempo más, y el avión, simétricamente, pasa sobre la Fifth Avenue que los rascacielos repiten una y otra vez.

El hombre de violeta, al que encuentro en todas partes, y que parece un viejo actor, un antiquísimo bufón, me invita con un trago de su botella de vodka y me dice que el hombre es una bolsa de mentiras, un animal dividido por la corbata: arriba de ella, un basurero de complejos; abajo, una trituradora de alimentos, una máquina de producir estiércol.

*en el central park
la muerte pasea en bicicleta
y el pasado se suicida
por culpa de nikolais*

*picasso
cansado de las mediocridades de satanás
retorna a la fifth avenue
y marión brando se aburre con la verdad
los portorriqueños quieren convertir
a manhattan en otro caribe
pero no pueden con la nieve y la mafia*

*manuel roba flores de plástico en el supermarket
para regalárselas a su novia mecanógrafa
que vive en el barrio chino con la esperanza
de encontrar un nuevo lao tsé*

*los griegos
que no heredaron nada de pitágoras
quieren emular a onassis
mientras kojak limpia a new york
por lo menos para la televisión*

Entre las tiendas que solo venden caviar y los restaurantes de perros, entre lo que se usa y lo que se tira (hay gente que amuebla una casa con lo que se tira a la basura), un grupo de haitianos protesta contra Duvalier en la 50th y Fifth Avenue, en tanto un hombre—sándwich deja leer: proteja al marido, no trabaje, las mujeres son malas.

Alguien habla en italiano (que aquí es un descanso y en Roma una pesadez), mientras yo trato de poetizar todo, desde la muchacha que toca flauta frente al Museo de Arte Moderno al violoncellista del Central Park que hace música mientras su mujer dibuja lo que hubiese dibujado Rodín si viviera estos días de hierro, Pink Floyd y cemento armado.

La rejilla en el suelo me recuerda a Escher, que no deja de recordarme desde la Galería Rizzoli que estamos en el aire, en medio del vacío.

Los edificios son tan grandes que parecen vacíos, solos en su altura y belleza, como debe haber estado Hermes Trismegisto, como esa muchacha drogada, sentada en el cordón de la vereda, con un cartel en la espalda que dice:

please, do not disturb, como el negro que pasa en bicicleta de carrera con un banjo en el portaequipaje.

El niño quiere ponerse de pie, separarse de los demás, como Manhattan de New York, como el rascacielos oscuro de los otros, como la Estatua de la Libertad de la isla, como yo de las sectas; cerca pero aparte, el apartarse donde nace el Fausto de Goethe, el Aleph de Borges, la teoría de la relatividad de Einstein, el Himno a la Alegría de Beethoven que ahora oímos en la radio de la casa del 242 East 50th Street donde la vela roja sobre el marco de la ventana blanca, las plantas, los almohadones de colores, los ponchos sudamericanos, los libros y los dibujos de Carlos Alonso y José Luis Cuevas me hacen sentir, por primera vez en mi vida, que necesito un hogar, si es posible

parecido a esta maravilla que me alberga, donde me preparo para vivir con los que no descartan lo peor en lo mejor y lo mejor en lo peor.

Después de los divertidos festejos del Saint Patrick en la Fifth Avenue y una amable reunión con algunos orientalistas que quieren incluirme en este intrigante país, voy a cantar al Cami Hall.

*las clases desaparecen
el individuo domina
van gogh y modigliani ya no están solos*

*cada cual con su violín
su profeta o su guitarra
su trompeta o su cuchillo
cada cual con su ilusión
su miseria o su tristeza
cada cual con su soledad
su rolls royce o su motocicleta*

*en new york
hermes tiene más razón que nunca:*

*igual abajo que arriba
aquí puede suceder cualquier cosa
desde miles davis a la navaja
desde nadie a nureyev*

*aquí ni siquiera el honorable amor
es un motivo honorable
para perder en su nombre
a la honorable libertad*

*la ciencia vuelve a ser magia
rembrandt vuelve a ser brujo
lo bueno es muy bueno
lo malo es muy malo
new york acabó con el término medio*

Siempre es una fiesta el reencuentro con la gente de la comunidad ucraniana del Greenwich Village; cocinan, cantan y bailan para mí.

Algunos están juntando dólares para volver a su tierra, otros para quedarse y vivir bien. Una excepción es El Buho, que se salva de planear encerrándose en el escepticismo, que le da buenos resultados en sus esculturas, que pueden volar hasta alturas increíbles gracias a la libertad que le da el no tener que decir o proclamar nada, es decir la falta de compromiso con los demás que, según El Buho, son lo de menos. En él, como en los indígenas, el arte es una religión, una manera de acercarse a lo sublime, a lo inmutable.

*el bronx es una fiesta
tan peligrosa como la vida
donde el día nunca comienza
ni termina la noche
donde la única ley es sobrevivir*

Comer en el restaurante griego, abierto y divertido; ver a las ardillas del Central Park cruzar la Fifth Avenue; visitar las galerías de arte, principalmente Bonino, donde Picasso y Le Corbusier están juntos; extasiarme en Tiffany's donde la belleza es más importante que el dinero; amargarme con los monos encerrados en el zoológico, divertirme con los empleados encerrados en las oficinas; encerrarme con Bertha, recién llegada del México D. F., en un cuarto del piso 34 del Hotel Americana para amarnos serena, sofisticadamente; gozar al coro de la Saint Thomas Church; navegar alrededor de Manhattan con Helen, que alguna vez cantó *Carmina burana* en el Carnegie Hall con el coro y la orquesta que dirigía Leopoldo Stokowsky; cenar en Chinatown, rodeados de inocentes amenazas; cantar en La Librería (centro de cultura latinoamericana que inauguraron Carlos Fuentes, Octavio Paz y Borges), en un monasterio de Washington, en un templo y en una escuela bilingüe del Bronx, donde hace poco estuvo Ernesto Cardenal.

Caramba, por hacer estas cosas no llegué a tiempo para cantar con Joan Baez en San Francisco.

El día es tranquilo y frío; entre negros y judíos pobres camino por el Bronx, antes de ir a Baltimore, a cantar, en una universidad.

*Vengan las señoras de buenas costumbres
y los señores con sentido común
(que es el más común de los sentidos)*

los tenores de voz enyesada y seguro de vida

*las sopranos que confunden
limpieza con arte
al orden con la moral
vengan los que quedan bien con todos
menos con dios*

*los miserables que anuncian por televisión
la limosna que darán a los pobres*

*los que sacrifican el sueño de su vida
por el pan de cada día*

*los que están orgullosos de una bandera
y avergonzados de una derrota*

*vengan los que no escupen en el suelo
ni aprietan el tubo del dentífrico en el medio
ni pisan el césped
ni desean la mujer del prójimo*

*vengan los que se aguantan las ganas de gritar
de hacer el amor
y bailar en los campos
los ministerios y las avenidas*

*vengan con la camisa limpia
y el corazón muerto*

vengan los que solo saben obedecer o mandar

*vengan a ponerse de rodillas
en contra del levántate y anda*

*vengan a pedir limosna
para comprar cerraduras y candados
que los salven de los que andan libres
por las calles y los bosques
por el vino y por los mares
por el amor y la poesía
por la vida
por la bendita vida
el peligroso y bello juego que dios nos regaló*

Es extraño verse a uno mismo por televisión desde San Juan de Puerto Rico mientras la nieve cae frente a la ventana de la casa que ocupó con todos mis fantasmas en Manhattan donde escribo un salmo para voz y armónica, mi primera armónica, regalo del catedrático indio de Baltimore, el que está traduciendo mis canciones al bengalí.

*yo
que no tengo parentesco con aquellos
que forjaron una historia
honorable o vergonzosa
que no llevo catedrales ni murallas
en la sangre o la memoria*

*yo
heredero de nada*

*yo
que no puedo cantar
la gloria de una raza
ni atesorar pergaminos*

*yo
empujado por el viento
en el vacío sagrado del eterno movimiento
con todos y con nadie
forjo mi alma
y con ella alimento a la esperanza
que me lleva de sur a norte
y de este a oeste*

*yo
que con el campesino comí el pan
y con el poeta bebí el vino*

*yo
que con el negro fui negro
y blanco con el blanco*

*yo que (como Whitman)
senté a todos a mi mesa*

*yo
que con la grandiosa sal de las diferencias
fortifiqué a mis huesos
en el diverso universo
yo vengo a vivir contigo
la eternidad de un día
en la luz o la sombra
como vos decidas
amigo que tampoco tienes
antiguos poemas en honor de tu abuela*

*esta es nuestra vida
nuestro sol
nuestra tierra
el mundo de nosotros que llegamos una noche
sin nada y de nadie*

*nosotros
desnudos y cualesquiera
criaturas de dios donde se mezclan
mil cantos diferentes
ojos imprecisos y sangre a la deriva
italia o la galicia
los incas o los persas
el fango y los tambores*

*éste mundo es el nuestro
y esta sagrada confusión es nuestra raza*

*esta es nuestra vida
y ya que en ella viviremos
comencemos a amarla*

Tom Leher, el humorista norteamericano, dejó de escribir cuando le dieron el Premio Nobel de la Paz a Henry Kissinger; dijo que jamás podría superar semejante broma.

Leher tenía una erudición cercana a la que tuviera Ezra Pound, aquel que dijera:

*es tiempo de que pactemos
walt whitman
te be detestado ya bastante
vengo a ti como un niño ya crecido
que tuvo un padre terco*

*ya estoy en edad de hacer amigos
fuiste tú quien cortó la leña nueva
y es tiempo de tallar
tenemos una sola raíz
la misma savia:
que haya intercambio entre nosotros*

No son más extraños estos huesos que vienen desde siempre ni el misterioso espíritu que tal vez sabe todo ni el débil corazón ni las células que me conforman y no me pertenecen ni el infinito cielo ni el sueño que a él me lleva.

No son más extrañas esas flores por las que el supremo goza los actos milagrosos que provoca en la hormiga y el ciervo ni este pequeño sol que algunos llaman trigo ni esta mano que es nunca ni esta idea que es nadie.

No es más extraño el recuerdo de un pájaro en mi ventana ni de aquella madrugada soñolienta en que al tocar un pan conocí al hombre ni el día que murió debajo de mi almohada.

No es más extraño el lunes ni las buenas costumbres de la mala gente ni la solitaria y enigmática noche ni aquel que mira al valle y que también soy yo.

No es más extraño el viento del sur ni aquella línea de Eliot que no olvido ni la barca del antiguo impresionista que insiste en la memoria del que nunca seré ni las fatigadas horas del verano.

No son más extrañas esas cuestiones que la milagrosa y misteriosa tarea de armonizarlas, sea quien fuere el responsable de semejante maravilla.

La camarera del Mac Donald, donde aguardan las inevitables hamburguesas que los norteamericanos aman casi tanto como los españoles al jamón serrano, apoya sus senos sobre el mostrador mientras el pelo rojo le cae en los hombros; entonces pienso cuántos solitarios volverían a vivir si te conocieran, si vieran tus pechos llenos de pecas, tus maravillas meciéndose graciosamente, tus ojos verdes incendiando este hermoso día de California donde la sagrada libertad se siente tan cómoda, aunque esa comodidad le cueste tan cara al mundo.

Para mí, como lo fue para Mark Twain, el mejor lugar siempre es el otro; ese es un homenaje al cambio, al movimiento permanente.

Hollywood está desierto, como todos los domingos; vacíos los estudios que fabrican sueños e ilusiones, vacías las calles que en la semana albergan la variedad más grande de la fauna humana.

En los estudios discográficos nadie graba nada; alrededor, las carreteras gigantes llevan rápido a ninguna parte, entre carteles que anuncian idioteces que nos acercan a una felicidad idiota. En tanto la mayoría, como la de cualquier país, se entretiene con los dramas que gritan los telenoticiarios (por ahí anda Bertolt Brecht haciéndose el muerto para comerse a los buitres que bajan a comerlo).

Voy detrás de Krishnamurti; a quien alcanzo en el valle de Ojai, donde se detiene a conversar con la gente que intuye que debe de haber una manera de vivir mejor.

—¿Por qué se asombra?

—Porque usted es el primer Ray Bradbury que encuentro en el mundo.

—Me asombra que le asombre encontrarse con un Ray Bradbury viniendo de un país que tiene un Borges, que es asombroso.

Me acuerdo de que yo estaba recomenzando mi tarea artística cuando conocí a Goldenberg en el primer recital que dio Paco Ibáñez en la Argentina, que fue en el teatro Opera, de Buenos Aires. Fuimos amigos inmediatamente; en los bares de la calle Corrientes discutíamos a Kierkegaard y a Malatesta, compartíamos el amor por Chagall, un patriarca que eligió como herramienta al arte, como Goldenberg había elegido la religión, aunque con su permanente sonrisa nostálgica de judío hubiese bastado para que consiguiera cualquier cosa. Ganaba en todo, solo para demostrar lo vano de toda victoria; él me ordenó económicamente, me introdujo en la colectividad judía que me albergó dándome trabajo durante mucho tiempo, y me ayudó, en una verdadera operación

comando, a rescatar las cosas que yo no había podido sacar del hotel Riviera, del que me echaron porque debía tres meses y medio.

Goldenberg era parte del paisaje de la ciudad, como los automóviles que odiaba, los ómnibus, las librerías que conocía como nadie, los edificios, los buzones, los mercados y los teatros donde me imaginaba triunfador, como el Bob Dylan, el Pete Seeger y la Joan Baez a los que comenzábamos a amar. Por eso lo encontraba en todas partes, aparecía como por encanto, puntual como el destino y los alemanes a los que jamás confundió con los nazis que habían exterminado a su familia, excepto a sus padres, que pudieron escapar con él y un hermano.

En esas idas y venidas de los bares donde buscábamos a los escritores y a los pintores, conocimos a Camaño, un mendigo que, sin saberlo, nos cambió todos nuestros puntos de vista. Era el mismísimo desamparo, la miseria y el fracaso, al que jamás le sucedía algo que valiera la pena, era de los que uno no se puede librar con solo darle una moneda, alguien a quien había que escuchar, aunque eso significara arruinarle la semana. Se te pegaba como una pulga, se metía en tu torrente sanguíneo, llegaba a tu cabeza y acababa con todos los recuerdos bellos y las ideas estéticas, hacía que lo odieras y lo amaras a un tiempo, era mi abuelo otra vez llegando solo y niño desde España, era mi madre haciendo milagros para salvarnos del hambre y el frío en aquellos años terribles, era la personificación de los que alguna vez, asidos a Perón como al último mástil del barco que se hundía, cambiaron la historia del país.

Todo lo que decía era espantosamente cierto, descaradamente real, insoportable; la gente siempre se las ingeniaba para evitarlo, para no oírlo, pero Goldenberg y yo no podíamos; parecía el hombre elegido para desnudarnos de artificios, para declarar la realidad de la vida, tan visceral después de haberlo conocido.

Camaño no era un hombre que sufría sino el mismísimo sufrimiento, la verdadera representación de una humanidad sorda, asesina y hambrienta, la humanidad que escapa para no ver (y a esa huida le llamamos evolución).

No bastaba con el suicidio, que era lo más aconsejable para Camaño: el tiempo y el espacio seguirían arrastrándolo, morbosamente; hubiese sido una enfermedad más en la sangre de los que continuarían caminando por las calles del mundo detrás de un pedazo de pan, de algunas palabras para calmar, aunque sea por un momento, la soledad (no sé por qué escribo sobre Camaño recién ahora, tantos años después; tal vez quería librarme de él en aquellos días, descansar de tanto dolor, dejar de hacerme cargo de su miseria, de tener en mis manos la posibilidad de que siguiera unos días más).

Los domingos por la mañana Goldenberg venía a buscarme para que saliéramos a rastrear a Camaño, que siempre estaba dando vueltas por el bar Ramos, donde Corrientes se junta con Montevideo, o tirado en la hierba húmeda de la plaza San Martín. Dedicábamos el día entero a agasajarlo, llevarlo a comer a Bachín, al cine, a oír música, o a la ducha de la casa de Goldenberg, que era lo que más le gustaba; un domingo de esos, el hermano menor de Goldenberg le regaló un traje casi nuevo. Me siento ridículo con este traje, me confesó Camaño unos días después. Humilla aún más a mi pobreza porque ni siquiera puedo pedir limosna; es tan limpio que me apena, me dan ganas de llorar, como cuando paso por la Recoleta, tan elegante que duele... o será que estoy cansado, y es bueno, porque el cansancio alivia mi sufrimiento, ya no me quedan ganas ni de disgustarme.

Frente a Goldenberg, Camaño era Job declarando sus tribulaciones al hermano que se había distraído de él con especulaciones dialécticas, con recetas filosóficas, con terapias de grupos que sufrían intelectual, sofisticadamente, casi para distraerse del hastío que trae la comodidad que, al desocuparnos, nos da tiempo para comprobar el fracaso de la aventura humana.

Camaño conocía al otro sufrimiento, el de los bancos duros de las plazas, las pulgas, las chinches, la lluvia y sus inviernos, la soledad real, la de los huesos, la del corazón, la policía que no deja de joder, las madres que alejan a sus niños de los hombres como él, la ciudad que el inconsciente eligió para que se suicidara el consciente, diría Goldenberg desde su sillón de cuero, en medio de los libros que se empequeñecían (con Heidegger y todo) frente a los callos de Camaño, mugriento y desamparado en el centro de la maldita civilización que nos separó aún más, que nos dio salidas de emergencia a cambio del hastío, que siempre tiene preparada una sala de terapia intensiva porque la función debe continuar.

Todo me tira al pozo, confesaba Camaño entre café y café; por eso debo caminar y caminar hasta el agotamiento. Después me siento en la plaza a esperar que la desesperación no me ahogue.

Todos tienen algo que hacer menos yo, es terrible, no puedo, ni siquiera sé qué es lo que me paraliza. No quisiera morir así... y lo peor es que soy bueno, el amor me ata de pies y manos. Es más fácil para el que está convencido de que hacer el bien no sirve, avanza rápido el que solo piensa en sí mismo, el que no pierde tiempo con los demás, el que se conforma con estar, el que no se complica tratando de ser. No tengo otra cosa que hacer en la vida que esperar que las horas pasen lo antes posible.

Al principio, Goldenberg escuchaba a Camaño como a Bertolt Brecht, la Opera de Pekín o Mercedes Sosa, que le calmaban la conciencia, la conciencia enterrada en la carne. Le escuchaba contar que llegó de Formosa o del Chaco o de donde llegan los que se van a quedar solos; que hizo lo que miles de hombres como él, de pelo oscuro y piel morena, de mirada tímida y nariz ancha, los que necesitan a los árboles y las aves que los Goldenberg suplen por cuadros, los que se mueren de un hambre grosero, de pan y sopa, que los Goldenberg no pueden ni siquiera sospechar; los Goldenberg que quieren cambiar al mundo, el mundo donde sufren los Camaños que solo quieren comer y, si fuera posible, cuidar un jardín.

Yo estaba bien en mi pueblo, solía decir Camaño; trabajaba de lavaplatos en un restaurante, pertenecía al sindicato. De pronto me ofrecieron un empleo en Mar del Plata por mejor paga; me fui, pero al terminar la temporada de verano me quedé sin trabajo. Allí comenzó mi calvario; sentado en un banco de la plaza Colón comprendí que no era nadie si no podía mantenerme, que no era digno que los policías me trataran tan mal, que me llevaran por delante sólo porque estaba sentado en un banco de una plaza. Yo no tenía la culpa de haberme quedado sin trabajo; eso me llenó de odio, y en ese odio me perdí, quedé al margen como mis hermanos, pero peor aún, porque ni siquiera estaba Perón.

Ya no hubo tranquilidad para mí en ninguna parte, ya no pude dejar de caminar; de una pesadilla a otra llegué a Buenos Aires, maldecido por un morbosos Dios que me trajo a la desesperación que, tal vez, un día me salvará.

Por Camaño, Goldenberg cerró los libros y salió a pelear. No volví a saber de él; tal vez sea uno de los treinta mil desaparecidos.

Así llegaban, así llegan, así llegarán: una oscura procesión de desheredados, enganchados unos a otros como en una brochette (ajenos a Hegel, a la geometría esotérica, a Mao Tse Tung y al arte social), como piedras que arduamente aprendieron a caminar para llegar a las fábricas o a los puertos donde siempre los explotarán, con lucha o sin ella, los que llenan las avenidas de las ciudades y las universidades, los que se masturban en los cuarteles, los que pueblan las playas de Punta del Este, los que absorben todo, hasta las canciones con que los combatimos los que sabemos que cada desfile de modas es una burla, que cada secta religiosa o política es una mentira, que toda propiedad es un robo, como gritaba Proudhon, uno de los fundadores del pensamiento anarquista, criticado y alabado, a quien el sindicalismo revolucionario de su época reconocía como el inspirador de Sorel.

Caer en Nuevo México no debe ser diferente a caer en Saturno; en este sudoeste el desierto es salvaje, artísticamente salvaje, religiosamente vago. Este es un drama absurdo interpretado con solemnidad, profundamente, arrastrando en su intensidad automóviles, selva, artes salvajes y sabios (cada uno insiste en multiplicar lo suyo, tanto que terminan mezclándose, convirtiéndose en una sopa mala, loca, macabra y audaz).

Aquí he llegado, solo, como quería, sin el lastre de los parientes, sin el conflicto de los amigos que, por ayudar, complican todo; y no me siento en un territorio sino en un templo, en un escenario donde nada es real, donde todos siguen los caprichos de un misterioso director.

Simpatizamos fácilmente porque no tenemos una finalidad; hay algo perverso en este comercio, algo más allá de la moral, algo más acá del fondo.

No sé nada, aquí, donde el mexicano es todo lo contrario al gringo y el indígena es todo lo contrario a cualquiera, no sé nada de nada; boquiabierto, deambulo por este circo donde cada uno hace su número, su acto, ajeno por completo a sus compañeros de varieté.

La amazona salta con su caballo blanco y pasa por el aro con fuego, el mexicano danza entre sus cruces, el indígena, hacha en mano, canta su monótona canción.

Desde un costado, tratando de no caer en la inocente tentación de participar tomando partido, veo a los republicanos marcar las diferencias con los demócratas, a los indigenistas discutiendo con los pro mexicanos, a los artistas aparte de los abogados. Si yo hablara, sabrían que soy yo mismo y me tirarían a la hoguera.

De meseta en meseta y a través del desierto voy acercándome a los indígenas, siempre armonizando con los arroyos y los desfiladeros, siempre cuidadosos de sus trenzas adornadas con joyas sobre las mantas rituales, siempre silenciosos en sus carretas y caballos.

Son los navajos de las tiendas en punta y rebaños de cabras blancas, de hogueras continuadas y grandes sombreros negros, de duro american english o español dudoso, de los tambores en el ocaso, de los alaridos y las ceremonias.

Me despiertan anhelos indefinidos, tristezas que dormían en el fondo del alma, sentimientos que, cuando dejemos salir, universalizarán a los hombres del planeta.

El anciano recita con monotonía profunda y patética historias que, al no entender, se tornan aún más misteriosas para mí, pequeño blanco perdido entre apaches que mascan chicle y escuchan con actitud mineral al recitador del templo. Esto es inalcanzable para mi mente pero no para mi alma, tan antigua como los antiguos tiempos en que sucedieron las cosas que cuenta el anciano de turquesas colgando de las orejas, de viejísima manta ceñida a la cintura, de mocasines en los pies enfrentados al fuego, al inevitable fuego que junta a los hombres.

Los ecos de mi antigua alma son iguales a los suyos, arrullan la misma canción tribal, aman al sol y temen a la luna.

He caminado mucho para llegar aquí y comprobar, como en China y la India, como en Francia y Grecia, en Israel o Guatemala, que la misma sangre nos enciende cuando llueve o suena el tambor, cuando muere un caballo o las flores renacen. Pero la sangre empuja hacia adelante y hay que seguir con ella.

En mi sangre están todas las tribus porque estallo a cada cántico, en cada hoguera. No soy un hijo del Espíritu Santo; mi abuelo fue un indígena perdido del rebaño que enamoró a mi abuela en una noche de luna llena para que engendrara a mi padre, el que encendió con sus ojos oscuros a mi madre, que se tendió en la hierba para las hogueras del amor que me nacieron para que busque en las tribus del mundo a mis hermanos, para que me sienta, como ahora, al otro extremo de la hoguera donde el anciano recita sin negarme ni aceptarme porque (viejo zorro) sabe que de tanto buscar estoy más perdido que nunca, tanto que, sin proponérmelo, tengo un estilo personal que me denuncia cuando me siento con mis hermanos alrededor del tambor (mi Señor, me he quedado solo).

Me cansan los europeos que niegan a Estados Unidos porque, al no tener tradición, carece de historia de la cultura; esto, y decir que está condenado por la eternidad es lo mismo. No sé si no tener tradición debe entristecer o alegrar a los norteamericanos; pienso que esto último es lo aceptado, pues la tremenda libertad de búsqueda que tienen se la deben al no tener patrones. A pesar de esto, son humildes en Europa, aceptan su desnudez, casi piden perdón en los museos y las calles donde se inclinan con admiración y cantan loas ante los fetiches que los italianos y los franceses, principalmente, llaman monumentos (no sé si los bárbaros norteamericanos se dan cuenta de la suerte que tuvieron al salvarse, por ejemplo, de los renacentistas, que todavía obstruyen el tránsito de la evolución).

Europa ordena sus columnas y sus óleos para entretener a los norteamericanos; siempre hay un coliseo, una catedral para admirar. Los aplausos de los turistas rompen los tímpanos de los europeos actuales, que, nadie sabe por qué, se sienten dueños de las obras de individuos que, en general, fueron combatidos o negados por los europeos de turno.

Al fin y al cabo, todo es por un montón de piedras, no importa que se las llame el Teatro de Marcello o la catedral de Toledo; escombros que tal vez sean un castigo y no un privilegio (muchas veces imaginé que los turistas, hastiados de admirar, quemaban los restos de una cultura, suicida por condenarnos, aunque sea por la duración de un tour, al pasado).

No se puede llegar lejos con el lastre de la tradición (cerremos la boca para que no nos envenenen el presente con la maldita tradición).

Que los europeos se burlen de los norteamericanos porque no tienen tradición, se me hace tan estúpido como reírse de un adolescente porque no ha hecho fortuna o porque no ganó el Premio Nobel de Medicina.

La belleza es la eternidad de la alegría, y la eternidad no tiene principio, es decir no tiene tradición, como la alegría.

La esperanza está más cerca de los que no tienen el aburrido peso de la tradición (el cóndor recién nacido es tan hermoso como el que vieron nuestros abuelos; si todos no somos el hombre, nadie lo es). Por emocionante que sea una obra de Goya, la Providencia me tiene preparadas muchas sorpresas, por lo menos tan conmovedoras como las que me provocó Velázquez. ¿Por qué suponer que todo termina en Rembrandt o en Leonardo?

Hasta morir (y de esto no estoy seguro) no se puede hablar de lo máximo, lo último, el final.

Europa, reina de aguas estancadas, pretende seguir señoreando en la mar, y declara a los norteamericanos, que por no estar demorados por una tradición llegaron a la Luna, que la catedral de San Marcos es el punto más alto.

Me dan pena los pueblos de tradiciones ya decididas como sus límites de belleza y creación, es decir los que no tienen más remedio que volver los ojos a Raphael y a Michelangelo, a Rodin y a Shakespeare.

El Duomo de Florencia, *El triunfo de la muerte* de Brueghell, *El jardín de las delicias* del Bosch, son los límites del europeo, no de toda la humanidad, por bella que sea la catedral de Lincoln o el Museo de los Impresionistas, por alto que sea su vuelo, por profundo que sea su mensaje.

Bacon o Modigliani no pueden ser un ejemplo para los norteamericanos porque no son "su" Modigliani o "su" Bacon. Los europeos sufren su gloria, construida sobre los pájaros negros de las catedrales y la dorada Venecia; esta pesada fiebre está llegando a su hora crepuscular, en tanto los norteamericanos sueñan con el ayer de Europa y los europeos no se permiten la alegría de imaginar el mañana de los norteamericanos, que deberían dejar a aquellos librados a la condena de sus monumentos,

Los humanos no tienen límites; de los europeos son esas catedrales de las que no pueden escapar, pero Colón salió en dirección contraria para poblar un continente de gente que va y vuelve del espacio.

Mi amigo Paul Stevens es feliz porque no tiene tradición que lo ahogue con sus monumentos, como Grecia, de la que se burlaba Egipto, como Roma antes de las luces.

Amo la belleza clásica y acepto de buena gana los homenajes que se le hagan, que el tiempo la respete pero no que los hombres la santifiquen de tal suerte que olvidan que el alma es el padre de todas las cosas, que es el que eternamente revoluciona para que no perdamos de vista a la única realidad, que es el presente. Acepto al abuelo que absorto contempla las bellezas de sus contemporáneos, pero debemos reconocer que son las piedras, preciosas pero piedras al fin, que conforman el camino donde los jóvenes se apoyan para caminar su época y, si es posible, volar al futuro. Por bellas que sean las catedrales y las obras de Rivera o Corot, son hojas que cayeron del árbol de la historia del hombre, hojas que, como ninguna, alimentarán el fuego de la vida.

Lo que necesitamos los países jóvenes es inspiración, no los monumentos de la tradición, y la inspiración no se alcanza con cultura o tradición; para tener inspiración hay que tener fe, no la fe pública, exhibicionista, de los sectarios, sino la fe natural y eterna que nos hace levantar cada mañana de la cama, la fe que nos hace creer en el destino (ese misterio).

El mañana es un compromiso oscuro, profundo y extraño, no una pieza acabada, como el pasado; el mañana es el punzante apremio de nuestra juventud, la misma que nos llevará a la realización que encierra toda preñez. Sería suicida negar este impulso, que supera a toda tradición, a cualquier monumento que pretenda ser patrón y ley.

No es bueno ni sensato buscar apoyo en las perfecciones del pasado; hay que buscar en los misterios de lo irresuelto. Que los africanos miren al África y los norteamericanos a Estados Unidos, porque al alimento del futuro se lo busca en los graneros del presente, no *del* pasado, el pasado que narcotiza mortalmente.

Nuestro espíritu está en nuestro continente, en lo que despreciaron los conquistadores, los mediocres invasores que nos creyeron maldecidos. En ese diablo que ellos temieron está nuestro ser, en el aborigen salvaje nuestra identidad, en sus dioses nuestro Dios.

Ahí, detrás de lo oculto por la aparente derrota, está la divinidad que, suicidamente, buscamos en Europa.

Tomemos la vida donde la dejaron los mayas, continuemos a los incas, al Tutul Xiú, al Pacal que poco o nada conocemos. Recuperemos la sangre que derramaron los asesinos como Cortés, busquemos en Moctezuma, no en Sartre; allí encontraremos la razón que nos puso en este presente que no podemos eludir.

Los americanos debemos perfeccionar esa vital forma de vida; esa es nuestra responsabilidad, la tarea que nos salvará de los europeos y sus dogmas empolvados. Esto mejorará nuestra sensibilidad y liberará a nuestros sentimientos de los moldes impuestos por las bellezas y las luces del pasado europeo. Seamos conscientes de que nosotros podemos ampliar la vida porque somos nuevos, porque tenemos al acto que corresponde al presente.

Fluye la literatura en el diálogo y el amor en todo porque hablo con Marie, siempre aguda y veloz, eléctrica turbulenta, embellecida por la justicia, como la Eva Perón que me escuchó en un Buenos Aires hostil, demasiado preocupado por sí mismo.

Su mente y su cuerpo se incendian a la vez, provocados por el viejísimo espíritu que la habita, que se divierte tanto como yo cuando Marie se disfraza para festejar, noche a noche, el día en que se cansó de que la alejaran de su verdadero yo y eligió la libertad, el duro pero hermoso camino a uno mismo.

Marie me gusta y emociona, y no dejo de decírselo (tan pocas veces me sucede que sería tonto callarlo cuando ocurre).

Las imágenes del diálogo nos elevan a planos donde la luz es habitual, donde Borges no dudaría de su talento ni se lo adjudicaría. También el cuerpo de Marie está preparado para semejantes vuelos, pero sería de mal gusto hacerlo público.

Marie sufre porque la prosa está ocupando los estadios de la poesía, que ya no encuentra hombres capaces del sublime esfuerzo de convertir los acontecimientos ordinarios y naturales en altos símbolos, en mitos elevados, que eso es la poesía que enaltece lo que nombra.

La poesía es el corazón del mundo, dice Marie, corazón que encerramos en la caja de madera del arte y enterramos en los jardines maldecidos por el progreso, es decir los suburbios.

Me alejé de la sociedad, dice Marie con el desgano más sofisticado del mundo, para dejar que la paz me crezca en el amor universal, para poetizar los miedos de mis días y los fervores de mis noches. Sin darme cuenta, abría la puerta al terrible pero generoso maestro que es la soledad; me había encerrado en una celda, pero acompañada por el mismísimo Dios. Lo absurdo era que estaba tan bien que se me hacía estúpido escribir; allí empecé a enamorarme del secreto de las cosas y abandoné la trivialidad de la búsqueda.

Con Marie subimos a un mugriento tren que se arrastra a través del desierto, alimentándonos con sobras carísimas al sur de El Paso. Nuestro vecino de asiento nos mira con desdén desde su vulgaridad pretenciosa, agravada por la asquerosa viruela que ofende a los pasajeros del vagón lamentable que me recuerda, lamentablemente, al que alguna vez me llevó a Calcuta.

Hasta aquí nos trajo un tren pulcro atendido por camareros pulcros y negros.

Hasta aquí quiere decir antes de cruzar el Río Grande, aclara Marie.

Antes el orden, ahora el caos, digo.

Espero que la blasfemia no nos estrangule, ruega Marie.

A pesar, o a causa, del orden, Estados Unidos pone en tensión nuestros nervios, en tanto México enciende a nuestros temperamentos, cosa que preferimos, aunque nos cueste más de un enojo la tranquilidad pasmosa de los mexicanos, el "ahorita" que casi siempre es jamás.

—De todas maneras, Marie, el plexo solar, que en Estados Unidos estaba tenso, aquí se relaja y comienza a entender la vida como un juego.

En Estados Unidos fueron generosos conmigo, dice Marie; no me golpearon, no me insultaron, no me robaron, no me mintieron pero, a pesar del respeto y la simpatía, me ponían nerviosa. Tal vez

fue el exceso, el injusto, el inmoral exceso que hace mal a cualquiera, o tal vez el espíritu competitivo del país.

Antes de Río Grande la tensión, después la furia (la ineficacia de los camareros de este lado nos exaspera, los del otro lado nos calmaban con la eficacia).

Allá somos admiradores, aquí emocionados; de todas maneras, allá y aquí, es decir Estados Unidos y México, son lugares extraños, aquel voluptuoso, este esotéricamente extraño...

—Más le cabe misterioso...

—Tienes razón, Marie.

Entre ametralladoras y colmillos la frontera, donde la serpiente de cascabel se enrosca en una democracia mas deportiva que política (parece un solo y peligroso animal que abriga al águila calva que deja los huevos que no le interesan en las piedras que susurran la eternidad maya).

México es el altar de la pagana América del Norte, un anillo de oro en el gigantesco desierto de plástico; México son los templos a punto de desplomarse, el lugar donde todo se oxida y enferma rápidamente para apresurar los juegos, las mutaciones de la vida para el alimento de la muerte, los indígenas de espaldas a la cruz y de frente al sol, el lugar dilecto del Pacal y el Tutul Xiú que hubiesen sido los mejores cómplices de Juan el Bautista, que fue uno de los mejores cómplices del Jesús que no hubiese juzgado a ninguna de las mujeres de Pancho Villa que, según la dilecta, a quien conocí en Chihuahua, era tan macho que se merecía las mujeres que tenía, no como los ciudadanos que ni siquiera se merecen la media res que llevan colgando del brazo.

México es el lugar mágico, es decir sagrado, donde los indígenas conocen a sus dioses; ninguna civilización logró opacar a Quetzalcoatl, alcanzar las plumas de esa gigantesca serpiente. México es el país donde todavía el cáliz popular se llena con sangre, donde la fealdad es el alimento principal de la estética, donde todo se retuerce, se muerde entre peces y flores detenidos por la eternidad en las piedras de las pirámides y los gigantes de Tula. Aunque los antropólogos sigan hablando de las bellezas de los dioses, sus mitos sangran, duelen, estrangulan el alma de cualquiera, liberados del sexo que capitaneó en el antiguo Mediterráneo.

Entre artificios de dragones y malabarismos chinos nos llevan de la perplejidad a la comicidad. Las supersticiones españolas que llaman templos tiritan entre los cactus que rodean a las pirámides que se yerguen tan naturales como los cerros, es decir que los invasores caerán estrepitosamente y los hijos de los dioses seguirán pensando a los astros por la eternidad.

Al lado, Estados Unidos es calmado y adaptado al mercado por los psicoanalistas, aunque sabemos que debajo está el antiguo dragón esperando su turno para salir al mundo exterior y acabar con lo poco que queda en pie.

En México, una plaza es un templo y un mercado un teatro, despiadado, absurdo, excitante. Siempre hay una fecha, un soldado o una santa que festejar con música y oraciones y tequila y tacos y tiros; siempre hay algo que celebrar, tal vez para quedarse quieto un rato o para gritar la rabia de siglos, el rencor del maya, del campesino o del obrero, la desilusión de comprobar que el futuro es inalcanzable, que los nuevos dirigentes no tuvieron más remedio que mentir como los viejos. El festejo da la oportunidad de calentarse en el presente querible por tocable, la danza una forma de cansar lo hastiado, la bebida una manera de callar a la dignidad que no perdona que hayan disculpado a los que se aprovecharon de su bellísima inocencia. Cada colonia, cada institución, cada sindicato, cada secta religiosa, cada nombre tiene su fiesta. Entre el rosa mexicano y el azul añil (que viene desde el precolombino), dinero y tiempo se invierten con peligrosa generosidad para las ceremonias con que se celebran los mexicanos, so pretexto de guerreros o santos. Cuanto más fiestas populares, más pobre el país; los países poderosos no tienen tiempo ni ganas ni nada que festejar, por eso no tienen personalidad, el confort los hace iguales a cualquiera. La pobreza le da carácter y singularidad a un país; los ricos no necesitan celebrar y, cuando lo hacen, es en grupos pequeños, con los cercanos, los iguales, o aquellos con los que quieren hacer algún negocio, unos pocos solitarios que se reúnen de vez en cuando.

En México se ve permanentemente al pueblo, a la raza que no ha sido borrada ni siquiera físicamente, la que se declara en los músicos callejeros, en los mercados donde aun en el comedor más humilde hay músicos, en vagabundos como ese que lleva lo recogido en un automóvil de plástico amarillo para niños, en las bicicletas donde cuelgan innumerables muñecas de colores y luces de todo tipo, en aquella pared rosada de ciento cincuenta metros de largo, en los árboles

debajo de las veredas, en plena calle, en los policías de tránsito siempre listos a ser extorsionados, en los colores desafortunados de las casas, en la variedad de los panes.

Aquí, el individuo estalla sólo por momentos; enseguida se pierde, se diluye en el colorido mar de la comunidad mexicana. La fiesta es la lujuria del mexicano, su única posibilidad de escapar de su pobreza y respirar amplia, musicalmente. La fiesta lo contenta como el café al hombre de Buenos Aires y las vacaciones a los europeos.

Sea lo que sea que se festeje, la fiesta del mexicano es un ritual religioso que lo hace cantar, gritar, emborracharse, disparar su pistola, diferentes maneras de que estallen los mejores fantasmas de su espíritu.

Por ahí anda Arreola, que tiene la generosidad del poeta.

Vive con él, puro sentir, como un niño enamorado que se continúa en lo que lo rodea (Whitman hubiera sido su amigo; me los imagino caminando juntos, tratando de descifrar a los herméticos y al canto de las aves).

La poesía, esa misteriosa hembra donde el espíritu se deja ordenar por el intelecto para embellecernos las cosas, lo lleva a la calle donde nace la prosa.

Por ella anda contando arañas y claveles, averiguando ríos y duendes, confirmando la artesanía y la fiesta. Arreola se anima a todo, incluso al aire bullicioso de la vida pública. Paladea con gusto las palabras que darán forma a sus alucinaciones y a sus pesadillas; creo que podría convencerme de que el incendio de mi casa es un magnífico espectáculo, que sin ese terremoto que nos divide la ciudad en dos es imposible la ópera y el ballet, que el apocalipsis es solo un verso del poema.

Desordenado y rico, Arreola me reconcilia con cualquier cosa, que es lo que importa en esta feria que nos une casi tanto como el delirio.

Me acuerdo de Concepción, a la que alguna vez alguien amó, pero hace mucho, tanto como si nunca.

En el momento preciso en que se preña la tierra, una nostalgia infinita la puebla de tal suerte que ni siquiera su sombra la confirma en este mundo. Todos los días, en medio del bosque, sueña con un lecho de hojas donde todos la posean.

Igual que a tantos, el hastío la lleva al trabajo donde pretende agotar lo inagotable, consumiéndose en lo que no ama, pero en vano; la criminal costumbre de la tristeza separa en dos a la única pena.

Nadie estuvo ni estará tan solo como la pobre Concepción; alguna vez su bienamado no llegó a la cita, y ella se quedó esperando en el templo su condición de señora. Así pasaron los años, por costumbre unos tras otros, y ella siguió por el pueblo con su vestido de novia raído y sus flores marchitas y la fotografía del que se llevó el camino.

Nadie estuvo ni estará tan solo como la pobre Concepción, que llora y llora mientras los niños le gritan loca y le arrojan piedras, y las señoras se ríen de ella, felices de ver que hay alguien en peores condiciones aún, que es mucho decir.

Si existe la soledad, solo lo sabe Concepción.

Concepción era hermana de Blas, que no podía ver un espacio blanco; por eso el pueblo está lleno de sirenas, gladiadores, dioses y un legendario monje que es la razón de esta crónica.

Desde mi adolescencia a estos días, la pared donde fue pintado el monje ha servido a muchas inquietudes, a saber: fue apoyo de una farmacia donde Dora terminó con su pobre vida gracias a un purgante para caballos, reparo de una talabartería donde mi padre compró la silla que puso en el lomo del caballo que lo alejó de nuestra casa para siempre, costado de un pensionado para señoritas donde Elena perdió su juventud, sede del sindicato de canillitas donde escuché por primera vez el nombre de Severino Di Giovanni.

Muchas veces le perdí el rastro a la pared donde Blas pintó al monje que tantas cosas me sugería; en mi pueblo, el poder y las paredes cambian de lugar con tanta frecuencia como las preferencias políticas de los burócratas. Una vez la encontré, gracias a las pesquisas que realizó Matías, el taximetlero, en la Casa de Placeres que regenteaba doña Clotilde Guerrero, que alguna vez fue mujer de un solo hombre.

Siempre la busqué, siempre la encontré, siempre volví a perderla... y siempre sospeché, intuí que volvería a encontrarla, que nunca desaparecería totalmente, que habría, en nuestro extraño

pueblo, un lugar u otro en que descansaría de los constantes cambios. Sería entre las prostitutas folklóricas, entre los escribanos que se repartían las cosas mientras bebían el café quemado del bar Unión, o donde fuere.

Es alucinante la manera en que mutan las cosas del pueblo; es fascinante el extraño destino de las puertas, las ventanas, las cocinas de las casas, los postes telegráficos de la avenida central. Es como si los sillones y los techos tuviesen vida propia, independencia, más allá, mucho más allá de los hombres que los hicieron; por ejemplo: Ernesto, el que se escribía con la viuda de Pancho Villa, se pasó media vida buscando un inodoro que, de la noche a la mañana, desapareció de su casa.

No hay cosa muerta en el pueblo; cualquiera cambia de lugar y de forma con un desparpajo que asombraría al mismísimo Ray Bradbury.

Solo los dueños de las cosas pasan sin pena ni gloria por la vida. Creo que este asunto viene desde los primeros momentos del pueblo, los viejos cuentan que la alcaldía fue el primer cementerio (lo curioso es que sola fue transformándose en la bella casa de gobierno). El ómnibus que cruza el pueblo fue un quiosco, la Plaza Central el jardín de un millonario que se fue empobreciendo sin que ni él mismo se diera cuenta; yo mismo fui un hombre, antes de convertirme en este aburrido ciudadano que, contando las cuestiones de su pueblo trata de salvar se del tedio de la rutina.

Los suburbios son lo más querible de las ciudades; en ellos viven aquellos con los que tengo algo que ver. En los rincones despreciados de las ciudades encuentro a los marginados por los usurpadores; solo en los costados hay creación y personalidad, porque en el centro sólo hay mercaderes que venden lo que nunca harán, y político que son accionistas de los perdedores, que les permiten, si son votados, vivir con los triunfadores, es decir los que usan a los pobres para vivir con los ricos.

Solo en los suburbios se encuentran hombres y mujeres interesantes; además, hay más dignidad en la derrota, cierta atmósfera sagrada en los pobres.

Los ricos son iguales en Buenos Aires, New York, Madrid o Hamburgo: el mismo Mercedes Benz, el mismo Rolex, el mismo Dior, las mismas mujeres y el mismo patrón: Estados Unidos de Norteamérica.

Los extranjeros más extranjeros están en los suburbios porque los otros, por culpa de Freud, que aún no ha nacido para los pobres, se adaptan.

Ya en la construcción precaria de sus casuchas hay olor a poesía, una dura pero real sacralidad que se ve en la convivencia de viejos, jóvenes y animales en un solo cuarto, la letrina común para todo el barrio, el agua que hay que traer de tan lejos, las revistas que leen (los que saben) cuando ya son viejos, los periódicos que solo sirven para forrar las mesas y los cajones de manzanas que sirven de armarios.

En las calles sórdidas hay más humanidad que en las avenidas iluminadas; calles llenas de desechos por donde crecieron Charles Chaplin y Henry Miller, calles que conducen a la quema de basura, a las fábricas o a los muelles que hicieron de Blaise Cendrars un hombre y de Tanguito un suicida, las que provocaron la obra de Celedonio Flores y el éxito del peronismo.

Nadie puede sanear un suburbio; por eso sigue habiendo vida en ellos, en su más verdadera y elemental acepción, como nadie puede sanear los centros de las ciudades, es decir acabar con los parásitos que las pueblan.

El crepúsculo embellece a este suburbio de Rosario formado por los que llegaron con nada para nada; a esta hora es una visión nueva, violentamente sinfónica, la luz hace más sutil a la pobreza, que se torna suave y palpable, sensual como esos muchachos que buscan al viejo puente para amarse debajo de él, como esa viejecita que sigue viva porque no encuentra lo que busca, como ese perro que ya no tiene a quién ladrar, renuncia que puede lograr el milagro de la felicidad, como la comprensión que tanto respetan los hinduistas, la aceptación de los planes de la Providencia. Oponerse, crear o buscar un cambio es condenarse a un eterno sufrimiento, a una lucha inútil, a una eterna insatisfacción porque jamás alcanzaremos nada pues en un infinito no hay qué alcanzar, y en una eternidad no hay nada que esperar (acepta y comprenderás que la única sabiduría es aceptar; además, no queda otra posibilidad).

La luz del crepúsculo acaba con la suciedad y el amontonamiento del suburbio, el polvo comienza a calmarse lenta, wagnerianamente (si pensamos en la muerte de amor de Tristán e Isolda). El monstruo que conforman las casuchas al mediodía y de lejos, se convierte en un tendido Juan el

Bautista (si fuera posible calmarlo) por gracia del crepúsculo; las palomas revolotean sobre las chimeneas que calló el Proceso y alrededor del baldío que mañana será una plaza para conformar al político demagogo que creía deber un homenaje a Carlos Gardel o a la Eva Perón que jamás entendió, porque para entenderla había que trabajar en los frigoríficos, no estudiar en las universidades.

La grandiosa sencillez del suburbio me excita de una manera sublime, como el solo recuerdo de la madre Teresa y las bagualas con las que Simón alcanzaba estadios superiores; esta es una síntesis encantadora que no se merece la ciudad pretenciosa, insolente e injusta, donde pelean para alcanzar lo que de todas maneras joderá a los demás, donde enseñan, a sus hijos a consumir y competir, no a convivir y crear, donde los políticos se preparan para distraer a los trabajadores de la verdadera revolución, que es revolucionarse (con su permiso, señor Krishnamurti).

En el suburbio se suda, que es la más honorable manera del llanto, o la más vital manera de vencerlo (lloran los que no tienen nada que hacer, diría Ornar, que conocía como nadie los suburbios).

No hay nada más familiar para mí que los suburbios, nada tan íntimo, tan nostálgico para mi corazón (muchas veces sueño con ciudades todas suburbio, con linyeras y bolseros en lugar de escribanos y secretarias bilingües, con lavanderas y afiladores de cuchillos en lugar de psicoanalistas y corredores de seguros; entonces serían queribles y verdaderas las ciudades, sería más suave el veneno, se distribuiría la miseria, se compartirían las pestes; la alegría y el dolor correrían por las venas de todos, las calles rotas y tortuosas impedirían la presencia de los automóviles importados, de sus industriales y sus generales).

Fuera de los suburbios es todo masturbación, abstracción, geometría fría, rigidez inútil, hipocresía, donde cualquier cosa se vende con culos que nadie fornicia violentamente, como el changador a la sirvienta en los catres desvencijados de los suburbios, porque solo en ellos se siente el terrible pero excitante calor humano, los olores, los suspiros y los gritos, las borracheras y los dolores profundos, los partos con dolor, los veranos y los inviernos.

En los centros de las ciudades se sobrevive entre artificios hasta morir, se maquillan los cadáveres y se embanderan las calles festejando a la patria a la que jamás darán sus vidas, se convierte todo en dólares que se esconden fuera del país, se depende de los transistores y todo es descartable como los billetes de los ómnibus.

En los suburbios se crece y decrece como los animales y las plantas, como ellos se lucha minuto a minuto, el tiempo es vital, es más un enemigo que un socio, la presión puede matar, el aire puede salvar, el hacinamiento frota hueso con hueso, y ese acercamiento logra el milagro de que la esperanza sea tan física como espiritual, y la contaminación, más que traer el peligro, nos acerca a la hermandad, carajo, piensen en el pueblo chino y en el pueblo indio.

En las hogueras de los suburbios somos cardos que ardemos permanentemente, Facundo, en el medio de llamas que un día no muy lejano acabarán con los muros y las autopistas con que nos separaron los que borraremos de la faz de la Tierra.

Muchas veces trajiné los suburbios de las ciudades del mundo con la mente en blanco, entre el humo embellecido por el crepúsculo violáceo y las ventanas sin vidrios y las puertas de arpillera desde donde me asaltaban sensaciones que no sentía desde la niñez, que también sucedió en los suburbios de la provincia de Buenos Aires.

En los suburbios todavía conviven las ratas y la tuberculosis, y hay templos tan pobres que las únicas imágenes son reales, por ejemplo los niños que invaden los atrios y los viejos raquíuticos que solo buscan comida, lo que me hace pensar que todo gordo que sigue a Jesús es un farsante.

En los suburbios todo es de emergencia, desde las calles a las casuchas; en los suburbios todo es momentáneo, hasta el hambre, que depende del economista de turno. En los suburbios se mezcla el perfume del jazmín con el olor del estiércol y la cebolla, el arroyo putrefacto con la salud de las rosas y las calas; allí se arrastran pies con chancletas que arrastran a niños descalzos con cabezas rapadas para demorar lo más posible la vuelta a la peluquería y los piojos. Allí la lógica no le sirve a nadie.

Hay otro sudor, tal vez el más importante, que es el sudor sexual (el sexo es la única fiesta gratis, con el auxilio del espiral, por supuesto); está suspendido permanentemente entre la piel y el aire denigrado por el hollín. Huele a mamífero, al Egipto de los faraones, a los baños públicos, a las mañanas de San Francisco, a las madrugadas secretas de Santa Clara; es como un pesado incienso que desde la noche invade al día, la hoguera desganada que incendia las siestas de los desocupados y los borrachos que, gracias al vino barato, logran escapar de la realidad, esa maldita entrometida,

diría Macedonio Fernández, adicto a los suburbios que le hicieron ganar el respeto de Jorge Luis Borges.

En los suburbios nadie está a salvo del sexo, ni siquiera los locos, los viejos y los mogólicos (es la riqueza que el poderoso envidia a los pobres). El sexo roza a todos en los suburbios, porque toda camisa, todo vestido y toda casucha huele a cama, a madrugada lujuriosa, a manada morbosa y desatada por el Diablo que, con el sexo, vence fácilmente al Dios demasiado distraído en los barrios caros como para señorear en los suburbios.

Entre el sexo y la lluvia forman un lodo lascivo del que no escapa el jornalero y su corte provinciana, la ex enfermera y sus boxeadores atontados por los golpes de los malditos sábados en que había que entretener a los que tenían trabajo seguro durante la semana.

El sexo te invade a cualquier hora, no importa si estas en la mitad del guiso de porotos o clavando la silla del verdulero o cosiendo la camisa de siempre para las vacaciones de nunca; el sexo señorea en la cabeza con brillantina y estalla en los sobacos descuidados, en medio del juego de los niños, entre la maestra ad honorem y el bombero voluntario, mientras la Tierra gira y el verano es sofocante.

No hay terreno más propicio para el sexo que los suburbios; hasta el polvo y el hambre lo proclaman, lo llaman a los gritos desde los colchones tirados en el suelo y los rincones ablandados con hojas, cruje y se balancea en las vigas de los galpones abandonados, rueda y gime, gime y rueda el sexo sin pensar en nada, brutalmente en los cementerios de automóviles, ciega, homosexualmente en los baños de las estaciones de trenes.

Me acuerdo de los navajos, que creen que hay doce mundos debajo del nuestro, y que el águila no debe ser molestada porque es sagrada. Aprenden a vivir de los animales, por eso no matan a ninguno, salvo que moleste al águila.

Crían cabras y borregos; estos últimos llegaron con los españoles, y a veces tienen cuatro cuernos. Viven en chozas de troncos cubiertas con tierra roja para no romper el paisaje, para confundirse con él, con puertas que siempre dan a Oriente.

Para los navajos, el viento, el trueno y la lluvia son dioses que, con la primavera, nos enseñan que la esperanza renace en cada acto de la Naturaleza, que es nuestra madre, y que dando lugar a la belleza se echa a la fealdad (por ahí anda el jabalí desconcertando al puma por su desfachatez, su falta de respeto al amo de la zona, precisamente llamada el Cañón del Puma).

Vengo de una antigua raza, siempre de pie, casi de piedra; todavía huelo el alimento de mis abuelos, que viven en mí. Todavía siento en mis manos la suavidad de sus telas brillantes... ¿por qué recuerdo esto ahora? Tal vez porque la calle Córdoba, la peatonal de Rosario, está invadida por vendedores ambulantes que aprovechan que los inspectores municipales están en huelga.

Como en las ciudades de mis abuelos, los mercaderes turban la tranquilidad de la siesta con plumas y sombreros de exploradores que jamás llegarán al África, peines y canastas de llevar lo que se pueda, alfombras que no disimularán la pobreza, fotografías de ídolos que nos distraen de nosotros mismos, encajes inútiles y libros idiotas, una antología de cosas estúpidas que tiemblan tímidamente entre el viento y los mismos mosquitos que hartaron a nuestros antepasados, las parientes que no cambiaban el lenguaje ni las canciones fáciles, que solo languidecían, indiferentes, que se consumían cuidando que no se escaparan los pájaros de las jaulas ni las hijas mayores a las que los muchachos les olían el celo desde muchos kilómetros a la redonda.

Las putas del Hollywood Boulevard de Los Angeles, los gamines (los niños ladrones de Bogotá), los rancheros mexicanos, los conserjes de los hoteles del mundo, las enfermeras, las cocineras, las mucamas que me sirvieron amorosamente, los camareros de los restaurantes con los que hablé del tiempo, de Perón y de los ricos, los porteros compinches y las telefonistas cómplices, los camioneros serviciales; viviendo con esta gente aprendí que la creación es singular, no plural, es decir que lo que les sucede me sucede, que lo que me sucede les sucede, que no debo ofender y ofenderme al dar lo que no se me pidió, y que solo los inferiores se sienten superiores.

Mi experiencia es una masa cruda, tosca, refinada por ardua y verdadera, algo que sólo un gigante podría digerir, y que yo, a lo sumo, con el auxilio del arte, a veces puedo escupir.

Esta carga que me han encomendado deberá llegar al punto que aún no me confiaron para estallar y destruir y comenzar todo de nuevo, tal vez solo para volver a gozar el momento en que el soldado francés escapa de sus carceleros nazis, *La consagración de la primavera* y Cadaqués, las oraciones y las velas ardiendo por el Ganges, la Gracia que se me escapó casi de la mano en aquella Nochebuena del Belén donde naciera el que, según Cendrars, fue el poeta de lo surreal (el sol brilla en lo alto, la gente corrompe y chilla, llena de pánico; quemo los cuadernos donde escribí los últimos catorce días y los libros que me quedaban y me siento en el peor banco del parque Independencia de Rosario a esperar el anonimato con Juan Patrono, amante de la multitud, agotador de noches, fornicador impenitente, fanático de los teatros subterráneos y de Carmen Sevilla, príncipe de tercera clase, el huérfano más querible y brillante de Rosario).

En su renuncia muere todo, después de él es inevitable alcanzar al nuevo espíritu, al águila que remueva las furias de la Vida).

Los negocios ofrecen venenos, el smog mantiene la atmósfera para que continúe el carnaval del suicidio; vagabundeo por barrios olvidados por la Providencia, entre la desocupación y el abandono, campos de cultivo ideales para los políticos que, desde el centro de la ciudad, tienen algo para distraerse de sus miserables vidas de abogados y sus inútiles y frías mujeres.

Al fin y al cabo, unos y otros son parecidos: la desolación los asemeja.

Cuanto más grande y ostentosa la ciudad, peores sus arrabales, sus periferias mugrientas, ese cinturón de miseria que provoca el exceso, el desequilibrio de la balanza, los conquistadores y sus asesinos, los terratenientes y sus militares. Son terrenos ulcerosos donde los perdedores se amortajan entre escombros y desperdicios que van desde muñecas de plástico a lavarropas que ya no funcionan, basura que los más desesperados toman de los más hastiados.

Este es un espectáculo terriblemente formidable, miserablemente poético, desesperanzada obra de arte que vaga entre el absurdo y el surrealismo, entre el dadaísmo y el hiperrealismo, porque nada tan lata de cerveza como esa que yace pisoteada y oxidada, nada tan secador de pelo como ese secador de pelo con el que juegan esos niños que solo milagrosamente pueden salvarse del rencor que los hará ladrones, suboficiales del ejército, boxeadores, guardaespaldas o jugadores de fútbol.

Esta es una desolada sinfonía, descaradamente desnuda, insensatamente realista, algo que destruye y cura al mismo tiempo (no hay purificación sin destrucción, diría Borges). Aquí, la Historia pasa lentamente y sin cambiar nada, o solo aumentando la pobreza; deja algunos mártires y una montaña de desechos del Progreso, del desorden que aquí provoca "el progreso en orden", y da la espalda a la multitud raquítica y desdentada que solo interesa como mano de obra, como público en los estadios de fútbol, como votos en las elecciones.

Aquí los dejamos, aquí se irán muriendo anónimamente para inspirar canciones que dejarán fortunas y páginas como esta, que no leerán, preocupados por sobrevivir, ellos, que enriquecen a sus ídolos y a sus patronos, que calman a las señoras de las sociedades de beneficencia que, de vez en cuando, para descansar del templo y los psicoanalistas, les arrojan un pedazo de pan o una camisa.

Ellos, la sal de la tierra, no se sientan a la mesa; solo lavan los platos.

Esta mañana es como un espejo donde se juntan, sin conflictos, mis peores y mis mejores recuerdos; algo me sacó de encima a la terrible noche anterior donde sufrí las incomodidades del postoperatorio, y me puso de pie para el Cuento que comienza con cada día.

Desde el balcón del departamento donde Sylvia no deja de buscarle sentido a su vida en las ecuaciones de la ciencia, veo salir al sol, levantándose y levantando al Rosario al que no sé qué ángel disidente me trajo (los ángeles son los putos del cielo).

Todo lo que hice alguna vez tiene sentido en este momento; se van uniendo y fundiendo los actos más contradictorios de mi vida de vagabundo, desde las horas de búsqueda más activa a los días de dejarse estar, de abandonarse a la holgazanería y el placer, al transcurrir porque sí. Con alegría, compruebo que siempre estuve donde estaba la vida.

La luna impresionista pasa desapercibida para el boulevard Oroño, demasiado figurativo, en tanto Alfonsín no sabe qué hacer con los que no saben qué hacer.

Llegan de todos lados los datos de la tarea que la Providencia decidió para mi vivir en este morir que es la existencia, ya no tengo salidas de emergencia a mano, los pretextos se me caen de la cabeza y la conciencia los pateo hasta verlos caer por la alcantarilla, ya te lo dije mi amor cuando nos conocimos, y yo no soy bruja, por supuesto que no, si no me ayudarías a escapar de esto, del no

quisiera estar en su lugar del cura que se me acercó en aquella radio de Córdoba, y tenía razón, todo crece vertiginosamente hacia la estadística para que se equilibre con la ética que hace tiempo trabaja para la magia que decide que el lugar en que yo me detenga sea el epicentro del cambio, por eso mejoró el tiempo cuando usted llegó, maestro, tenía que estar todo bello y sereno para que estallaran sus palabras sin obstáculos, señor Cabral que vino a decidir el principio de la libertad que posibilitará el cambio total para no seguir al margen de las mutaciones del universo que se me mete por todos los poros para declararse a través mío, señora, y esto no puedo entenderlo, aunque eso explique que me sigan los muchachos, que las muchachas dejen de ir a bailar para escucharme, que los mayores lloren, que todos ellos con dos mil más llenen el cine Ocean de Bahía Blanca para cantar y orar y ponerse de pie a cada instante para ovacionar los asuntos de mi canto que hizo que el periódico La nueva provincia se preocupe tanto como para aconsejar a sus lectores que no vayan a oírme porque yo era peligrosamente nocivo pero parece que le salió mal porque se excitaron más, deberían haber recordado que siempre sucedió así, toda prohibición añade combustible a las llamas, proscripción igual a resistencia, y en plena democracia es más absurdo aún, la gente ya está cansada de que les dirijan los gustos y que le cuiden la salud los hijos y la independencia, ya los viste en las puertas de Jerusalem, invencibles por desarmados, despiertos por el hambre que siempre toma la decisión, había inválidos y ciegos y campesinos y mecánicos y ricos y pobres, yo vengo de Santa Rosa hice trescientos kilómetros para verlo, Dios lo bendiga maestro, por favor no te mueras nunca, grande grande más que grande, bendita sea la mujer que te trajo a este mundo para decir lo que dices, ya ven señores de *La nueva provincia*, no se puede contra la historia, ella decide los cambios, las épocas, y se acabó la de ustedes, debía acabarse, aguantaron demasiado para no tener ninguna propuesta, ahora siento que yo estaba más lejos de ustedes de lo que creía en los aciagos días del Proceso maldito que apostó a la tierra los hombres y el aire, les tengo lástima porque perdieron media vida por el miedo y parecen dispuestos a perder la otra mitad en criticar a los que no tenemos miedo, mucho menos a las palabras que encienden a las hogueras de la vida, esta vida donde alguien me grita desde un automóvil te agradezco que hayas venido a sacarnos del terrible pozo de los prejuicios, esta vida donde el encargado del cine me espera para tener con quién hablar de Krishnamurti o de su lejano Gijón donde bebimos tanta sidra con el querido Cafrune, donde peleamos tanto para que no nos aplastara la España que Franco usurpaba, esta vida que ahora me trae del Luna Park para que la estadística aumente mi prestigio cuando comienzo a ver al mundo y su gente con ojos nuevos, activa pero serenamente, sin perder el tiempo precioso de mis días en suponer lo que debería ser en lugar de gozar o esquivar lo que es, esta vida en la que me pusieron para distribuir la miseria, no la riqueza que envenena (vean alrededor), esta vida a la que vine para terminar con toda meta para llevar a mis hermanos a revolotear por la multidireccional, esta vida que será tan irrevocable en el mañana como lo fue en el ayer, esta vida donde no hay nada que no sea un punto en la línea con que la Providencia trama su historia, esta vida que lleva implícita en la partida el regreso, esta vida inflexible que tal vez para que respiremos el aire de nuestra voluntad nos da la chance del azar, esta vida entera en esta noche en que me aplauden al entrar al restaurante, es para que se te paralice la sangre, para que el corazón multiplique sus latidos, y más cuando costó tanto llegar a la gente, no se terminaban nunca los dictadores que se metían en el medio, parecían invencibles en el sillón que le malversaron a Rivadavia, seguros más que por los cañones por el miedo de la gente que si no tuviera tantas buenas disculpas como madre mujer e hijos, carajo...

Me acuerdo de que siempre estaba sentado sobre una pila de leña contando y recontando el carbón y las pocas monedas; siempre en la oscuridad, como en el Pontevedra de su Galicia natal, en silencio, arreglándose el enorme bigote; siempre haciendo el mismo viaje: desde el fondo oscuro del galpón a la luz de la calle; siempre recordando a la bala que mató a su padre y al tumor que acabó con su madre, las paredes del fondo agujereadas por los franquistas, el pueblo abandonado, el hambre que lo obligó a cruzar el océano y la España que no volvería a ver... mi abuelo.

Esta esquina de mis recuerdos podría llamarse nostalgia, con todo lo cursi que pueda sonar; una esquina donde junté lo que salvé de tantos naufragios sufridos con los que nunca conocerán una casa y las aves que comenzarán de nuevo a la primera ramita y sueños bajo techos de madera y entre la nieve y sobre la hierba verde alterada por las florecillas rojas en las cercanías de Kenia y al costado de naves que se hundían y camiones volcados y trenes descarrilados.

Aquí y allá restos de una esperanza despedazada, de una fe mutilada de la que escapa la vida en puntas de pie, de una voluntad agujereada donde ya no se puede poner nada que no sean restos de nidos y bancos de plaza incendiados y botes salvavidas desfondados y guardabarreras ciegos.

En esta esquina sobra espacio para un milímetro de libertad; junto todo en la palma de mi mano izquierda y lo golpeo con el puño de mi mano derecha. Ya deshecho, lo trago con esfuerzo, como si

fuese una hostia de hierro maldecido por el óxido, y desaparecen siglos de amargura y cenizas y crucifixiones y éxodos y miseria.

Sylvia, envuelta en el *Scheherazade* donde Rimsky—Korsakov mamó las mismas lujuriosas y sagradas tetas que Tchaikovsky, me calma y enciende al mismo tiempo para que crezcan árboles en las terrazas de los edificios flores en las tribunas de las canchas de fútbol, para que lleguen al tumulto los ciegos que vuelven a ver a las magníficas hormigas, para que los burócratas se animen a contrariar las leyes del Universo y, lo que es más increíble aún, las del Estado que los mantiene encadenándolos, que se cobra la seguridad que les da con la muerte en vida. Sylvia se va al costado más lejano de ella misma y desde allí baila para mí; los bueyes de su danza se llevan todo por delante, provocan estruendos que inquietan a la tierra que se apoya más que nunca en el río Paraná que, apático, desanda los días y las noches del cielo que por aquí no tiene dónde repetirse entero, y llueve, y deja de llover en cualquier momento, patrón, me decía el colombiano que se me cruzó en un costado de Medellín, cerquita mismo del lugar donde la muerte hizo colombiano a Gardel, usted sabe, y cómo no, estas cosas son de no creer, desde el presente oíamos el llanto del pasado que cuando fue presente se tuvo que aguantar semejante muerte, porque con ella moría toda una época, una manera de ser que no volvió a verse, por lo menos de este lado del Caribe, donde todavía nos zumban los oídos, el lamento de la multitud parece para siempre, no se apagan jamás las velas que se prendieron para señalarle el camino a la muerte, se pegaron a nuestra memoria de tal suerte que nos chamusca recuerdos anteriores a esa noche perra, patrón, en que la señora entraba al día más ancho del Dios que, sin ella, nos condenaba a las tinieblas más cerradas, las mismas que no nos permitían encontrar la nueva tierra, las que maldijeron lo que parecía una fiesta bíblica, decía aterrado el cura Domínguez Cela desde el pulpito al que solo subía para recordarla a ella, la que alguna vez llegó a esta tierra para calmar los olores nauseabundos de la inútil guerra, los temores con que el Diabolo se cobra los fervores del amor, para derribar las estatuas que nos inquietaban los sueños, para acercarnos al cielo de los pájaros y al silencio de las montañas, para alegrar las madrugadas de las muchachas que parían a escondidas de sus padres que oraban a escondidas de los patrones que lloraban arrepentidos a escondidas de sus siervos, para que tengamos dónde poner nuestro tenedor y nuestra cuchara, nuestras papas y nuestros abuelos y lo poco que quedaba de nuestras esperanzas, que solo cuando llegó ella volvieron a ser oraciones que desviaron más de una bala, patrón, más de una bala.

Tengo que decirlo todo ya mismo, si no estallaré; y después, me regalaré una temporada de silencio.

He pensado esto muchas veces, en los trenes, los barcos, los aviones y los automóviles con los que crucé los desiertos, las ciudades y los mares del mundo que hoy se sintetiza en este punto al que me trajo la Providencia: Bariloche.

Tengo que descansar de las bibliotecas y los museos, aun del Metropolitan Museum donde vi el vaso etrusco que está tan vivo en mi memoria como aquel pueblecito vecino de Arlés, que ahora es una tumba de piedra sobre piedra, pero a juzgar por los carteles y los faroles de las callejuelas que circundan al castillo que, por supuesto, está sobre la meseta más alta, debe de haber gozado de juergas a granel.

Sentado en el medio de la calle (creo que fue al final de 1972), me pareció ver a los cazadores y los pescadores golpeándose en las esquinas, a los mercaderes acuchillándose por algunas monedas de diferencia, a los halcones y los perros llegar hasta las mesas de las tabernas donde los forasteros vomitaban entre los enormes y blancos senos de las enormes y blancas putas que seguramente llegaban de Irlanda y Alemania.

Después de arrastrarse por el fango, habrán ido a buscar el perdón de sus pecados adonde el cura de sotana llena de manchas de vino, grasa de cerdo y menstruación de muchacha recién despierta a los juegos del amor.

Cuando llega la furia de la vida invade castillos y burdeles, oficinas y conventos, ministerios y hospitales, les incendia la piel a los ricos por descuido de los pobres y a los pobres por pereza, a los padres de la Iglesia y a los hijos naturales de los soldados norteamericanos que anduvieron por Vietnam.

A pesar de sentirme un hombre libre, siempre hay algo que me ata, sea la responsabilidad, las ideas, el amor que me encadena a lo amado o el odio que me encadena a lo odiado.

Me gusta meditar sobre mí mismo en medio de las groserías sociales; a pesar de no creer demasiado en la importancia de la existencia humana, tengo disciplina en mi vida. Gracias a esta disciplina pude soportar los tremendos golpes que recibí desde la huida de mi padre a la muerte de Barbra; ahora fecundo serenamente, y tal vez me destruya serenamente (el día es hermoso, las gaviotas vuelan sobre los lagos, el perro juega en las frías aguas, la nieve nos da una pausa para que Sylvia retorne a la urología y yo al Schuré de Los Grandes Iniciados, mientras Lino planea las futuras giras que, si llegan a New York, lo acercarán al Stetson que se tiene prometido hace unos cuantos años).

Estoy sentado en la cama de un cuarto de hotel en Bariloche, tratando de sacar lo que hay en mi mente para llenarla del Henry Miller, que siempre me deja trastabillando, aturrido, enfurecido, excitado, enamorado de todo lo bello y lo sórdido, lleno de desesperación, que, en su caso, es el éxtasis que solo los grandes pegadores pueden provocar con la violencia como Gandhi conseguía a través de la paz.

La habitación da vueltas por el Mundo sin que Sylvia, atenta a la urología que ya me está llegando al pene, se entere; sobre una finísima cuerda penden aventureros, genios, santos y asesinos, la Historia se desangra en una esquina para que Miller la convierta en un acto natural, bella, terriblemente natural, Cendrars se burla de la Muerte y vuelve a meterse en el Amazonas (está más parecido que nunca al retrato que le hiciera Modigliani), recupera su brazo izquierdo y sus dos piernas para pelear otra vez en las tabernas y la Legión Extranjera, para incendiar las noches de cualquiera con cualquier hoja que escriba, para jugar con los animales y las mujeres que tanto amó, para fumar todo lo que la ansiedad exija (qué lástima: debo dejar a Cendrars para ir al teatro de la biblioteca del Centro Cívico, que está lleno de muchachos y muchachas muy jóvenes, peligrosa, divertidamente jóvenes, que deliran cuando tiro abajo los muros que sus padres construyeron para separarlos de la Vida).

(Ahí está el viejecito de todas las noches en la esquina del teatro; me conmueve su cara, una cara verdadera mente tallada por el Tiempo, como las que vi en los mercados de Creta, Alejandría o Pekín.)

Las frases se infectan, se hinchan como várices edematizadas, como venas dilatadas por la furia (esa manera escandalosa del amor), se salen del texto como excrecencias; las propuestas de la realidad son tantas que me obligan a rodeos, a cortes, a detenciones y multiplicaciones y exageraciones como la de esta puesta de sol sobre el lago Gutiérrez, a escribir al margen, como si estuviera preparándome para el próximo libro.

Nunca guardé, y menos ahora, que la vida llega plena, que se me escurre de las manos, que se desborda del corazón, que embriaga a mi mente; entonces dejo que salga de mí todo lo que tenga que salir, desde las bilis a los cantos, desde las propuestas a la mierda.

Lo grotesco y lo ridículo se burlan de lo imposible; la noche se puebla de estrellas y mis páginas de ballenas.

Estoy eyaculando por todos los poros; las costumbres, a las que nunca accedí, se aterran. Estoy celebrando el nacimiento de mi independencia en medio del rebaño al que los guías de turismo llevan a las corridas de una porquería a la otra.

Las ideas no me dejan dormir; la vigilia, excitada por los sueños, se pone a trabajar cada día más temprano. Dormir ha dejado de ser un descanso; es como si recién ahora comenzaran a romperse los cascarones de los huevos que el mundo puso a calentar en mi cabeza y mi corazón: las noches en los desiertos de Negev y Sahara, el Mohave, el Everest y el mar Muerto a mediodía, aquellas tardes en el Teatro di Marcello, el Museo de los Impresionistas, Marcel Marceau, el Sacromonte de Granada, el Barrio de la Judería de Sevilla, el Taj Mahal, los derviches mendicantes, los rituales de Nigeria, Constantinopla, la Bahía de Kino, los tarascos del Michoacán. A veces me siento obsesionado, otras poseído (creo que son la misma cuestión: la primera una situación psicológica, la segunda religiosa); de todas maneras, duermo cada vez menos porque siento que el Universo se desequilibraría si en la vigilia no escribo lo que me recuerdan o confían los sueños permanente, furiosamente.

Estoy en el medio de la vida; desde aquí veo al pasado y al futuro a la vez.

Todo es ridículo y hermoso, misterioso, terrible y simple; todo es todo (amanece, y con el sol tenemos otra oportunidad de darnos cuenta, Sylvia que te ves tan bien entre la nieve como entre aquellos viejecitos ciegos que cantaban canciones de la época de la revolución en el Guadalupe del México que me enamoró aún más de los misterios).

Traigo la catarsis, el exorcismo a través del pánico y la furia; esta es una confesión escrita para liberar. A pesar de los moralistas, de los que parece que jamás nos libraremos, estoy del lado de la luz; el Diablo me ayuda a decirlo todo, aunque los resultados sean aterradores, porque siempre parten o van hacia la médula, como la vida (se me acercan los muchachos para agradecerme al Whitman que no conocían y al Krishnamurti que comienza a liberarlos; carpinteros, mecánicos, mucamas y jardineros me escuchan con atención... entonces, por primera vez, coincido con el tiempo y el espacio. Ahora podré completar la crónica de la batalla que cada día libramos para entender a nuestros más secretos conflictos).

Me lo he permitido todo al convertir mi obra artística en actos de vida; por caro que lo haya pagado, o por eso mismo, vale mucho más de lo que uno mismo puede suponer. La insolencia me permitió romper los límites que la educación, que es el colmo de la hipocresía, puso delante mío.

No escupí en el piso de tierra de la casa del pobre pero sí sobre la cara del rico; no hubo dictador que no supiera de mi odio ni esclavo al que no le haya llegado mi desprecio. El orgullo me salvó del cinismo que enseñan en las escuelas, de las normas que nos hacen prudentes hasta el ridículo, tímidos hasta el suicidio. A nadie he gobernado ni permití que nadie me gobernara, y fui respetuoso de los falsificadores de moneda porque no hay nada más falso que ella. Me retiré de la competencia porque, a lo sumo, hubiera vencido a esclavos, que es algo que jamás aprenderé a ser.

A salvo del bien, como único constructor, del convencer y el gustar donde se agota el hombre, libre de fórmula y mística para declararla, sin ilusiones que nublen a la realidad, ajeno a los sermones y la prisa de los ansiosos por un futuro que los distraiga del presente, vivo mi día sin alterarme con los comediantes que fingen respetar las ideas, que se ocupan de la continuidad y sus problemas idiotas, peor aún: falsos.

No habrá monumentos que me recuerden ni seré canonizado porque no soy tan hipócrita ni tan pobre como para hacerme cargo de nadie. Desnudándome, desnudo al hombre para que se vea tal cual es, no porque yo sea un moralista sino para tener con quién compartir los juegos de la vida, bella por inexplicable.

(Escribí para vos; lo que sucedió es que entre vos y yo estaba el mundo y su gente. Por eso pasé de amante a artista.)

Me acuerdo de que la soledad fue la cómplice, la que me llevó a la Isla de Pascua; siempre inquietante, me excitó con la idea de nacer nuevamente, pero esta vez por mi propia determinación.

Creo que decidí empezar otra vez para confirmar que no quería morir; deseaba abandonarlas tinieblas sin cargos de conciencia, sin una madre que sufriera para que yo alcanzara la luz, sin un padre que odiar, sin hermanos que soportar, sin tías y tíos que despreciar.

Nacer por propia voluntad, esa era la clave. Tenía contacto solo con mi cuerpo, y la vida, directa, gozada con mis ojos, sin otra opinión, era una delicia; me sorprendía y excitaba avanzar paso a paso por el nuevo cielo, regresar al goce de las estrellas más límpidas, sin medidas. Era halagüeño no tener que ver a nadie, que solo de vez en cuando aparecieran en la memoria; era alentador intentar todo desde otro ángulo y no tener que sortear barreras porque había elegido un lugar sin divisiones, sin conocidos que pudieran denunciarme por pretender nacer estando nacido.

Nadie tenía derecho a interrumpir mi camino hacia la luz con que Dios iluminaba el sendero destinado a mí, solo a mí; yo mismo me abandonaba a mí mismo en el centro de la esperanza, solo posible naciendo de nuevo.

Dice Guglielmino: mi hermana tuvo la buena idea de portarse mal; así consiguió que el hombre de la bolsa se la lleve a Wall Street, donde vive como una reina, mejor aún, porque no tiene una Thacher que la meta en estupideces.

A veces mi espíritu sale a dar una vuelta por ahí, fundamentalmente para descansar de mi caprichoso cuerpo. En el mundo metafísico se libra de las vulgaridades sociales a que lo condenan mis huesos; entonces puede volar a todo lo ancho, a salvo de las tiránicas medidas del tiempo, principalmente el contemporáneo, donde hasta el arte tiende al caos, aunque tal vez no sea malo sino real porque, al fin y al cabo, el universo es un caos, grandioso, terrible y bello.

No siempre mi espíritu logra regresar a mi cuerpo que, sea como sea, es su casa; en casos así, como antes lo hizo mi padre pero con cuerpo y todo, se detiene a gozar la paz, inevitable para vivir.

Los perros son tan queribles como respetables los gatos; yo juego con uno de ellos mientras Sylvia acaricia a la yegua y le ayuda a buscar la mejor hierba. La tarde transcurre serena, plácidamente; la noche me encuentra cantando en la plaza de Villa Gesell ante miles de personas.

Temprano en la mañana caminamos por la playa; el día es hermoso y frío, el bosque que está luminoso, las aves nos deslumbran.

Nunca dejé de pensar en todos estos años (aunque no sé si esto es para enorgullecerse), pensar severamente y escribir los resultados de ese andar pensando por el mundo, pensamiento que no me deja descansar ni siquiera en esta bella tarde frente al mar.

Fueron, y son, muchas las obsesiones que movilizaron a mi pensamiento, que tal vez sean los dioses pensando a través mío: las trivialidades y delicias de la carne, esa honorable pérdida de tiempo que llamamos filosofía, el inocente amor de los abuelos, que es la patria, la inutilidad de toda búsqueda, los crímenes y suicidios a que nos lleva la voluntad, las complejidades de la simple literatura, los grandiosos temores de la religión, la dudosa salud, la caprichosa belleza.

Trato de que el alma esté atenta, o mejor dicho: mi alma trata de que yo esté despierto. Así puedo (o podemos) abrir la puerta del mundo y salir a jugar a estadios donde son absurdos el lenguaje y los conceptos, un sereno desierto análogo a la muerte, donde señorea el silencio, que es el amor entero.

A veces mi alma se duerme de tan cómoda que está entre clasificaciones, consignas, dogmas, noticias masticadas y esperanzas fáciles (la dueña de la hostería, alemana, por supuesto, riega permanentemente a las plantas, y solo se detiene para ofrecernos el té que aquí es una ceremonia cercana al five o'clock tea de los ingleses; los muebles son tantos y tan antiguos que pienso en Goethe, que supongo estar viviendo en el sótano de Guerrico y Williams, la mueblería de estilo más famosa del Buenos Aires al que mañana retornaré para grabar *Pateando tachos*, mi próximo long play, en el Estadio Chico de Quilmes).

Decía que mi alma se pone cómoda en medio de las seguridades que prometen la ciencia y el Estado; el problema comienza cuando sale del artificial útero del confort y se entera del calor del infierno, del frío glacial que rodea a la realidad, esa entrometida que arruina todos los pretextos que inventan los ciudadanos para que los hombres descansen de las guerras de la existencia. Allí la coherencia se declara impotente y la razón se somete a la demencia; entonces mi alma corre a refugiarse en los brazos de las explicaciones, donde deja de tiritar cuando retoma los sueños que la entretendrán hasta que lo inevitable vuelva a denigrarla con sus sorpresas. Pero mientras esta desgracia no suceda, mi alma seguirá en su fortaleza de certezas, entre indiscutibles mapas que confirmarán los países, con sus montañas, mares, selvas y ciudades; con ellos evitará las molestias de la duda, que opaca al heroísmo y los proyectos, a los jueces que tan claramente dividen al bien del mal, certeros compinches en los banquetes del orden y los higiénicos coitos con que las damas legales calman el aburrimiento y las soledades de las camas cívicas.

No creo en los virtuosos pero menos en los ilusos; me sorprende que todavía existan seres que pierdan el tiempo soñando en medio de una realidad fantástica, que decreten un futuro sin necesidades, una vida sin guerra, un mundo como debería ser, no como es.

Alma mía que aceptas lo que deciden los que tienen más miedo que vos, complaciente frente a los límites que jamás discutirás, a salvo de los estallidos de la adolescencia, que estimas las aburridas ceremonias del orden, la moderación, la resignación y la cordura, alma mía empaquetada y estampillada, que te arrastras entre brumas para no molestar a la suerte, para que te siga prodigando una existencia blanda, si es posible hasta el final que sueñas alcanzar sin haber despertado, me pregunto cómo harás para evitar la vigilia, tímida alma, cómo harás para esquivar la sagrada locura del fuego, para salvaguardar tu discreto descanso, para no sentir las caídas que continuas a todo ascenso y, después de ellas, para volver a decir con firmeza: el Señor me protege.

Por suerte mi cabeza no teme a la lucidez, a los eternos vendavales del cambio permanente; es un don que el Diablo dejó en mi cuna, un don negro que me salva de las virtudes blancas.

Mi cabeza es el centinela que no me permite olvidar ni dejar de ver a la realidad cara a cara.

Soy el pregonero de los fracasos fundamentales, un iluminado a fuerza de tanta sombra, visionario a costa de fracasos, un apasionado que por ver todo se quedó ciego, un ciego que encontró adentra el éxtasis de lo de afuera, enamorado del desamor, que es el punto adonde llevan todos los amores.

Insinúo, susurro, grito, lloro y río en las palabras que me declaran de idea entera; soy un marginado que ama la marginalidad dinámica (lo aceptado es estático) porque al margen encontró a los mejores: San Juan el Bautista, Gandhi, Picasso.

Soy un creyente poseído por el escepticismo, un maestro del desapego y la renuncia, un asceta lujurioso (el no poseer me produce un placer erótico); soy el más pagano de los predicadores, alguien que podría llegar a ser grande, si no cayera en la tentación de crear.

Me fascina y agota la idea de poder superar toda ilusión, negar cualquier complicidad con el statu quo de donde fuere, no acumular dogmas para salvarme del transcurrir de los días.

Soy un vendedor de ropa vieja, de sábanas que las mujeres empeñan porque sus maridos ya no las tocan, de guitarras que perdieron la furia.

Soy el cantor de una era apocalíptica en la que el hombre, si no cambia, desaparece; soy el cantor al que no le es suficiente hacer poesía sino que le es necesario vivir poéticamente, alguien al que no solo basta saber qué y cómo piensa sino que necesita vivenciar cada provocación de ese pensamiento.

Soy uno de los que inventan universos paralelos al de las noches y los días; se conforman de sonidos y colores, de formas que dejan sospechar texturas, de movimientos que excitan a la memoria que un día descansará, como la de mi madre, por el benévolo regalo del olvido, que es una gentileza de los dioses.

Veo sólo para continuar al tacto, la manera más fácilmente erótica de este paraíso que trajiné desde Lisboa a este Sauce Viejo por donde entramos a Santa Fe (voy a cantar en el rodeo de la Sociedad Rural) en esta vida que tal vez sea la muerte, secreto que me develará el inconsciente, que es mi conexión con el que decide los mares y las piedras que toqué en el Teatro di Marcello de Roma, en los templos de Venecia, en los palacios de Florencia, en la Esfinge donde otra vez fui Herodoto, en el mismo lugar envuelto del Sahara.

Las figuras de Henry Moore y de Giacometti caminan neoyorquinamente por mi memoria, y juegan con los leones rodeados de serpientes que exaltaban a la escalera victoriana de Bilbao, cuando Cafrune vivía y yo era inconscientemente feliz.

Cada hombre es una obra de arte que Dios mueve, tal vez caprichosamente en un mundo donde no es absurdo que yo muera sino que las estrellas sigan en su lugar y los perros no interrumpen sus juegos al costado del río Paraná.

Padre: la lucidez llega siempre repentinamente; me embellece las cosas pero las hace dolorosas, terribles como darme cuenta de que todo lo que hice en mi vida (y lo que no hice también) fue tratando de atraerte padre—isla paradisíaca en la que nunca pude desembarcar, padre—tierra extranjera donde mi pobre alma era combatida, padre—puerto ansiado que no encontré jamás.

Busqué la acción porque la imaginé dilecta de tu corazón, reverencié a los sentidos a los que, supongo, reverenciaste, dudé de mi madre desde que me engañó, hace cuarenta años, diciéndome que tu alejamiento era temporal.

Siempre soñé reiniciar nuestra mágica relación; escribir fue una manera de intentarlo.

Por vos seré fronterizo por la eternidad, padre de las calles arboladas y café en las terminales de ómnibus, padre que me condenaste a hacerme cargo de los que jamás se harán cargo, de las escuelas oficiales y mediocres, de los burócratas indolentes, de las navidades dolo—rosas por tu

ausencia, padre de nadie, es decir de mí, que soy ninguno porque no fuiste lo que esperaban los que te creyeron.

Por vos nunca pude tener amigos ni casarme ni aprender a recibir, por vos no puedo quedarme en ningún lugar.

Estoy aceptando la idea de que jamás regresarás a mi madre, que sería la libertad que tanto necesito para crear la obra que los dioses me tienen destinada (qué alto podría volar si solo estuviera comprometido conmigo mismo, carajo...)

A veces quisiera ser como los demás para no darme cuenta.

Tu pulcritud me ofende; nadie que viva en este mundo puede estar tan limpio, ningún hombre que haya vivido algo puede andar sin una mancha, ningún verano tolera una corbata permanente, nadie puede vivir con tanta decencia, con problemas tan convencionales, con dramas tan de cocina, tan cursis, nadie puede tolerar tanto primo y tío y abuela y sobrino, nadie puede comer tan a las doce en punto, no es posible tanto progreso dentro del orden.

Odio tu buen nombre porque es el resultado de tanto prejuicio.

(No hay nada como el presente para empezar cualquier cosa.)

La magia se pasea graciosamente entre los cuerpos; la madrugada, memoriosa y ciega, como el amado Borges, sensualiza al arte, tal vez la más misteriosa de las disciplinas humanas (Camero, prolija y respetuosamente, me cuenta la muerte de su padre, entrelazada en su memoria y desde hoy en la mía, con la del Buenos Aires de Norberto Aroldi que se murió porque sí, porteñamente).

Me acuerdo de que me sentaba a leer debajo del sauce llorón que estaba a un costado del cementerio, soñando descender el velo de lo oculto (uno mismo, o los fantasmas que lo conforman) y ocultar lo visible, que era tan grosero como Altamirano, el más alto, el más solo, el más triste del pueblo, criado con su padre camionero, tan hosco como la directora del hospital Municipal donde trabajé dos meses y medio, que no fueron perdidos gracias a Ramona.

Me acuerdo de que cuando me dijo que ella también me amaba (un año después), se me escaparon de la mano los globos que vendía y llenaron de colores el cielo de la tarde del sábado del pueblo que a partir de sus palabras se me hizo más querible. Me acuerdo de que los gnomos atacaron la fortaleza con que el miedo me había cubierto y entraron con sus cantos por las ventanas atascadas por las humedades de mis nostalgias, rompieron las trabas de la puerta del baño donde me ponía a soñar con amores al aire libre, y agitaron las horas perdidas que se pudrían en los aparadores y la única silla de sentarse uno por vez después de la abuela. Entonces me animé a salir fuera de mí, entre los escombros de los prejuicios con que me habían enyesado mis tíos.

Me acuerdo de que llovía cada vez que hacíamos el amor con Ramona, o pienso eso porque las lluvias le son convenientes al amor, le quedan bien, son propicias a los juegos del animal.

Me acuerdo de que Ramona vendía la resignación en hierbas que ella preparaba y que ofrecía por las calles del pueblo con gritos que herían a las mañanas, ofendían a las tardes y trastornaban a las noches. Me acuerdo de que sus alaridos traían distracción a los aburridos y respetables vecinos, a sus desoladas madrugadas en las desoladas camas, a sus mesas con migas de un solo lado. Me acuerdo de que Ramona lograba excitar a hombres de lo mejor y calmar a víboras de lo peor.

Me acuerdo de que se dejaba fotografiar por cualquiera menos por los adventistas, porque creía que eran espías que mandaba el Pentágono, y aseguraba que el rock and roll era una peste que la Casa Blanca enviaba para idiotizar a los jóvenes que, en lugar de rebelarse contra la invasión, consumían sus porquerías.

Me acuerdo de que el invierno llegaba de un día para otro, sin previo aviso, como los golpes militares, como llegó el hombre que se llevó a Ramona un minuto antes de que mis hermanos y yo regresáramos de romper los vidrios de la capilla donde el cura Federico amaba en silencio a mi abuela.

Me acuerdo de que las lluvias también llegaban tan de prisa que no les daban tiempo a las señoras ricas de abrir los paraguas, los tenebrosos paraguas negros que compraban en Buenos

Aires; entonces mi abuela hacía tortas fritas y nos contaba historias de la familia. Me acuerdo. Me acuerdo de que me gustaba el olor a tierra mojada casi tanto como el olor a tierra removida que mi abuela gozaba con los ojos cerrados. Me acuerdo de que los rayos luminosos del verano calmaban nuestra pobreza, la pobreza que gracias a la poesía que encendía mi abuela en todas panes, nunca llegó a ser miseria como la de los Toselli, que comían de los tachos de basura, o la de los Peralta Gómez, que vivían de los demás.

Me acuerdo de que las siestas de los veranos uniformaban todo, como los largos viajes en tren y los políticos que masifican para gobernar más fácil.

De pronto llegó el dolor, un dolor tan fuerte que me hizo dudar hasta del Sermón de la Montaña y el Tao Te King, un dolor que hizo desaparecer a Schopenhauer y el Mundo, un dolor que lo cambió todo, una terrible manera de Dios de probar mi capacidad de asombro, de sometimiento, de obediencia, un dolor que no era mío, que parecía la cuchillada de un extraño, un dolor por el que recordé a mis vísceras, al plexo solar que las inerva, más otros nervios que, desde la cabeza y la columna, acudían al llamado del dolor, un dolor que me detenía en una esquina de Rosario, que me separaba violentamente de Spinoza y Eliot, de New York y Granada, un dolor que me dejaba suspendido en el Vacío, tambaleando entre la sorpresa y el desencanto, el temor y la duda, un dolor que me nublaba de tal suerte que desaparecieron los límites, un dolor que borró los dolores anteriores (la fuga de mi padre, el llanto de mi madre sobre la máquina de coser en las noches de La Plata, el tren que me alejaba de todo lo que amaba), un dolor que me dejaba ver la Muerte sobre mis hombros, la Muerte que se declaraba mostrándome la mitad de mi esqueleto en la vidriera de la tienda La Favorita donde desaparecieron el honor del cuchillo y sus valentías esenciales, *El jardín de las delicias* del viejo Bosch, las mariposas amarillas del Yucatán verde, los lujuriosos desayunos de Boston, un dolor que ahogaba todas las teorías, que callaba a mis canciones, que terminaba con los planes, que me recordaba que no somos los que jugamos sino las piezas con que juega El Que Decide Todo.

El dolor acabó con las nostalgias, fulminó a los rosales que había secado el invierno, terminó con el respeto que uno tenía por la perseverancia de las hormigas y la pulcra erudición de Octavio Paz; de una vez me hizo saber que mi vida se dividía en antes y después de él, el maldito dolor que reducía al infinito y la eternidad al aquí y ahora de la esquina de Sarmiento y Córdoba donde el poético escepticismo de García Márquez, las telarañas indiferentes, la paciencia de los hindúes y los amaneceres calcáreos de Portugal perdían sentido y belleza.

Los caprichos y la masturbación criminal del poder se alejaban de mi vida como las tácticas de gobierno de uno mismo que aprendí en la India y que el dolor borró de un plumazo, un plumazo de hierro que me incendió las entrañas, que me dejó sin aire, solo (porque el dolor te separa hasta de los más amados) en pleno centro del Rosario donde tantas veces, desde la Fundación Astengo hasta el teatro Círculo, canté que el hombre decide su vida, solo con el páncreas dispuesto a vengarse de los tequilas en México, los whiskies en Irlanda, el pisco en Perú y los vinos en Francia, solo en el momento más notorio de mi carrera en mi país, solo cuando se terminó la censura, cuando recomenzó mi difusión y el Ferrocabral se vende mucho, solo cuando puedo publicar lo que se me da la gana.

Olvidé a mis muertos y sus dolores, en tanto comprendía que nada del Mundo podía tentarme porque en ese dolor estaba mi destino, solo él podía decidir hasta cuándo las uvas y las primaveras, los recitales y el esoterismo, el sexo y las noches de luna llena; el inconsciente fue dominado por el consciente que no me dejó escapar de la realidad, hembra a la que venía esquivando con metáforas desde que el arte me salvó de las oficinas y las vacaciones pagas.

Dos vasos de plástico sobre una mesa de plástico, un cenicero lleno de restos de cigarrillos norteamericanos, música idiota que nos invade desde un sótano vecino, gente igual, exactamente igual que pasa hablando de las mismas cosas, ningún pájaro en el aire caliente, aumentan las migas en el suelo y las gaseosas sobre el mostrador, el vapor de las cafeteras nos envuelve, todo suda, las palabras desfallecen, se arrastran entre los pies calzados con las mismas Adidas que vulgarizan aún más a la humanidad, qué perro hermoso, dale la patita al amigo, usted me emocionó por la televisión, señor Cabral... ¿qué opina de las muchachas, orgullosas de sus cuerpos, que son nada más que ataúdes de carne tapizados con jeans?

—Soy un líder sin pueblo; cuando yo muera, morirá el último tehuelche puro. Soy un Perón sin peronismo —me dijo el cacique en Trelew.

—¿Por qué vino a escucharme? —le pregunté.

—Porque los dos estamos solos, yo porque perdí a mi pueblo, vos porque aún no lo encontraste —me contestó desde sus ciento seis años.

— ¿Y esas tres mil personas que me están esperando? —le pregunté.

—Todavía no son un pueblo; vienen porque esperan que vos logres el milagro. Pero debemos tener confianza; nunca se terminan los días de la eternidad —me aconsejó desde el metro noventa que llevaba debajo de la boina.

Las cosas suceden de una manera mágica y explosiva: todos me conocen, me besan, me halagan, cortan la calle San Martín para rodearme y hacerme preguntas, para cantar conmigo y el ciego del acordeón que vive de la limosna, como si lo Misterioso decidiera que por donde yo pase sea el guía, la imagen de la libertad, el epicentro del cambio, la vuelta a lo elemental, el dar la cara a la verdadera realidad.

¿Quiénes decidieron que fuera para llorar cuando los saludo, para regalarme crucifijos, para correr y abrazarme de esta fervorosa manera? Es difícil avanzar en la calle y en la playa, comer sin que me rodeen; he acuñado (sin saberlo) frases para los clubes, los bares, los café concerts, las reuniones, los recreos de las escuelas: orgulloso del hambre que me mantiene despierto, si las armas fuesen necesarias habríamos nacido con ellas, hagan las cosas solo por amor porque el que trabaja en lo que no ama (aunque lo haga todo el día) es un desocupado, fuera de la felicidad son todos pretextos, etcétera.

Alguien se enfervoriza de tal manera con mi vivir y las propuestas que nacen de ese vivir que se tira al océano Atlántico con una canoa para pasar a Chile por el estrecho de Magallanes, para dejar la familia a los treinta y cuatro años, para volver a Bolivia, para poner mi nombre a su hijo, para comenzar a leer la Biblia o Whitman, para interesarse por San Francisco, es decir para cambiar, maravilla que me alcanza de regreso.

En las disquerías me felicitan por la tremenda venta del *Ferrocabral* y el *Pateando tachos*, en los negocios pegan mi fotografía; ya soy parte de la vida de la gente de mi país, se llamen Carlos Balá, Eva Franco, Ubi Sacco, Carlos Carella, Moria Casan, Dalmiro Sáenz, Carlos Menem, Eduardo Falú o el carpintero de Lanús que no puede creer "que alguien juegue tan graciosamente con las palabras y las ideas".

El dentista no me cobra, el chofer de taxi no me cobra, el vendedor de fruta no me cobra, el canillita no me cobra; estoy becado por mis compatriotas (la crítica es unánime... yo también).

10 de enero de 1985: hoy hace veinticinco años y diez días del hecho más importante y decisivo de mi vida, que fue convertirme en un cantor, es decir vivir en voz alta la fiesta de la vida.

Antes, todos los oficios y la maldita introversión que no me dejaba vivir, la medianía y la tremenda carga que abandonó mi padre y de la que yo me hice cargo.

Cantar fue volver al mí mismo que había extraviado entre blanduras familiares y apatía de barrio, que todavía se confunde con inocencia (bueno, los poetas menores necesitan pretextos menores, motivaciones pobres para no perder el globo de la estupidez con el que jugarán siempre).

Tenía tantas cosas demoradas, tanto que decir, que pensé que no tendría las fuerzas necesarias para semejante tarea; todas las luces, desde Plotino a Sartre, se congestionaban en la esquina donde me encontré con el que debía ser, con este que soy para cualquiera que quiera beber de mi frente, que es el resumen de las fuentes del mundo que tanto trajiné desde aquel 31 de diciembre de 1959 a esta tarde de Mar de Ajó en la que Sylvia sigue con las deshidrataciones (en marzo será médico) y Lino prepara las cosas para el recital de esta noche.

*yo soy el dueño de todo
porque yo no tengo nada
puede volar solamente
quien tiene libres las alas*

Sigo alternando el espacio-tiempo; para eso se es artista. Tengo un trabajo que hacer; la orden viene de lejos: hay que trasgredir, subvertir valores, revolucionar para que se entienda al mundo en el que compartimos la vida con la flora y la fauna, hay que terminar con el miedo, que es el peor dictador, principalmente el miedo a la muerte que trae a la ansiedad que no nos deja gozar al

presente, que nos obliga a una prisa que arruina cualquier intento (los periodistas, convocados en Villa Gesell quieren saber todo... yo también).

*cantar sin ningún motivo
es cantar como dios manda
que la mejor esperanza
ni se busca ni se alcanza*

Cuando perdamos el miedo a la muerte podremos morir; por eso estoy aprendiendo el ritmo de la vida, el dar y el tomar, la luz y la sombra, el bien y el mal, el macho y la hembra, el flujo y el reflujo que son el arte de vivir.

No pido buen trato porque soy un luchador; he peleado hasta con mis antepasados para liberarme de sus influencias, para terminar con su autoridad sobre mí. Me alimento de los grandes espíritus que danzan alrededor del gran maestro, qué es la Naturaleza; ellos me enseñaron que el sol no dejará de brillar nunca, como nunca será estéril la tierra, ni siquiera cuando vuelva a estar debajo de este mar que excita a Sylvia y embellece al atardecer de Miramar, donde la gente hace lo imposible por entrar al teatro a escucharme decir:

*aprende a vivir
aprende a vivir sin matar
aprende a vivir con la muerte
y aprenderás a morir*

No pretendo encontrar el sentido de la vida ni hurgar en los misteriosos arcones de la eternidad; me basta y sobra este minuto del presente en que me integro al mar y sus maravillas.

Cioran deslumbra a mi intelecto pero no conmueve a mi corazón ni convence a mi piel con su escepticismo, que es tanto que se confunde con el otro extremo, es decir San Agustín (al culpable y a la verdad se lo buscan dentro).

Ahora compruebo que el ver o el pretender ver, es sufrimiento (no comeréis los frutos del árbol del saber; Borges, que lo sabe todo, lo olvidó, y por eso tuvo que escribir, lamentablemente: he cometido el peor de los pecados... no fui feliz).

Por lo menos en esta noche de San Clemente del Tuyú no me gustaría ser lo que sospecho, es decir el cronista de esta era apocalíptica, ni pensar que seré alimento de los cuervos, habitante de las profundidades de la tierra; estoy seguro de que todavía quedan bellas cosas por vivir, y de que falta mucho para que la desesperación me alcance.

*en esta vida sin puertas
que es de la muerte la llave
quien sabe salvarse sabe
y quien no no sabe nada*

El hombre está solo ante la alienación y la muerte; el hombre, ese individuo, desconfía de los sistemas y las ideologías totalizantes, esa hipócrita ingeniería social. Solo se redime con los ideales y la libertad, es decir la ética; eso le calma el dolor de ser un condenado (es milagroso encontrar el "Monsieur" de Lawrence Durrell en la modesta biblioteca de un hotel de Pinamar).

*yo vivo en el movimiento
si me quieren encontrar
bella casa que comparto
con la bella libertad*

La música puebla el Cosquín que me excita casi tanto como la Fiesta del Agua de Cinco Saltos y el Super Domo, carpa gigantesca de Mar del Plata que llené doce veces para declarar que

*ninguna cosa distrajo
la libertad de mi vida
porque una mano ocupada
es una mano perdida*

*ni el vicio ni la virtud
compadre me convencieron
la vida es armonía
promedio de los extremos*

Me llamo a mí mismo, pues solo yo puedo salvarme de la pretenciosa inteligencia; ya sé que llegaré al conocimiento a través del hueso, la sangre y la carne, porque lo intelectual solo tiene sentido como juego. Que hable la sangre, que calle el resto, ordeno mientras amueblamos la casa en la que viviremos con Sylvia en el Mar Chiquita plétórico de aves y robles, al costado del Atlántico que alguna vez me despertó la sospecha de puertos diferentes, de hombres sin límites, de mujeres hambrientas de placer.

Ya nadie podrá apartarme del yo vital, ya nadie podrá distraerme con artificios intelectuales (cuando llegué a Buenos Aires por primera vez, entré a la Galería del Este, conventillo intelectual, por la entrada de la calle Florida, con una manzana en la mano; muchos años después salí por la calle Maipú con muchas ideas de la manzana en la cabeza pero ninguna en la mano).

*entre el sueño y la vigilia
a veces comprendo todo
entonces canta el maestro
a través de lo que nombro*

Punta del Este está tranquilo, además de bello; los ricos descansan lujuriosamente.

*prefiero seguir a pie
y no en caballo prestado
alguien por una manzana
pa' siempre quedó endeudado*

*doy la cara al enemigo
la espalda al buen comentario
porque el que acepta un halago
empieza a ser dominado
(el hombre le hace caricias
al caballo pa' montarlo)*

*no me importa tu dinero
prefiero mi independencia
si pa' tener un sombrero
hay que alquilar la cabeza*

Me acuerdo de que en mi pueblo los mayores se aferraban a cualquier cosa, defendían todo, y nosotros, los jóvenes, despreciábamos a los deportistas y odiábamos la disciplina de la escuela, las buenas costumbres del barrio, los clubes y todo lo que fuera una secta; fumábamos para molestar a los maestros y leíamos embelesados a Rasputín.

Los Mañanita, que eran la cosa nostra nativa, los que nunca vieron el mar, eran nuestro ejército, el ejército de una cofradía agitadora, con las manos permanentemente negras para aterrar a las tías y a las maestras, con los pelos desordenados para enojar al cura Anselmo y espantara las muchachas prejuiciosas. Llevábamos con orgullo las camisas y los pantalones manchados de tinta, aceite y grasa de cadena de bicicleta. Nos burlábamos de todos y de todo.

La anarquía era tan grande que aun entre nosotros peleábamos; a lo único que protegíamos era a los animales y los vagabundos. El más importante de ellos era Simón, nuestro ídolo.

Soy un señor ciruja, nos decía con orgullo; ¿y qué diferencia hay entre un ciruja y un señor ciruja?, le preguntábamos. Ciruja es el que lo es por accidente, porque le fue mal, nos decía con la voz impostada como para el Sermón de la Montaña; señor ciruja es el que lo es por elección.

(Mi obra expresa una manera de arte que es un modo de vida; es una exaltación de la creencia en el hombre natural, una revalorización del animal a través del intelecto, que trabaja para el espíritu.)

Tal vez no volveré a ver el supuesto reflejo de Isabel en el Guadalquivir ni nadaré en el Caribe mexicano con Helen ni divagaré esotéricamente con Dino Saluzzi en la calle Corrientes de Buenos Aires ni recurriré a Schopenhauer para convencer a la Birgitt que estaba convencida desde que nos presentaron en Guatemala aquella mañana de preparar mi recital para la televisión ni beberé el alucinante café con que me agasajaron los alucinados beduinos en el desierto del Negev ni perderé otro avión en Bruselas porque Francine, claro.

Pienso esto en una ociosa tarde del pueblo natal que, cada vez que retorno, misteriosamente, vuelve a atarme. He llegado a pensar que, morbosamente, soy el provocador de la condena, que algo en mi interior exige que me quede y pague no sé qué.

Cada vez que llego aquí, pienso que ya no podré escapar, que el Mundo ha terminado para mí.

Me acuerdo de que tenía once años cuando decidí irme de mi casa; mi madre me acompañó a la estación de trenes, donde me dijo desde el andén a la ventanilla por donde me despedía de ella: este es el segundo y último regalo que te puedo hacer; el primero fue la vida, el segundo es este, es decir la libertad para vivirla (tengo la alegría de no haberla defraudado porque, mal o bien, siempre fui libre, libertad por la que pagué caro pero que, de una y de todas maneras, valía la pena).

Por esa libertad me aman los que me aman y me odian los que me odian. Mi orgullo es que ni el vino ni los años han podido impedirme regresar solo a casa.

Porque la fruta es hembra lleva en sí misma la simiente; cuando la abro descubro los secretos de la Madre Naturaleza (el árabe cree que la granada es la manzana del amor).

Después de la antigua enfermedad, resplandecen los cipreses; sus sombras se confunden con las sombras de los secretos perdidos por las distracciones del progreso, ese farsante. Los árboles, los primeros seres vivientes que surgieron de la tierra (según Empédocles) se expanden con el sol que alguna vez, y siempre, distinguió al día de las tinieblas. El logra el milagro de la simetría de fuego y agua, la proporción de macho y hembra; los gatos me distraen de la política y las abejas me quitan la atención de Sylvia en la casa de Mar Chiquita, que es la síntesis del mundo, adonde llegamos al final del verano, a tiempo para ver cómo las aves vienen a comer de nuestra planta de mosqueta y la torcaza cuida sus huevos en el nido que hizo debajo de nuestra galería y las garzas se aquietan en el arroyo para nuestra felicidad.

El roble es mi resurrección y los higos el presente con que el Señor me recuerda la bella tarea por la que me puso en este bello mundo.

Es grato detenerse aquí para recordar los inviernos frente al Mediterráneo y el retorno de los almendros debajo del sol, gloria de aquellos y de estos días, en que sueño a los que vendrán.

Por mi sangre roja corre la vida celeste, y mis gnomos, pintados de bermellón como los antiguos reyes, se sienten dioses. Bestias apocalípticas de alas estrelladas señorean en esta noche, similar a las noches en las que Hornero, inocentemente, pedía el fin de la guerra entre dioses y hombres, sin comprender que, según D. H. Lawrence, pedía la destrucción del Universo, que engendra a las cosas gracias a la tensión de los contrarios.

De tan feliz, creo que esta casa es el mundo, como la tortuga debe creer que la cúpula de su caparazón (carapacho, dicen los mexicanos) es el cielo; las aves, que son las metáforas del espacio (las estrellas son los conceptos, la luna y el sol sus símbolos), nos rodean. Pienso que Dios es humano, con tanta certeza como la gata lo imagina felino y el Papa católico (el desvarío nos asemeja).

Como el perro alcanza el rastro de su amo por el olfato, yo reencuentro a mis muertos en el sueño.

La poesía me asalta desde adentro, la fábula me llega desde afuera; se unen para que yo sea entre los hombres, me dice Borges en la Galería del Este.

Si pudiera cortar los cables que pasan frente a la ventana del living room, derribar los edificios que tapan el río y echar a los vecinos que solo hablan de dinero, compraría este departamento de la Avenida Santa Fe, vecino del teatro Regina donde pasé tan bellas noches con el *Ferrocabral*.

No quiero ser un anciano enfermo e informado, conocedor de lo ideal, que tanto nos hace sufrir en medio de lo real; quiero levantarme sobre las ruinas de la filosofía, que no sirve para vivir, y comenzar a caminar salvajemente con el salvaje animal que la salvaje naturaleza me dejó a cargo.

De nada me sirvieron la química y los conceptos del cobarde fantasma que es el raciocinio; que todo consiste en la voluntad de vivir, que ahí está la naturaleza del ser; que hay un Dios que ordena matemáticamente al universo.

Solo palabras, idas y venidas de sentidos que no fueron más que justificaciones para no enfrentarme con la tormenta, el crimen y la manzana; lo verdadero escapa de las palabras, es intangible e innombrable, es la sutil e invisible atmósfera que rodea a las piedras, que les da textura a las flores, es la caricia que sentimos en el mar y la mano que nos destruye. Lo verdadero está en el instante, inapresable, inexpresable, privilegio de cualquiera, aunque no se dé cuenta.

Somos una absurda pretensión de la nada o la nada más pretenciosa del Todo; y pensamos que con una fórmula estaremos más seguros, aunque más no sea para justificarnos frente al espíritu, para darle una forma a esto que somos.

Frente a la música o el sexo, el saber se declara nulo; por mucho que profundicemos, no trascendemos la superficie de las cosas. Solo la desesperación nos hace definir.

Nos gusta la palabra porque con ella nos manejamos, y soñamos manejar, a placer; pero es ineficaz porque el ser es mudo y el espíritu silencioso. La aceptación de esto es el principio del verdadero conocimiento.

Solo inventamos términos, nada más, aunque en el fondo sabemos que no hay más que cuatro o cinco ideas que el hombre ha urdido a lo largo de su historia, cuatro o cinco aptitudes frente a la vida que con solo un acto, la muerte, las borra, o las deja como dudosa herencia para que se distraigan los que vendrán.

La poesía nos asalta desde afuera pero es lo más propio que tenemos, me dice Borges en el mediodía de Florida y Paraguay. El cuento sale de adentro pero va hacia afuera, no nos pertenece el protagonista, no sabemos qué hacía en nuestra imaginación.

En nuestros días, es fácil encontrar escritores que se pierden entre muebles, lluvias y jarrones, que pierden de vista al José que nunca aclaran ni nos dejan saber si es el jardinero o el gato, que por demorarse en tardes y cortinas no alcanzan a contarnos quién es esa muchacha que no llega nunca.

Por qué tanta intriga, tanto cansancio para contarnos a quiénes sucede lo que nunca termina de suceder, para contarnos el cuento que muchas veces no logra contarnos, extraviados entre frases y avenidas, tormentas y pasteles. ¿No sería mejor decir: había una vez un hombre llamado José que esperaba a una muchacha llamada María, principalmente en las tardes lluviosas?

Me acuerdo del conventillo de la calle Rivadavia, de la gotera permanente que fue nuestra canción de cuna; me acuerdo de que la miseria no nos impedía, más bien nos obligaba a vivir, y lo hacíamos tan intensamente que no nos quedaba tiempo para otra cosa. Me acuerdo.

Me acuerdo de que cuando llegó el verano del cuarenta y seis, y las plantas volvían a cantar en las macetas donde mi abuela descansaba de mi abuelo, oí hablar de Perón.

(Recordando lo que hice, siento brotar cuernos en mis sienes, aunque solo sea para equilibrar las cosas, las cosas que vienen desde el fondo pestilente de la olla donde el Diablo denigra a la criatura humana, donde la apesta para molestar a Dios.)

Me acuerdo de que ya no me importaba si me querían o no; comencé a sentir el alivio de hagan lo que se les dé el forro de las pelotas, qué mierda, pongan todo en manos de cualquiera, vayan a los desfiles y aplaudan a quienes los tienen de rodillas para romperles el culo el feriado que se les ocurra, conduzcan como idiotas los automóviles y las oficinas públicas. Me acuerdo.

Me acuerdo de que solo por Irene dejé todo en manos de cualquiera, porque en el fondo quería librarme de la tortura de contar los minutos que faltaban para que llegara, de estar atento al bigotudo aquel que la miraba demasiado, de tratar de saber si a ella le gustaba, carajo, yo vine al mundo a vivir, no a cuidar el culo de nadie, ni siquiera el de Irene, que era divino, mi Dios, había que verlo cuando se acostaba de costado o boca abajo, que tentación de quedarme a vivir entre sus nalgas el resto de mi vida... me acuerdo.

Me acuerdo de que por ella comprendí que estaba cansado de llevar mi familia al hombro, de sentir que yo era la patria, convencido por ese brujo hechicero que cada vez que salía al balcón de la Casa Rosada me comprometía con todo lo que yo no era, lo que me atrasaba.

Me acuerdo.

Me acuerdo de que cuando dejé de hacerme cargo de los que no se hacían cargo, el mundo fue diferente, más gracioso, más liviano, más divertido. Los pájaros volaban porque sí, y yo pensaba: ¿por qué no? Me acuerdo.

Me acuerdo de los economistas que firmaban la muerte de muchos en cada documento, como los mercaderes.

Me acuerdo de que los ricos me daban lástima, porque en todo exceso hay una declaración de tristeza.

Me acuerdo de que el día que comprendí que lo que suponía decisión del Destino era obra de mi inconsciente, comencé a respetarme, y en ese respeto encontré a Dios.

Me acuerdo de la casa encantada de Conesa, sobre el camino que tomamos para ir de San Nicolás a Carmen de Areco, donde la gente me seguía por las calles, principalmente los jóvenes, hambrientos de propuestas, porque me había convertido, al dejar el rencor que me separaba de los demás, en el epicentro del cambio que nos llevará al nuevo hombre que iluminará al tercer milenio. Me acuerdo de que eran los finales del octubre de 1984. Me acuerdo de que en la casa encantada de Conesa vivía Arica, cubierta con un plumaje dorado, como el Ave Fénix que renació de sus cenizas, tan mitológico como ella, que fue silenciosa enamorada del fantástico Reverón, el que amaba sólo a Juanita, una indígena a la que convenció de que era la reina del mundo.

Me acuerdo de que Arica era un fuente viva, un acercamiento a la gente que se sacrifica para que podamos mejorar la existencia, armonizando con la flora y la fauna que nos enriquecerán. Nadie como Arica conoció nuestras miserias, a las que soñaba derrotar con un cambio en nuestros corazones más que en nuestras costumbres; no quería que se la relacionara con una palabra tan denigrada como "mensaje" ni con la demasiado ambiciosa "filosofía". Huyó de todo calificativo porque, en general, envilecen.

Arica era multidireccional, y por eso estaba llena de ideas; sus ensayos eran más sinfonías que elucubraciones racionales, porque su deseo era agitar, violentar, no revolucionar solo dialécticamente. Al escucharla, como me sucedía al leer a D. H. Lawrence, sentía un golpe en el plexo solar; su pensamiento se adhería a nuestra piel porque Arica era necesaria, sin pretender serlo, en este hemipléjico mundo moderno, suicidamente obstinado (el único heredero de Arica se pasa las tardes sentado en el banco de la estación de trenes; él es el que sabe lo que hay que hacer para dejar de ser lo que somos, y nadie lo sabe).

Me acuerdo de las flores que les calmaban la pobreza a las casas vecinas al río Paraná, a la altura del fellinesco San Pedro.

Me acuerdo de los templos y los balcones de Salta, de las infinitas campanas y la siesta impostergable e interminable del Jujuy que me recordó tanto al México que me recordó tanto a mi abuela que no olvidaba al Tucumán donde Pascual, sentado como un Buda sudoroso en un rincón del restaurante, dirigía a los camareros que coman esquivando los jarrones cursis que albergaban flores de plástico, los sillones brillosos, las mesas decadentes (en esos días, los cañeros, en acto de protesta por los malos jornales, cerraron con sus camiones las rutas para aislar a Tucumán del mundo, es decir que Víctor Heredia no se podía ir ni Alberto Cortez llegar).

—Antes, los militares no nos dejaban hablar; ahora los cañeros no nos dejan pasar.

—A usted sí, señor Cabral.

—Gracias.

—No tiene por qué.

Me acuerdo del policía que dirigía el tránsito sobre una garita que abajo tenía un afiche de Sandra Mihanovich y arriba un toldo con el que Seven—Up lo protegía de la insolación al par que promovía la enfermedad más dulce y refrescante del mercado.

Me acuerdo del verde y caliente paisaje por donde viajamos, de los abrazos maternos de los cerros, de los árboles cubiertos de hiedra, las infinitas curvas y la eternidad de tu noche, Sylvia.

Me acuerdo del Ticucho, al que entramos para conocer al viejo anarquista del que tanto me hablara Pichón Rivière, en aquellas inolvidables noches de café y fantasmas, de los que me hice amigo y que hoy trabajan para mí. Ale acuerdo de que Dios, con ayuda del Diablo, seguía con el espectáculo cuando Vipos se preparaba para la siesta al costado del río seco que mostraba su desgano cauce de piedras redondeadas por el milagro del agua que hace mucho, mucho tiempo...

Me acuerdo del río Choromoro, que era el éxtasis de la piedra liberada del agua por el milagro del sol.

Me acuerdo de que los abuelos muertos retornaban en los árboles artríticos, giacométicos, que circundaban al camino; eran ídolos que pasaban desapercibidos para la Historia, más preocupada por la estadística que por la ética.

Me acuerdo de que en Metán, donde nos detuvimos a comer, se acercó un ex preso político que recordaba más mis textos que yo mismo. Me acuerdo del estadio del Salta Club donde dije a los anarquistas y los hippies que se acercaron:

*hoy es el primer sábado de Vilches en el cielo
hoy es el debut de nuestro compañero*

Me acuerdo de José María Vilches: la patria no es una finca heredada de nuestros abuelos, buena a la hora de ser defendida de la invasión extranjera; la patria es algo que se hace constantemente y se conserva solo por la cultura y el trabajo. No es patria el suelo que se pisa sino el suelo que se labra, porque donde no hay huella del esfuerzo humano no hay patria sino una tierra estéril que tanto puede ser nuestra como de los buitres o de las águilas que sobre ella se ciernen. Vivimos en un pedazo de planeta donde los hombres han pasado no para hacer patria sino para deshacerla. No quiero un pueblo que sepa morir por ella sino que sepa vivir en ella, que es ahí donde está la verdadera libertad.

Me acuerdo de las campanas de los templos anunciando la mañana del domingo. Me acuerdo del camino de cornisa que nos llevaba a Jujuy, dejando abajo al río prófugo. Me acuerdo de La Calderilla, donde cualquiera podría encontrar la felicidad del olvido, de las aves y las flores que nos acompañaban a subir, de Lino planeando los recitales del Luna Park, de las mariposas volando en su único día.

Me acuerdo de que encontramos a Jujuy envuelto en el sopor de la siesta. Me acuerdo del Teatro Mitre, blanco y rojo, viscontianamente bello, donde entre otras cosas dije:

*la madre teje
el padre roba
aunque diga que hace negocios*

el hijo estudia psicología

*cuando se reciba
con el dinero que el padre roba
tendrá un consultorio
al que alguien acudirá
en busca de salud*

*la madre continuará tejiendo
el padre morirá de un síncope
el hijo se ocupará de los negocios
su mujer de los niños
los niños de las niñas
las niñas de los generales que nunca más
se ocuparán de la patria*

Me acuerdo de que continué esta idea-deseo en el Estadio Norte de Córdoba:

*este es un nuevo mundo
general
vamos a descansar
nosotros de obedecer
usted de mandar*

*este es un nuevo mundo
mercaderes
vamos a descansar
ustedes de vender
nosotros de comprar*

*este es un nuevo mundo
imperialistas
vamos a descansar
ustedes de invadir
nosotros de aguantar*

*buen día padre Julián
¿por qué no cierra la iglesia
y se viene conmigo a predicar
entre los que Jesús llamó
la sal de la tierra?*

Me acuerdo de que le dejé la esperanza, la inocente esperanza a los parientes que se quedaron en mi pueblo durmiendo la siesta, que era lo mejor que podían hacer por mi vigilia.

El éxito me ha demostrado que estamos locos; yo no era tan malo como para que no me escuchara nadie ni soy tan bueno como para que me adoren, es decir que antes fue una injusticia y ahora un error.

Es demasiado peso el recuerdo de lo vivido en la memoria; sueño con el olvido, la maravilla que me hará descansar.

Frente al Himalaya, recuerdo que Kipling decía que este no era lugar para hombres sino para dioses; la verdad tampoco es para los humanos pues su grandiosa luz nos cegaría, nos enloquecerían sus múltiples voces.

Lejos de las ciudades donde la gente inventa conflictos para escapar de la búsqueda fundamental, pienso, tranquilamente, en qué lugar del amado y trajinado mundo me detendrá el cansancio. Tal vez será en Chichicastenango, donde conocí la verdadera cara de América, o en California, donde me sentí tan libre, tan dueño de mí mismo como en el silencio, o en Eilat, en el Mar Rojo, sobre el golfo de Akaba, donde aprendí a renunciar, o en el desierto de Sonora, preferido de los extraterrestres, en el mágico México donde aprendí a entregarme.

¿En qué lugar del amado y trajinado mundo me detendrá el cansancio? Tal vez será en Buenos Aires, donde nunca bebí café con Macedonio Fernández, donde Jacobo Fijman dejó maravillas para nadie, donde Teresa me hizo un hombre, o en Jerusalem, que me hizo agradecido, o en el Caribe, donde mi animal se liberó de mi mente.

Tal vez en la Grecia luminosa del luminoso Plotino, o en la China que nunca me revelará el secreto, o en la Costa Azul donde amé a Francine casi tanto como a Francesca, o entre las genialidades y las trivialidades de Madrid, o cruzando el desierto de Mohave cuando la noche mezcla y sutiliza todo, o en la Baja California cuando la denigra el mediodía, o en medio de los cuervos o las golondrinas o los jesuitas o los parientes.

Si pudiera elegir, me gustaría que fuera cuando cae el sol sobre Kenia, sobre Cadaqués, sobre Antigua, sobre Venecia, sobre Bariloche o Alejandría, escuchando a Chico Hamilton en Manhattan o a Brahms en Ginebra o a Krishnamurti en el valle de Ojai o a Vignatti en el barrio gótico de Barcelona o con Guadalupe en la campiña francesa o con Birgitt en Taxco, o solo y borracho en el Campo di Fiore del Trastevere romano donde hace pocas semanas me preguntaba esto mismo rodeado de palomas y alemanas, entre la esperanza y la duda que me despiertan las causas y los efectos de una existencia misteriosa, no solo para mí sino también para los dioses que intrigan al Dios que me intriga.

¿En qué lugar del amado y trajinado mundo me detendrá el cansancio? El hijo de mi hermano lo sabrá pero no le importará demasiado, distraído en búsquedas que a mí tampoco me importarían.

FIN

Esta edición
se terminó de imprimir en
Compañía Impresora Argentina, S. A.,
Alsina 2049, Buenos Aires,
en el mes de agosto de 1985.